

A Tale of Kings - HIJO DEL DRAGÓN

Mr. Ghost

Image not found.

Capítulo 1

En algún lugar lejano del oriente, donde los desiertos se extendían a lo largo y ancho de la región, las corrientes de aire se escurrían entre los restos de un complejo de edificios abandonados, tallando y esculpiendo los muros de lo que había sido alguna vez la antigua ciudad de Ib. Una figura oscura y encapuchada atravesaba los desgastados escalones de una gigantesca construcción en medio del caparazón vacío que era la ciudad; un templo que no había recibido visitas en cientos de años.

El Señor Oscuro Erasmus deslizaba sus dedos a través de los grabados esculpidos en las piedras deterioradas de los muros en la entrada principal del templo.

Leyendo y buscando respuestas a sus preguntas.

La fachada exterior del templo en el que se encontraba se conformaba por una monumental cúpula que permanecía suspendida sobre una plataforma cuadrada hecha de sillares de piedra tallada y que se ubicaba justo en el centro de cuatro obeliscos distribuidos cardinalmente en cada esquina, los cuales representaban, según las viejas historias, las cuatro fases del ciclo de vida de los hombres: nacimiento, juventud, vejez y muerte.

<< Muerte >>, pensó la primera vez que leyó sobre el tema. Aquella era la palabra a una pregunta que ansiaba resolver desde hacía mucho tiempo. Con algo de suerte, aquel cadáver de piedra que era la cúpula, tendría alguna respuesta que ofrecer.

Hacia exactamente un año que habían sido forzados a abandonar sus tierras para aventurarse en el exilio, fuera de la vista de los Nobles y del Rey. Con solo diecisiete años, Erasmus y su hermana, Eradia, escaparon de las garras de sus enemigos antes de que pudieran someterlos a juicio. Sin embargo, la vida de exiliado había demostrado ser más dura que cualquier interrogatorio a manos de los agentes del Reino.

En medio de las ruinas, el joven Señor Oscuro intentaba traducir los pocos grabados que aún se mantenían legibles pese el transcurso del tiempo. Si bien tenía conocimientos sobre lenguas antiguas, era poco probable que algún secreto significativo estuviera oculto a plena vista. Si realmente esperaba encontrar algo de valor en aquel lugar, tendría que descender hasta lo más profundo de la oscuridad que envolvía aquel recinto olvidado.

Según las antiguas leyendas, los habitantes de Ib habían tenido fama de brujos y nigromantes, de los cuales se decía que habían descubierto el secreto para lograr la vida eterna. Sin embargo, esto no siempre fue así. Por generaciones, vivieron bajo un único y simple credo: que la muerte

era el único propósito de la vida y que la vida misma era el único propósito de la muerte. La vida con la que los seres humanos caminan por este mundo solo era un préstamo otorgado por los dioses, a quienes se les debía retribuir en agradecimiento. Según su propia doctrina, solo la muerte podía pagar la vida, por lo cual, se esperaba que un día todos los hombres, en algún momento, tendrían que devolver el préstamo a los dioses.

Pero cualquiera que haya sido el resultado de sus investigaciones y brujerías murió con ellos el día en que la ciudad fue devastada. No por invasores externos sino por el peso de su propia arrogancia. Una herejía comenzó a sembrarse en el corazón de los pobladores, de la que se tiene registro como "La Gran Blasfemia", donde muchos empezaron a cuestionarse sobre la naturaleza de la vida y el destino de la muerte. Estos desertores se negaban a pagar el préstamo de los dioses, diciendo que sus vidas eran suyas y solo suyas. Los que conservaban las viejas costumbres alegaban que no era posible tal cosa, puesto que el pago, sin importar cuanto juraran desconocer su deuda con los dioses, era inevitable. Fue ahí donde surgió un gran debate entre los eruditos de Ib, ¿acaso era posible extender el pago a los dioses? ¿Qué tal si fuese posible retrasar la muerte? ¿Acaso eso no probaría que eran los hombres los que tenían el verdadero control sobre sus vidas?

Si aquellas preguntas encontraron respuestas o no, la historia se encargó de desaparecerlas. Todo lo que quedaba de la antigua civilización había sido reducido completamente a cenizas.

La inmortalidad siempre había sido, desde que tenía memoria, una embriagadora obsesión para él. Morir no estaba dentro de sus planes, sino todo lo contrario. En sus pensamientos la muerte era la característica natural que debían padecer todos los seres inferiores, por lo cual, la aborrecía y la desafiaba en cada oportunidad que podía. Sabía que debía de existir una manera para eludirla a toda costa y romper con ese ciclo inevitable que era la mortalidad humana. Si llegaba a tener éxito, lograría alcanzar su destino, marcando una diferencia en la historia y encontrando un propósito a su existencia. Su vida se extendería por milenios, ocupando su lugar como el legítimo gobernante que pensaba que estaba destinado a ser.

La estructura interior del templo contaba con varios pasadizos laberínticos que hacían que fuese fácil perderse en aquel tenebroso lugar. Efectivamente, los antiguos ocupantes se aseguraron de que sus secretos no fueran fáciles de robar. Los símbolos tallados en la piedra arenosa narraban historias sobre como los hombres eran capaces de esconder sus almas en objetos sagrados como si fueran tesoros que les servirían en la próxima vida. Naturalmente, tales tesoros no fueron capaces de salvarlos

de las catástrofes posteriores que se cernirían sobre su pueblo.

Según su cuaderno de notas, el cual tenía un modesto diagrama del templo hecho a mano, la cámara de los niveles inferiores había servido como centro de descanso sepulcral para los antiguos profetas de Ib, quienes no escatimaron en esfuerzos para que su morada fúnebre fuese digna de reyes, pues según los textos, ellos esperaban renacer como mariposas en su siguiente vida, cuando finalmente hubieran traspasado las puertas de la mortalidad para convertirse a sí mismos en dioses. Solo los pobres crédulos y adoradores de historias creían en aquellas supersticiones. Pero incluso el joven Erasmus, mientras descendía por aquellos polvorientos escalones de piedra hacia lo desconocido, se permitía concederle a aquellas leyendas el beneficio de la duda, solo para probar hasta que punto el mito se diferenciaba de la verdad.

En medio de esa desolada oscuridad, sacó de sus ropas un cilindro de color cobre con el que apuntó a la oscura cámara. Al apretar un gatillo metálico del cilindro, varios rayos de luz saltaron sobre todas las antorchas apagadas de la gran habitación. El iluminador portátil había cumplido con su propósito, toda la cámara funeraria estaba perfectamente visible para que pudiera comenzar a ponerse manos a la obra.

Al cabo de una hora, después de haber anotado todos los símbolos que le eran legibles en su cuaderno, su cuerpo empezaba a desgastarse por el cansancio. Se decía que el sol de Kemet era el más implacable de todos, puesto que era uno de los países más orientales de todo el Inframundo, y el único lugar donde los pobres incautos podían morir en medio del desierto si caían víctimas del calor abrasador. Incluso al tener un techo sobre su cabeza, él podía sentir el calor filtrándose entre las paredes, haciendo el aire cada vez más denso a medida que profundizaba su búsqueda. A simple vista no quedaba mucho de lo que había sido el antiguo santuario de descanso, los saqueadores de tumbas se habían llevado casi todo lo de valor material, dejando solo algunos manuscritos enrollados en lo que parecía ser la estantería de una gran biblioteca de piedra. Había toda clase de compendios que aun perduraban pese a su antigüedad. Erasmus se tomó su tiempo para identificar los que no estaban tan bañados por la gruesa capa de polvo y telaraña. El conocimiento que encerraban podrían guiarlo a su meta. A pesar de su facilidad para las lenguas, reconoció que traducir aquellos volúmenes amarillentos le tomaría mucho más que un día entero.

Al ser una tierra poco desarrollada y llena de habitantes supersticiosos, Kemet también era un lugar perfecto para aquellos que se escondían y eran enemigos de la justicia. El país estaba conformado por varias ciudades-estado independientes que rivalizaban entre ellas o se agrupaban para compartir recursos. Erasmus y su hermana habían permanecido escondidos en la región de las Arenas Externas, donde el territorio y las luchas de poder se repartían entre gobernadores corruptos

de ciudades poco civilizadas, contrabandistas de las fronteras y Señores del Crimen locales.

Sin dudas cualquier lugar era mejor que el Reino, donde serían juzgados por los crímenes de su casa si eran capturados por los Nobles. Pero Kemet era un lugar duro para un adolescente que había vivido una vida de comodidades desde su nacimiento. Aquí era muy fácil quedar hecho pedazos por una manada de depredadores o sencillamente toparse en el camino de algún insecto venenoso. Por primera vez se enfrentaba a la preservación de su propia supervivencia y al peligro inminente de su propia muerte. Tales ideas lo atemorizaban y a la vez lo mantenían alerta, le daban un propósito y un significado a sus acciones, obligándolo a permanecer enfocado en su máxima ambición: conquistar la muerte.

Mientras examinaba en detalle lo que parecían ser los sarcófagos de los profetas de Ib, una poderosa presencia lo tomó desprevenido y recorrió todo su cuerpo al mismo tiempo que las luces de las antorchas se apagaron por completo.

Debajo de la cámara funeraria de los niveles inferiores, podía sentir una fuerte corriente de energía fluyendo hacia él, como si un poder antiguo lo estuviera llamando.

ven

La corriente se sentía más fuerte mientras más permanecía ahí, pero no veía el punto exacto. Sin embargo, considero mejor guardar los libros y prepararse para comenzar a emprender su viaje de regreso a la superficie del templo.

Pero algo lo sujetaba a permanecer ahí.

Quédate

Estiró la mano hacia el piso de la cámara y sintió algo que le resultaba poderoso y familiar. Podía ver más allá del concreto, y penetrar más allá de lo profundo de la tierra, nada escapaba de su ojo. Había algo ahí y no era parte del templo, sino algo mucho más antiguo. Y estaba hambriento de vida.

Pero un Señor Oscuro no se asusta por algo que no puede ver, el Fuego Rojo es su aliado, y su odio es la única armadura que necesita. Si esta fuerza quería decirle algo, la sometería a su voluntad, como todo lo que se pusiera en su camino. Se sentó de rodillas en el frío piso de piedra y se dedicó a meditar, dejándose llevar como si estuviera a merced de un gran río. Entre más trataba de entrar en conexión, mas podía sentir como su

respiración se aceleraba. Sentía el latido de cada ser vivo a su alrededor, arañas, ratas, larvas y moscas. Sus poderes le permitían ver más allá de lo que le permitían sus ojos, pero la extraña fuerza que se escondía en lo profundo se esforzaba por evadirlo. Mientras su mente trataba de acorralar a su escurridiza presa, sintió otras presencias, mucho más cercanas a él. La sorpresa lo hizo perder la conexión con el ente que estaba rastreando y dio como resultado un deseo de descargar su ira furtiva sobre los que lo habían interrumpido.

En total eran diez, bandidos armados que pensaban podían adentrarse en aquella cripta abandonada para robarle y salir vivos en el intento. Sus presencias eran tan fétidas e insignificantes como ellos mismos. Sin moverse de su posición arrodillada, Erasmus los visibilizaba uno por uno: cinco en el tramo de las escaleras que daban a la superficie, tres escondidos en las sombras, esperando el momento adecuado, dos de ellos ya estaban a su espalda, pero solo uno le puso un cuchillo en su mejilla. Fue ahí cuando abrió sus ojos solo para ver el frío metal en contacto con su piel.

- Tu dinero o tu vida — le dijo en tono entrecortado. Había cierto nerviosismo en la forma en que le temblaba la mano mientras decía sus amenazas. — ¿estas sordo, idiota? Te dije...

- Ya te escuche — lo interrumpió sin cambiar de postura — baja el cuchillo o perderás tu brazo.

El hombre solo se dedicó a soltar una risa infantil poco antes de que Erasmus lo tomara desprevenido de su muñeca y le desprendiera el brazo con el que lo tenía amenazado. Para él resultaba tan fácil como arrancarle un pétalo a una flor, ya que aquellos que usan el poder del Fuego Rojo gozan de sus muchos dones, entre ellos, una fuerza suprahumana que hace que hasta los cuerpos de los guerreros mas fieros sean tan frágiles como el cristal.

El bandido se desplomó en el suelo gritando de dolor y tocándose temblorosamente el hombro, donde había estado su brazo. Ahora solo era una mosca a la que le faltaba un ala, indefensa y vulnerable, sin posibilidades de sobrevivir. Erasmus se incorporó lentamente, mientras el segundo bandido alternaba su mirada asustada entre Erasmus, quien aún tenía el brazo sin vida de su compañero en su mano y su antiguo dueño, quien permanecía languideciendo en la gran mancha roja que era el piso.

Lo único que podía hacer era levantar su espada como señal de que aquel monstruo no se le acercara.

- ¿eres el líder de tu grupo? — le preguntó en tono calmado. Haciendo caso omiso de los gritos desesperados del hombre herido, levantó su

brazo muerto como si fuera un garrote y le aplastó la cara de un solo golpe contra el piso. En un instante sus gritos desaparecieron junto con su vida.

El bandido lo miraba paralizado de miedo, como si no pudiera creer que alguien pudiera hacer algo así y estar tan tranquilo al mismo tiempo.

- N..no, yo...

- Entonces no me sirves

Con un rápido movimiento de su cadera, giró rápidamente y le inserto una patada en su cuello con tanta presión sobre la tráquea que su cabeza se desprendió de sus hombros y chocó contra el lado derecho de la pared. Ni siquiera tubo necesidad de desenvainar su espada para deshacerse de dos insectos como esos.

Sin embargo, aún quedaban más elementos que requerían su atención.

Dos de tus hombres acaban de morir. Si no quieres que el resto se les una, sal hacia donde pueda verte.

Tres hombres salieron detrás de la sombra de una columna caída que estaba al fondo de la cámara funeraria. Dos de ellos estaban fuertemente armados, mientras que el tercero, quien parecía ser el hombre al mando, solo tenía dos cuchillos amarrados a cada extremo de su cintura. Era un hombre alto de mirada arrogante, a pesar de tener un parche que le cubría el ojo derecho. Una horrible cicatriz le cubría el rostro desde su labio inferior hasta su nariz. Sintiendo en completa ventaja al tener a dos guardaespaldas con él, el hombre se enguanto los puños a su cintura y escupió sobre el piso.

- ¿Qué mierda eres?

El Señor Oscuro se quitó su capucha y dejó ver su rostro. Con solo verlo sabían que era un forastero en su tierra. A diferencia de los Kemitas, cuya genética les ha dado piel bronceada y cabello oscuro rizado, los que vienen de occidente se caracterizan por su piel blanca y tener el cabello de forma mas sedosa. Sin embargo, había algo en él que definitivamente no se veía en casi ningún lugar: ojos rojos. Aquel iris carmesí rodeado de una esclerótica completamente negra no era propio de ningún ser humano que se haya visto, al menos, no en Kemet.

Eran los ojos de alguien que había entregado su fe a la luz del Fuego Rojo de la Ira.

- Soy alguien lo suficientemente poderoso como para matarlos a los tres y luego seguir con los otros cinco que permanecen escondidos detrás de la escalera que da a la superficie. — respondió en tono calmado y amenazante, mirando al hombre de la cicatriz — puedes vivir y servirme o puedes morir aquí mismo con ellos. La decisión es tuya.

- Perder a esos dos inútiles no me impresiona. Veamos si eres tan poderoso como dices.

El hombre se llevó los dedos a la boca y emitió un silbido fuerte que fue escuchado por el resto de sus hombres, que no dudaron en bajar las escaleras para socorrer a su jefe, quien al verse en superioridad numérica le dedicó una sonrisa ladina.

- Me quitaste dos hombres ¿no es así? Lo justo sería que mis muchachos me entreguen tus dos manos.

- Si es que pueden acercarse.

A la primera señal del hombre, todos los bandidos desenvainaron sus espadas y se apresuraron para abalanzarse hacia el mismo objetivo. La espada de Erasmus era un arma fabricada en el Imperio, hecha a base de su propia sangre e impregnada con el poder del Fuego Rojo, por lo que podía atravesar cualquier material corriente que le hiciera frente, como el pobre acero de segunda que portaban aquellos infelices.

Aquella imagen era como visualizar una danza macabra de sangre y gritos que cubrían toda la habitación de piedra. Sin que lo supieran, los bandidos ya estaban muertos desde mucho antes de desenvainar, ya que Erasmus se podía mover a una velocidad anormalmente superior a la de sus rivales. Cortando todo a su paso y separando cabezas, brazos y piernas con suma facilidad, a los ojos del exterior solo se veía una lluvia de restos humanos golpeando contra las paredes o cayendo inertemente al suelo.

Al final solo quedaron dos: el hombre de la cicatriz y un guardaespaldas de estatura anormalmente grande armado con un martillo de guerra.

Sabiendo que los números ya no tenían relevancia, no fue difícil deducir que intentarían escapar, por lo que se aproximó a ellos de manera de que retrocedieran y quedaran contra la pared de la cámara. De ese modo, la única forma de salir a la superficie sería únicamente pasando por encima de él.

- ¡espera! — se apresuró a decir el hombre de la cicatriz mientras sacaba algo de su bolsillo — primero mira esto.

Alzó de frente una especie de medalla de hierro que tenía grabado un sol partido. Era la insignia del más poderoso sindicato criminal en las Arenas Externas: El Gremio de Areneros.

El miedo del hombre se dejaba ver en el único ojo que le quedaba. De lo contrario no habría estado tan ansioso en querer negociar. Tiro los dos cuchillos que le colgaban al frente de su cinturón al piso como muestra de buena fe.

Me llamo Makar y él es Gedd. No nos mates, solo seguimos órdenes. — le hizo un gesto al hombre forzado para que bajara su arma. — tenemos una carretilla llena de tesoros en la superficie. Son tuyos. Solo déjanos pasar y te los daremos.

Sin duda, su desesperación lo había tornado más estúpido de lo que realmente era, entre más alargadas eran las palabras de súplica de Makar , más se aproximaban junto a Erasmus, y más acercaba su mano al cuchillo que tenía en la parte atrás de su espalda.

En cuanto Makar saco su cuchillo oculto se lanzó encima de Erasmus pero este lo repelió rápidamente girando y acentandole una patada en el estómago que lo estampo al otro lado de la pared. Inmediatamente el hombre llamado Gedd aprovecho la oportunidad para intentar aplastar la cabeza del muchacho con su enorme martillo. Él tenía experiencia lidiando con hombres de fuerza bruta como aquel, siempre era lo mismo, el truco consistía en obligarlos a abanicar hasta que sus brazos se cansaran. El gigantesco hombre empezó no dejaba de intentar golpearlo, pero su presa se movía con mayor velocidad. Gedd era el segundo al mando, después de Makar, y un hombre extremadamente fuerte como un oso, dentro del Gremio se había ganado el apodo de "El Muro" debido a su altura descomunal, la cual se acentuaba cuando dibujaba una gran sombra sobre sus compañeros durante sus campañas. El Muro se había hecho fama de ser un hombre terriblemente despiadado durante el combate cuerpo a cuerpo, solo que estaba vez se enfrentaba a alguien que le doblaba en fuerza e inteligencia.

En su intento final por derribar a Erasmus, levanto su pesado martillo con todas sus fuerzas y dejo su abdomen al descubierto. El filo siniestro de la delgada espada traspaso su estómago hasta subir y reventarle la caja torácica. Su boca empezó a expedir sangre sin control de tal forma que se la tapó con las dos manos para mantenerla adentro pero la herida en su cuerpo ya le había hecho perder demasiada.

Al final cayó sobre el peso de sus rodillas y se desangró hasta morir. Sin

ninguna dificultad, El Muro había caído.

Ahora solo hacía falta encargarse de aquel desdichado que yacía semiconsciente contra la pared y que había intentado matarlo a traición. Se tomaría su tiempo para eso.

Makar sabía todo en lo que respecta al saqueo, era un auténtico veterano que había sobrevivido a varias expediciones durante su vida.. Durante años su gremio se había hecho del control de todas las rutas de comercio en las Arenas Externas, oprimiendo a los comerciantes y saqueando a quienes no pagaban el impuesto por la fuerza. Como todos los hijos sin hogar, Makar veía en el Gremio su oportunidad para ser alguien importante, alguien que no tendría que ver a los demás desde abajo y bajar la mirada.

Sin embargo, no era capaz de darse cuenta que no había tratado de robarle estaba robando a un pobre viajero desprevenido o a un comerciante. Había intentado robarle a Erasmus Rochester, uno de los últimos Señores Oscuros del Imperio. Y no estaba de buen humor.

Se agacho para tomarlo por el cuello y lo levanto por encima de él. Toda esa arrogancia y exceso de confianza que había mostrado al principio se estaba escapando de su cuerpo al igual que el aire de sus pulmones. Podía sentir su cuello frágil y sudoroso entre sus fríos dedos mientras lo apretaba más y más para desarmarlo.

—Dime ladrón, ¿te gustaría vivir?—le levanto la mirada mientras lo sujetaba.

— si...muchísimo—le respondió entrecortando su respiración. Sus manos ya habían dejado de resistirse— por...Por favor

Podía romperle el cuello ahí mismo y dárselo de comer a los depredadores que vagan por el desierto. Podía quitarle hasta el último aliento de vida como castigo por haber intentado robarle. Pero esa no era su naturaleza. Donde otros veían enemigos, el joven Erasmus veía utilidad y recursos a su disposición. Quitarle la vida a una sanguijuela como esa era un acto sin sentido o propósito para él.

— ¿Sabes a quien intentabas robar?—le pregunto sin dejar de mirarlo fijamente.

- N...no

—Ahora lo sabes —le respondió poniendo su cara enfrente de él —déjame ver lo que ocultas. Esto no te dolerá...demasiado.

Al poner su dedo en la frente de Makar, vio lo que él había visto con sus ojos a lo largo de su vida. Un huérfano criado en la calles de Pergamo, sin nada en el bolsillo y lleno de hambre. Había conocido los barrotes de las correccionales desde muy joven, siempre arrestado por hurto o estafa. Vio a un niño que había perdido el ojo durante una pelea callejera. Más adelante en el tiempo veía a un adolescente apuñalando a un anciano para robarle una bolsa de monedas, aquella había sido su iniciación al Gremio de Areneros. Después en su madurez podía observar su vida dedicada a emboscar a los viajeros por los Arenas Externas, violar a sus mujeres y repartirse el botín con sus compañeros. Pero había algo más, algo que se esforzaba por ocultar a la vista del Señor Oscuro. Una mujer. Bella y frágil, con una hermosa melena escarlata que le llegaba a la cintura y hermosos ojos verdes. Él estaba sufriendo a causa de ella. Su amor era su debilidad. Algo con lo que Erasmus podía trabajar y usar en su beneficio.

<< Cuerpo frágil y corazón frágil. Demasiado útil como para desaprovechar la oportunidad.>>, pensó.

Makar se retorció de dolor como si estuviera siendo hostigado por torturadores invisibles. La piel le ardía horriblemente y sentía como si miles de agujas perforaran sus huesos. Aquella sensación era el poder del Fuego Rojo de la Ira. Un poder tan siniestro que solo podía ser empleado por aquellos que tenían un control fuerte de su propio odio. Alguien como Erasmus Rochester.

—Interesante —dijo con frialdad en su voz.

Le retiró el dedo de la frente y le soltó el cuello. Cayó al suelo esforzándose por recuperar el aliento, demasiado débil como para atreverse a atacar. Solo permaneció arrodillado mientras aclaraba su garganta y mirando el suelo avergonzado por su derrota.

— ¿Qué....que fue lo que me hiciste?—finalmente se dignó a preguntar sin quitar los ojos del suelo.

Erasmus no le respondió.

Al recobrar un poco más de aliento, levantó la mirada y vio a su alrededor: todos los hombres que habían entrado a la cámara con él yacían en el suelo reducidos a sangre y miembros amputados, completamente irreconocibles. Ya no quedaban testigos que pudieran afirmar que Erasmus Rochester había estado en las ruinas de Ib. Excepto Makar.

En lugar de matarlo, sacó de su túnica unos cuantos Ortolans de Oro y los

dejo caer a sus rodillas.

Makar parecía no entender lo que estaba pasando.

—Tu y yo tendremos una pequeña charla — exclamó el Señor Oscuro esbozando una mueca cruel en su sonrisa.

Capítulo 2

Pese a las supersticiones locales, La antigua fortaleza de Alamut proveía una cierta seguridad para aquellos que buscaban un techo del cual protegerse de los peligros que albergaba el desierto al bajar el sol. La mayoría de los viajeros la evitaban a toda costa debido a las cruentas historias que se albergaban dentro de sus muros. Historias de fantasmas de sedimentos de venganza que recorrían los pasillos de las mazmorras y espíritus de jóvenes muchachas asesinadas a sangre fría. Cualquiera hubiese pensado que el viejo castillo era un recinto que invitaba a la desgracia de quienes se aventuraban a pasar por sus puertas. Cualquiera menos Eradia Rochester

La joven recorría los pasillos de la vieja fortaleza, inspeccionando que no hubiera nada que advirtiera su presencia. A diferencia de su hermano, ella no se prestaba a darle importancia a aquellos relatos de magia y misticismo. Tenía otros planes en mente, con su mirada siempre puesta en el Oeste, donde se extendían tierras verdes, montañas gélidas y ríos caudalosos en el país que ella había dejado atrás. Se cumplía un año de su vida en el exilio y sentía que, con cada día que pasaba, la ilusión de ver destruidos a los Nobles, aquellos servidores del Reino que los habían vencido, se desvanecía cada vez más. Fue culpa de ellos en primer lugar, junto con los ejércitos del Rey, que tuvieron que escapar de su completa aniquilación y verse forzados a una vida de supervivencia, huyendo de la tierra que por derecho era suya y verse forzados a esconderse en uno de los rincones más orientales del continente.

Ciertamente, los pasillos de Alamut le traían recuerdos de su vida en The Riddle, el castillo ancestral que su familia tenía en las Tierras del Sur, donde se había criado junto con su hermano, Erasmus. La antigua fortaleza le hacía transportarse a los días de su infancia, que ya parecían tan lejanos. El tacto de su mano desnuda sobre la piedra fría de los muros le provocaba una sensación agradable y nostálgica, como si nunca se hubiera marchado de su hogar. Por un momento intento visualizar todo lo que había dejado atrás; El penetrante olor de los pinos en primavera, el dulce sonido de las hojas de otoño crujiendo bajo sus pies y el silbido gélido del viento entre los árboles en las primeras nevadas de invierno.

Kemet no tenía nada de eso.

Los Kemitas o <<salvajes>> como ella solía denominarlos, apenas contaban con rutas o caminos modernos. El grueso de su geografía se constituía de desiertos, montañas y algunos oasis medianamente potables. Todo un paisaje de desolación bajo la piedad de un sol abrasador que podía hacerte caer por deshidratación en cuestión de horas

sin previo aviso.

Sin embargo, a pesar de su situación, ella ya estaba acostumbrada a los ambientes hostiles. Desde pequeña, ella se había criado en un mundo de crueldad, donde el Imperio libraba una guerra de cien años sin descanso contra el Reino y la Nobleza. Su familia era una de las seis Casas Imperiales que servían al Emperador, el Señor Oscuro Orphen, quien, en sus últimos años, había elegido al joven Erasmus Rochester para ser el que le sucediera tras su muerte, o al menos ese era el plan hasta que el Imperio dio por perdida la guerra.

Por su parte, el padre de ambos, tenía su propia visión de un futuro diferente para el Imperio, pues vio en sus hijos una oportunidad con la que podría alcanzar sus propias ambiciones. Desde el momento en que ella nació se le dijo que estaba destinada a la grandeza, y sus habilidades con la espada no hicieron más que reafirmarlo. Claramente era toda un prodigio, ya a los ocho años ella se había entregado por completo al poder del Fuego Rojo de la Ira, al matar a su primer hombre y entrar en profunda conexión con su rabia, convirtiéndose en la más joven de la historia en recibir semejante bendición. Nada de esto le sorprendió a su padre, debido a que el viejo Señor Oscuro de Rochester siempre se había esforzado por convertirla en un arma de odio puro que pudiera usar en contra de sus enemigos. Cada herida recibida durante sus entrenamientos se convertía en una prueba más que superar, de modo que cuando estuvo lista para su iniciación en la guerra, ya era la más temible servidora del Emperador.

En contraste, el Señor Oscuro de Rochester se decepcionaba de su hijo, quien todavía no había podido hacer un vínculo con el Fuego Rojo y seguía teniendo esos ojos verdes que para él solo eran símbolo de vergüenza y debilidad, pues el niño no había demostrado tener ningún talento para emplear la fuerza física o para quitar una vida. Constantemente se dedicaba a compararlos todo el tiempo con la esperanza de endurecer las emociones de Erasmus, y hacer que entrara en conexión con sus sentimientos agresivos, pero a pesar de todo, esto nunca ocurrió sino hasta que cumplió los trece años. Cuando eran niños, ella siempre intentaba protegerlo de cualquier peligro lo cual le valió el desprecio y burlas de muchos que alegaban que una mujer era la verdadera representante de la Casa Rochester, cosa que enfurecía a su padre y amenazaba con hacerlo ver débil frente a las otras casas.

Mientras que Erasmus encontraba placer en actividades como la lectura y las ciencias, Eradia, por su parte, desarrolló un extraordinario talento en el campo de batalla. Su naturaleza estaba en la guerra y el combate, por lo que no tardó en ganarse la admiración y el respeto de muchos soldados a su mando. Cuando ambos llegaron a tener edad suficiente, su padre, sabiendo lo débil y enfermo que se había vuelto el Emperador, compartió

con sus hijos sus planes para tomar el poder.

- Recuerden esto: el Fuego Rojo es el arma más poderosa que existe en el Inframundo y su poder fluye por sus venas — solía repetirles su padre —un día cuando llegue el momento, destruirán al Emperador y reclamarán el trono para la Casa Rochester. No existe otro propósito que ese.

A partir de ese momento sus vidas dejaron de ser suyas y pasaron a tener el único objetivo de servir a su Señor Padre, quien se esforzó de lleno en sembrar en ellos la semilla de la ambición. Aquellos planes de conquista embriagaban a la joven Eradia de tal forma que soñaba con hacer realidad la visión. Era cierto, el Fuego Rojo era la fuente de poder más invencible que existía, independientemente que aquellos hipócritas de los Nobles lo consideran inmoral o maligno. Todo por no estar dentro de su mugroso código de ética donde los medios eran más importantes que el fin en sí mismo. No era de sorprender que su Reino, gobernado por los débiles, hubiese estado menguando durante gran parte de la guerra.

Pero ya no estaban en El Reino, y sus pensamientos tenían que sentarse únicamente en sobrevivir. Habían pasado todo un año escondiéndose de sus enemigos y huyendo sin rumbo en la búsqueda de algún lugar del cual pudieran hacerse con el control. Habían tenido suerte en encontrar Alamut, su tétrica historia y su posición aislada la convertían en un lugar ideal para fraguar sus planes sin ser vistos por nadie. Ni siquiera las bandas de saqueadores se atreverían a adentrarse en un lugar que solo era polvo y podredumbre marchitada por el paso del tiempo. Encendió unas velas y se sentó en uno de los grandes salones que estaban deshabitados.

No había nada para hacer. Excepto esperar noticias de su hermano.

Al ser los únicos Señores Oscuros que habían sobrevivido a la guerra, ambos comenzaron a idear el plan que, algún día, les permitiría vengarse del Reino y destruir a los Nobles. Sin embargo, también reconocieron que dicho plan tomaría más de una década en ejecutarse. Primero tenían que reunir una vasta red de espías y servidores que pudieran operar desde las sombras, sin que los Nobles ni el Rey se dieran cuenta de su presencia y que les permitieran comprar influencia en las más altas esferas.

La joven miro por la ventana buscando señales de su hermano pero solo se podía ver la inmensidad del desierto por la noche. Detestaba aquel país sin nada más que arena y unas cuantas ciudades. La única que parecía disfrutar era Bazil, la serpiente albina tomada como mascota por los hermanos, que se encontraba en la mas mazmorras alimentándose de un mercader que había sido lo bastante estúpido como para refugiarse en la fortaleza durante una tormenta de arena.

Pasaría un buen tiempo hasta que Erasmus regresara así que aprovecho el momento a solas para entrenar distintas técnicas de desenvaine. La muralla exterior era, sin duda, su lugar preferido, ya que podía moverse con más libertad sin tener que contenerse mientras repetía diferentes variaciones de movimientos.

Después de entrar en calor durante cada sesión de entrenamiento, acostumbraba afilar su espada. Siempre estaba afilada, pero con el tiempo había desarrollado la rutina de darle filo cuando se sentía intranquila. Era su ritual para mantenerse calmada. Sin duda, era un arma única en su tipo: una espada de doble hoja forjada en Mortoros que, al igual que la de su hermana, fue fabricada con su sangre y bendecida con todo el poder del Fuego Rojo, pero con una diferencia notable: era una de las pocas espadas dobles de su era. Solamente los más grandes guerreros del Imperio podían dominar de forma precisa el manejo de una espada de doble hoja debido al riesgo de poder quedar mutilado desde ambos extremos. Las dos hojas se mantenían conectadas por una empuñadura de acero con diseño de serpientes entrelazadas que simbolizaban el emblema ancestral de su familia.

<<Una espada digna de un Rochester>>, le había dicho su padre el primer día en que ella había conseguido forjarla.

Una espada digna de un Rochester, aun ahora ella se preguntaba el significado real de esas palabras, ¿la espada debía ser digna de ella o ella debía ser digna de la espada? La respuesta solo podría encontrarla como siempre lo había hecho: asesinando.

Podía escuchar a los murciélagos de la fortaleza, chillando y aleteando, en medio la ejecución de su tradicional danza nocturna. Siempre que el sol bajaba aprovechaban para abandonar Alamut y salir de cacería. Al cabo de un tiempo, aquel chillido comenzó a ser una verdadera molestia. Usando el impulso de sus caderas y el largo de su brazo, lanzó la espada como si fuera un boomerang hacia sus presas y poco a poco aquellas criaturas comenzaron a ser rápidamente despedazadas como si fueran marionetas de papel que explotaban de sangre. Sin importar que tan lejos la lanzara, la espada siempre volvía a la mano de su dueña.

<< Ambas somos dignas una de la otra>>, pensó mientras sonreía al ver aquella lluvia de sangre cayendo al vacío.

Tenía muchas dudas sobre su propio futuro, toda su vida había dado un gran giro. Ya no era Lady Eradia de la Casa Rochester, solo era una jovencita en medio de la nada pretendiendo tener el control de la situación. Desde el exterior, ella siempre se mostraba segura de sí misma, pero en el interior dudaba de cada movimiento, pensando que cualquier descuido podía ser su fin. En ese sentido, admiraba a su hermano. Él había demostrado adaptarse mejor a la vida de fugitivo que ella. No le

gustaba permanecer inmóvil. Necesitaba el estímulo de guerrera que había perdido.

El frío viento del desierto revolvía su pelo con la misma delicadeza de las manos de un amante, y en ese momento se percató de que unas alas negras se deslizaban por el firmamento nocturno.

Finalmente había regresado.

Montaba un WAYVERN negro de proporción mediana que había comprado en uno de sus viajes. A ella no le agradaba, la última vez que Erasmus le había querido enseñar a volar prácticamente se desmayó de las náuseas que le provocaron las alturas. Desde entonces, optó siempre por seguir moviéndose a caballo.

— Te dije que no me esperaras — dijo al desmontar.

—No podía dormir. Aproveche para entrenar un rato. — Sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo pasó por su mejilla —estas hecho un desastre.

—Cierto. Pero valió la pena.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Eradia al escuchar eso.

Los dos caminaron por el largo corredor de la muralla en dirección a una escaleras que daban tramo directo hacia las mazmorras de Alamut y comenzaron a descender a lo profundidades del corazón de la fortaleza.

— ¿Qué noticias tienes?

Erasmus tomó su mano y le entregó la insignia que le había quitado a Makar. Ella no pudo evitar mostrarse emocionada al respecto al ver que la operación había sido un éxito.

- logre establecer contacto con el Gremio de Areneros

Su hermano le contó todo lo que había pasado aunque no hizo ninguna mención sobre la extraña presencia que había intentado hacer contacto con él ni tampoco creyó conveniente dar cuenta sobre sus investigaciones personales en Ib. En todo caso, prefirió omitir esos detalles hasta que estuviera plenamente seguro con que fuerza estaba lidiando. Pero ahora eso no importaba por el momento, tenían planes que concretar y las piezas de su tablero ya estaban empezando a moverse.

— ¿a cuántos dejaste ir?

—Solo a Makar, le pague lo suficiente como para que sobrevivía a su viaje

de regreso. Puedes confiar en que llevara nuestro mensaje.

Confió en ti, no en él. Pero no dejan de ser excelentes noticias. Sin embargo, no puedo evitar sentir algo más que tu victoria. Descubriste algo útil sobre él ¿no es así?

—Es cierto, encontré algo sobre nuestro nuevo aliado que puede concedernos una ventaja. Aparentemente, tiene una motivación mucho mas personal para rebelarse en contra Muur.

—Una mujer.

Erasmus asintió con la cabeza. Su hermana tenía un talento excepcional para adelantarse a la mente de los hombres.

- Una debilidad predecible pero una debilidad a fin de cuentas, será algo que podemos explotar y que nos hará ganar su lealtad.

—Sin embargo, debemos actuar con prudencia, estos areneros son piratas y saqueadores, su lealtad gira en torno al dinero, debemos atraerlos apelando a su codicia — advirtió Erasmus.

—Por supuesto, la promesa de llenar sus bolsillos de oro y victoria nos dará el ejército que necesitamos. Dime ¿A dónde se ha dirigido?

—Makar tiene vínculos clandestinos con varios Jefes de los clanes criminales que conforman el Gremio. Todos ellos mantienen desde hace tiempo la intención de derrocar a Muur, aunque tienen serias dudas sobre llevarlo a la práctica. Tardará tres días en reunirlos a todos. Pero una vez que pasen por nuestra puerta, los ayudaremos a reevaluar su lealtad.

- Exactamente como lo planeamos — afirmó Eradia mirando más de cerca la insignia del Gremio de Areneros — curioso. Intentamos quebrar a una organización cuyo emblema es un sol quebrado.

Las oscuras escaleras de piedra dibujaban una gran boca de lobo tan basta que hubiera atemorizado a cualquiera sino fuera porque Erasmus utilizó su iluminador para crear un camino de antorchas.

Hacía mucho tiempo que ningún ser humano se atrevía a descender por aquellos laberintos de piedra ensangrentados con la mancha de los terribles acontecimientos que habían atestiguado a lo largo de los años. Se decía que una antigua secta de asesinos había habitado en las entrañas de la fortaleza, mucho antes de la Guerra. Durante su tiempo, la secta había masacrado a incontables jefes de estado, lideres criminales y princesas de todo Kemet. Erasmus se mofaba de aquellas historias de fantasmas del pasado, pero la idea de que la conciencia de otro ser pudiera trascender después de su muerte era algo que despertaba su

curiosidad ¿tenían algo de verdad esas historias? ¿Era posible una existencia después de la muerte física? Aquellas eran preguntas que lo mantuvieron absorto un buen tiempo la primera vez que escucho hablar de Alamut. Un viejo bibliotecario le reveló la localización de la fortaleza cuando ambos se escondían en la ciudad de Gezda a unos pocos kilómetros al este de Ulthar. El antiguo castillo no figuraba en ninguno de los mapas modernos, solo unos pocos pergaminos amarillentos mencionaban sus coordenadas exactas. Por fortuna, el bibliotecario les otorgó de buena gana los pergaminos después de probar la dulce persuasión de la espada de Eradia alrededor de su cuello.

Al final de las largas escaleras se divisaba la entrada a las mazmorras de Alamut, donde el cadáver de un mercader que parecía haber sido regurgitado ya varias veces emitía pequeños chasquidos de huesos reventándose mientras una gran serpiente blanca permanecía enroscada en torno a él. Bazil se daba un festín con la carne muerta mientras veía a sus amos abrir la vieja puerta de hierro de la celda

Eradia vio a su querida mascota y le sonrió como una niña. Se inclinó y le dio un beso en la frente.

— Cualquiera bestia muere cuando le cortan la cabeza — le dijo mientras acariciaba a la serpiente como quien acaricia un gato — El Gremio de Areneros se rige por la misma naturaleza, no es muy diferente de un lobo o un león.

Erasmus también se inclinó para acariciar la frente de Bazil.

—Solo si les insertan un corte decisivo —señaló su hermano—si se falla en ejecutar el ataque la bestia vivirá lo suficiente como para intentar buscar venganza.

Al oír aquello, la sonrisa infantil de Eradia adoptó un aire siniestro.

—Nos aseguraremos de que no vivan lo suficiente como para intentarlo.

Capítulo 3

Había por lo menos cuatro clanes criminales reunidos en el gran salón de Alamut y todos ellos tenían sus propias razones para querer derrocar al Señor del Crimen Muur, el actual líder del Gremio de Areneros.

Durante años, Makar había forjado alianzas secretas con varios líderes de estos clanes, quienes se dedicaban a apropiarse con un gran porcentaje de las ganancias obtenidas de los saqueos y pillajes sin rendir tributo al gremio y, desde luego, sin el conocimiento de su amo.

Erasmus estaba complacido. Nada era más confiable que un hombre que te puede traicionar, los hombres honorables son más impredecibles porque nunca sabes cuando la fragilidad de su honor será puesta a prueba.

—Estoy seguro de que Muur jamás estaría dispuesto a entregar el liderazgo sin pelear. Mucho menos a rendirse de la forma que ustedes esperan. — se jactó Boyce, líder del Clan de los Desolladores del Sol, mientras se servía más vino de Narciso en la otra punta de la gran mesa del salón. Detrás de él estaban sus subordinados que, al igual que su líder, eran hombres corpulentos y salvajes que parecían suplicar por una buena excusa para sacar a lucir sus cuchillos.

—Me temo que estoy de acuerdo con Boyce —asintió Gerold del Clan de las Arenas Sangrientas —aun si nos unimos, Muur se encuentra protegido en su palacio con todos sus guardaespaldas. Incluso de tener éxito, cuenta con el apoyo de otros cincuenta clanes que operan a su servicio en las costas lejanas, La victoria solo nos duraría un día.

Erasmus se encontraba sentado en el otro extremo de la punta de la gran mesa, con Eradia y Makar a su lado. Los tres permanecían en silencio observando como aquellos bárbaros debatían el nivel de riesgo y el precio que esperaban en compensación por poner sus cabezas en peligro. Una imagen similar vino a su mente por un momento, como un fantasma de un pasado ya muy distante. En aquel momento todavía era el joven heredero del Imperio y su Señor Padre ejercía celosamente el control de la Casa Rochester.

Todavía recordaba con toda claridad aquella escena en que la relación entre ambos se quebró por completo.

—El Emperador ha perdido todo el poder que le quedaba— decía su padre en la gran mesa de hierro sentado junto a su hermana, su madre y su fiel perro faldero, el despreciable Lord Roockwood — los años lo han debilitado y sus aliados ya están considerando lo mismo que nosotros,

Roockwood. El anciano no puede seguir al mando.

—Palabras muy ciertas, mi señor de Rochester. Pero por mas verdad que eso sea tenemos que considerar el riesgo —señalo el anciano Lord tocándose su grisenta barba de chivo —existe mucho en juego. Su hijo es el favorito del Emperador para ocupar su cargo, si esta traición llegara a sus oídos el exilio seria el menor de nuestros problemas. Pero si él aceptara firmar su renuncia...

—Eso es ridículo, él jamás sedera su poder —interrumpió su madre — es lo bastante arrogante como para llevarse el trono a la tumba con tal de vernos sometidos a su voluntad. Nuestros hijos ya son casi adultos y Erasmus esta tan cerca de él —giro sus fríos ojos rojos hacia el extremo de la mesa donde estaban sentados los dos hermanos —solo tendría que asegurarse de que el anciano se tropiece con una muerte accidental.

—Entonces tiene que ser Erasmus quien ejecute el plan. No podemos darnos el lujo de esperar a que ceda el trono por las buenas —declaro su padre, sin mirar a su hijo mientras tomaba una copa de vino — una vez que...

—No — interrumpió tímidamente el muchacho con la mirada baja.

— ¿Qué acabas de decir? – pregunto su padre golpeando la copa de vino contra la mesa y mirándolo en tono severo. Aquello había sido un error que le costaría caro.

—Dije que no —le respondió en un tono más firme. Pero debajo de la mesa, su mano estaba agarrada con fuerza a la de su hermana.

De pronto todas las miradas quedaron clavadas en el muchacho, miradas cargadas de odio y rencor. El frio le invadía el cuerpo hasta que sintió la calidez de la mano de Eradia tocando sus dedos.

Sin embargo, supo que en aquel momento estaba completamente solo en la oscuridad.

El vino derramado en la cara de Boyce combinado con desafíos y acusaciones de cobardía bastaron para que los puños estallaran de rabia y todos los clanes ahí presentes se dispusieran a pelearse entre ellos, mientras Makar y los dos hermanos contemplaban la escena con frialdad y frustración. Parecía más una representación teatral de una pelea callejera que una reunión entre líderes, pero así era como los clanes criminales arreglaban las cosas. En efecto, eran plenamente conscientes que organizar a aquellos salvajes supondría un reto mayor de lo que tenían planeado, pero no significaba que no fueran susceptibles a la

intimidación.

Una daga se clavó velozmente en la gran mesa de madera y todos los jefes y sus secuaces captaron el mensaje inmediatamente, por lo que volvieron a acomodarse en sus asientos para escuchar lo que Makar tenía que decir.

—No estamos aquí para pelear entre nosotros por mezquinas disputas — exclamó mientras miraba a todos los presentes— estamos aquí para derrocar a Muur y tomar el control del gremio. Si se rinde o tenemos que matarlo no importa.

—Estamos aquí porque nos prometiste oro — gruñó Exes, el jefe de Los Machacacraneos— si quisiera ver la fea cara de Boyce, le habría dicho a mis hombres que me trajeran su cabeza, sin ofender Boyce.

Todos los criminales respondieron al comentario de Exes llenando el salón con sus risotadas. A excepción de Boyce, quien le dedicó un gesto obsceno con el dedo.

Makar, sin prestar atención al comentario, continuó con su discurso.

—Cuando tengamos el gremio tendremos el oro, pero no obtendremos nada si no nos organizamos. Solo es cuestión.....

Cuando Erasmus se levantó de su silla, Makar y todos los presentes se quedaron callados, no por respeto sino por miedo. Los grandes jefes de clanes lo miraban con actitud hostil para disfrazar el temor que aquel forastero les inspiraba. Todos ellos sabían que había sido él, quien asesino a Gedd, el Muro y al resto de los hombres de Makar durante aquella masacre en el Templo de Ib. La mayoría de ellos bajaba la mirada para no ver aquellos gélidos ojos rojos que recorrían el salón en tono inquisidor.

—La razón que los ha traído aquí, ante nosotros es simple: dinero y poder. Durante años el Jefe Muur ha explotado sus servicios, despojándolos de sus bien merecidas ganancias y dejándolos solo con una pequeña parte del botín obtenido —dijo el joven Señor Oscuro con tono solemne, mientras Eradia recorría el salón detrás de cada invitado —nosotros queremos aprovechar sus talentos y estamos dispuestos a ser mucho más generosos que su amo. El dinero no tiene objeto para personas como nosotros, obtendrán todo lo que desean y más, pero solo si nos dan su lealtad y juran servirnos.

La única respuesta que rompió el silencio fue un desagradable eructo propinado por un hombre sentado en una de las esquinas del fondo. Era un hombretón de barba áspera y lleno de tatuajes en su cabeza que se

limpiaba la boca con el dorso de la mano.

Muchacho, debes estar demente para creer que puedes convocarnos y empezar a darnos ordenes — lo desafió el hombre tatuado, esta vez mirándolo a los ojos — ¿sabes a cuantos jóvenes como tu he ordenado cortarle la lengua por hablarme en ese tono? Pensando que puedes tratarnos como vasallos y creyéndote líder, la mayoría aquí piensa que mataste al Muro pero dudo que pelearas contra él sin que te hubiera dejado una cicatriz en esa linda carita que tienes —replicó escupiendo al piso — para empezar nunca antes había escuchado de ustedes yahghh!

El hombre tatuado se derrumbó de su silla tocándose ambos extremos de la cabeza donde habían estado sus orejas antes de que Eradia lo tomara por detrás y se las arrancara de un tirón.

—Y ahora nunca más escucharas —le dijo la joven.

Lo había hecho tan velozmente que nadie de los hombres que estaban cerca tuvo tiempo de actuar. Más de uno giraba la cabeza de repulsión al ver al robusto hombre retorcerse de dolor mientras intentaba tapar los orificios con sus manos por las cuales se escurría la sangre a borbotones.

Eradia continuó con su recorrido alrededor del salón, moviéndose elegantemente detrás de aquellos hombres supuestamente tan peligrosos. Si bien al principio de la reunión la miraban pensando en lo que le harían a la muchacha, ahora solo podían pensar en lo que ella les haría a ellos si la miraban a los ojos. Todos prefirieron desviar la mirada antes de tener que averiguarlo.

<< El miedo de tus enemigos hacia ti los convertirá en tus aliados>> solía decir su padre.

Cuando regreso al lado de su hermano, este le hizo un gesto de aprobación y la invito a tomar su asiento. Ella lo obedeció, pero no sin antes de arrojar las orejas del hombre sobre la mesa para que todos entendieran con quienes lidiaban.

—La insolencia viene con un precio —sentenció Erasmus

—Sabias palabras, Mi Señor —dijo Makar inclinado la cabeza y volviéndose hacia sus compañeros — ¿ahora entienden mi punto? Lo que haga Muur con ustedes es el menor de sus problemas.

Todo el valor y la arrogancia que podían expedir aquellos hombres se redujo a nada. Eran hombres que entendían la violencia, que habían cometido las más crueles atrocidades contra inocentes y peleado contra todo tipo de enemigos sin ningún temor a la muerte, pero ahora el miedo

los había paralizado y rechazar la oferta tampoco era una opción que les garantizara poder salir vivos de allí. Se miraron entre ellos y comprendieron que para bien o para mal, siendo grandes jefes de clanes, eran sirvientes de algo más peligroso que ellos.

—Como decía, el dinero no será problema, todo lo que encuentren en las cámaras del tesoro del palacio es suyo para que hagan lo que les plazca. Una vez que Muur esté muerto tomaremos el control del gremio y armaremos un ejército para controlar a todas las ciudades de la región. El miedo es lo que los mantendrá bajo control.

Incluso sabiendo que dar excusas tampoco lo podría salvar, Shago del Clan Puño Rojo sabía que tenía que ser realista frente a la situación que le proponían.

—Solamente hemos traído a unos pocos hombres con nosotros, no tenemos suficientes como para emprender una guerra — dijo sin levantarse de su silla.

Pero ni Makar ni Erasmus estaban de humor para escuchar excusas.

—Esto no es una guerra Jefe Shago — declaró — en dos días Muur espera que le entregue su tributo, sabe que fui a Ib a buscar tesoros, por lo que se espera carretillas llenas de objetos de valor — hizo una pausa para señalar a Gerold — Los Arenas Sangrientas se infiltraron en el palacio para darnos apoyo mientras usted y Boyce entran con nosotros ocultos en la caravana.

- ¿y para que necesitas a los Machacacraneos entonces? — preguntó Exes— ¿acaso estamos pintados?

- A ustedes los necesitamos aquí en Alamut — se apresuró a decir Erasmus antes de que Makar pudiera responder — por si las cosas se complican.

Makar parecía desconcertado. No le agradaba la idea de ir con menos hombres, el plan ya de por sí era arriesgado con los números corriendo en su contra.

- Mi Señor, no creo que sea prudente disponer de menos hombres de lo planeado.

- No podemos arriesgarnos. No sabemos si Muur tiene un As bajo la manga, necesitaremos un lugar armado con hombres en caso de tener

que reagruparnos.

Makar asintió pero no dejaba de sentirse intranquilo al respecto. Solo Exes parecía satisfecho con la idea de quedarse protegido en Alamut.

-Bueno, en ese caso mándenle mis saludos a Muur.

- Usted viene con nosotros Jefe Exes, estoy seguro de que Muur apreciara sus saludos en persona — dijo el Señor Oscuro.

- Pero...¿acaso no dijo que...

- Ponga a su segundo al mando a cargo de la fortaleza mientras usted viaja con nosotros hacia el palacio de Muur. No tengo intención de que solo usted no corra riesgos.

— ¿y que pasara si nos negamos a cooperar con ustedes? —Cuestiono Boyce emitiendo un bufido — por más poderosos que parezcan. Siguen siendo dos contra todos nosotros.

—Pueden unirse a él — respondió Erasmus señalando al extremo de la mesa.

Todos parecían desconcertados hasta que vieron al hombre tatuado levantándose con un cuchillo en cada mano y una mirada asesina que parecía indicar que no estaba nada contento de haber perdido sus orejas.

Se abalanzó sobre la mesa con toda brusquedad como una bestia encolerizada buscando una presa y corrió directo hacia Erasmus listo para rebanarle el cuello antes de que el muchacho pudiera desenvainar su espada. Pero este solo lo apunto con sus dos dedos de la mano derecha. No necesitaba una espada teniendo al Fuego Rojo como su aliado. Una luz plateada cegó por un breve momento a los presentes. Era una luz estruendosa y caliente que parecía nacer en las yemas de sus dedos para luego desaparecer en segundos. Un relámpago disparado con la suficiente destreza y velocidad como para cortar la carne de sus enemigos. La cabeza del hombre tatuado se desprendió rápidamente de sus hombros y su cuerpo inerte se desplomo sobre la mesa, dejándole en claro a Boyce que sin importar cuantos fueran, no serían suficientes.

Por décadas, aquellos versados en las artes del Fuego Rojo habían perfeccionado sus habilidades en combate hasta convertir sus cuerpos en instrumentos de su propio odio, de tal forma, que podían emanar electricidad al unir sus dedos índice y medio. Ciertamente, muchos supersticiosos asocian esta clase de poder con la brujería, puesto que son

muy pocos los que conocen la naturaleza del Fuego Rojo de la Ira, para fortuna de los Rochester, Kemet era una tierra de superstición, y aquellos hombres se apegaban a su miedo antes que a su arrogancia frente a tales poderes sobrenaturales.

- ¿alguien sabe cómo se llamaba? — preguntó Erasmus al resto.

- Tennor, el Jefe del Clan de los Escorpiones tatuados — respondió el Jefe Shago.

A Erasmus le pareció divertida la elección del nombre. Aunque no esperaba tener que asesinar a un Jefe de clan. Los necesitaba a los cinco.

- Que apropiado. Felicidades Jefe Exes, ahora es el nuevo dueño de los Escorpiones Tatuados. Ya tiene quien lo acompañe a darle sus saludos a Muur.

Todos los demás rieron para desestresar el ambiente aunque ya sabían que echarse atrás no era más una opción. Habiendo demostrado su punto una vez más, Erasmus hizo un gesto a los que aún no estaban muertos de miedo.

—La decisión es suya caballeros, pueden ser hombres poderosamente ricos o vivir miserablemente a las órdenes de Muur —dijo el Señor Oscuro haciéndoles un gesto hacia su hermana mientras ella se servía un copa de vino— suponiendo que todos ustedes puedan salir vivos de aquí.

Boyce fue el primero en levantarse. Después de haber cuestionado los poderes de los Rochester, tenía que al menos dar algo parecido a una disculpa.

—En vista de los eventos actuales estaremos honrados de trabajar con ustedes— dijo resignado.

—Para nosotros— corrigió Eradia.

Boyce asintió frente a la corrección de la joven y miro a Makar.

- Pero esto no cambia nada. Aun si no nos matan en la puerta del palacio, no significa que te besare el culo, Makar. Me daras mi oro y me dejaras operar sobre mi clan en paz.

- Solo si no te matan en el palacio — replicó Makar.

—Entonces no hay más que decir— intervino Erasmus — Preparen a sus

hombres, atacaremos el palacio en dos días.

Una vez que todos los hombres se habían retirado, Erasmus y Eradia comenzaron por fraguar la verdadera parte del plan. Makar se quedó sentado en el extremo del salón mirando el fuego de la chimenea. A diferencia de los demás, sus motivos eran más personales para entrar en conflicto con el Gremio de Areneros, si bien era un hombre codicioso, nunca había considerado la posibilidad de derrocar a su líder sino hasta que la mujer que amaba, Dorlea, había sido tomada por Muur como su concubina personal. Una vez que la transición de poder estuviera resuelta, Makar se convertiría en el nuevo jefe del gremio, afianzando su poder sobre las Arenas Externas y con dos Señores Oscuros susurrándole al oído.

—Boyce nunca bajara la rodilla ante ti —dijo Eradia — y dudo que el resto de los jefes te apoye cuando llegue el momento de tomar el mando.

El criminal la miro con escepticismo.

- ¿acaso usó sus brujerías para leer sus mentes, Mi Señora?

- No necesito leer sus mentes para saber cómo piensan.

En eso tenía toda la razón. A donde quiera que volteara encontraría más traidores que aliados en este momento. Pero no necesitaba sirvientes juramentados que le obedecieran toda la eternidad, solo los necesitaba usar para alcanzar su verdadero objetivo.

—Una vez que recupere a Dorlea, haré que le corten la cabeza delante de los demás jefes y luego veremos a quien apoyan —le respondió Makar volviéndose hacia Erasmus, quien miraba por la ventana hacia un cielo sin estrellas — ¿me garantizas su seguridad?

El Fuego Rojo estaba alineando todas las piezas a su voluntad pero no podía evitar mantener sus propias dudas sobre el desenlace. Incluso él, entendía que el exceso de confianza podía envenenar cualquier plan.

- Se avecina una tormenta — respondió con la mirada fija en el cielo nocturno.

- ¿Mi Señor?

—No, solo puedo garantizarte que la volverás a ver.

Capítulo 4

Cuando sus ojos estaban cerrados, podía percibir todo lo que pasaba a su alrededor. Podía escuchar el sonido de la lluvia lanzándole golpes a la piedra de los muros, podía oler la extraña fragancia de la arena mojada haciéndose más penetrante conforme la tormenta se hacía más fuerte. La oscuridad lo envolvía como una gran serpiente que se apresuraba a devorarlo.

Toda su vida había odiado la idea de dormir, pues es el único momento en la que un hombre está verdaderamente vulnerable a sus propios pensamientos. Sentía el frío en su interior intentando bloquear los recuerdos que se esforzaba por dejar atrás. Pero las voces afiladas lo seguían acosando en sus sueños.

Tú no eres mi hijo

En aquel laberinto de sombras que eran sus sueños, su cuerpo se sentía más ligero, como si pudiera desvanecerse ante la más leve ráfaga de viento. No tenía armadura, ni ropa, estaba sostenido solamente por el peso de su propia alma.

<<asi se debe sentir ser un fantasma>>, pensó.

En efecto, era un fantasma, siempre lo había sido para todos los que lo conocieron. Siempre menospreciado como si fuera invisible. A nadie le importaría si un día se desvanecía en el viento. Sencillamente dejaría de existir y nadie notaría su ausencia. Ni siquiera sería la sombra de un recuerdo, solo un fantasma. Siempre solitario y sin nada que lo atara al mundo de los vivos.

Una vez, en su niñez, había leído que los sueños solo eran las sombras de los recuerdos. Imágenes de nuestro pasado comprimidas en nuestra conciencia y transmutadas en partículas oníricas que se proyectaban ante nosotros cuando nuestro cuerpo descansa en silencio. Pero ¿Qué pasaba con los malos recuerdos? ¿Acaso de ellos estaban hechas las pesadillas? En ese caso, no había razón para pensar que estaba soñando, simplemente estaba preparándose para sobrevivir a otra pesadilla.

De eso si sabía. Sobrevivir era lo único que conocía.

Sobrevivió a la caída de Mortoros, sobrevivió a ser cazado por los Nobles, pero más que nada, sobrevivió a su padre.

Severo. Esa era la palabra que mejor lo describía. Aedes Rochester era un hombre severo y dictatorial que había pasado una buena parte de su vida

en hacer miserable la de su propio hijo.

El día en que su esposa estaba en trabajo de parto, los médicos le aseguraron que no había manera de salvar a los gemelos. Le explicaron que era un trastorno común en algunos embarazos, en el que uno de los bebés se alimenta mientras que el otro se debilita gradualmente. Aedes no lo pensó dos veces y ordenó que dejaran morir al más débil y sacaran al que estaba saludable. Sin embargo, no contaron con la voluntad del niño por aferrarse a la vida. Aunque estuviera desnutrido, su corazón aun emitía pequeños latidos, completamente imperceptibles para los médicos, pero no para su hermana, quien incluso desde antes de nacer, ya estaba aferrada a él y no saldría de ahí sin su hermano. Después del parto, los médicos no sabían cómo explicar que lo que había pasado: él bebe sobrevivió aferrado a su hermana y gracias a eso pudieron salvarlo.

Sin embargo, mientras otros lo consideraron un milagro, el Señor Oscuro de Rochester lo tomo como una debilidad, y fue en ese preciso momento cuando supo quién de los gemelos estaría destinado a la grandeza y quien a convertirse en una decepción. Sin que el niño lo supiera en aquel momento, su destino ya había sido decidido.

Aquel recuerdo se le quedó grabado, como a casi todos los infantes, como una sombra abstracta de la que solo tendría conocimiento catorce años después.

Solo podía ver aquellos rostros inflexibles, juzgándolo, reprobándolo como siempre lo habían hecho, mientras se sujetaba a la mano de Eradia por debajo de la mesa, queriendo escapar a cualquier lado. Pero Lord Aedes no toleraría ninguna insolencia, pero sobretodo no toleraría que viniera de la persona que más despreciaba.

— ¿Qué acabas de decir?

—Dije que no — le respondió su hijo — el Emperador confía en mí para sucederlo y no permitiré que ninguno de ustedes me arruine esa oportunidad. si quieres el trono, ten el valor de tomarlo tú mismo.

Sabía que un desafío de esa clase podía llegar a costarle muy caro si su señor padre no se encontraba misericordioso, lo cual era casi siempre, pero no le importaba. Ya no le tenía miedo y ya era tiempo de tomar su lugar.

Roockwood, por su parte, consideró que era mejor intervenir antes de que el asunto alcanzara mayores resultados.

—Tienes una lengua muy afilada, joven señor de Rochester—le dijo al muchacho en tono burlón, pero sin ocultar una actitud desagradable —tal vez tanto tiempo con el Emperador te han vuelto arrogante.

Pero el joven no se dejaría intimidar, y menos por aquel viejo decrepito que ni siquiera compartía su mismo apellido.

—No más que usted, Lord Roockwood —le respondió—ha lamido las botas de mi padre por tantos años que su lengua ya debe estar negra.

De entre todos los aliados de su padre, Albedrich Roockwood era el más despreciable de todos, un Señor Oscuro de las seis Casas Imperiales que gozaba de poco poder real en el Consejo, aunque era extremadamente rico en minas de piedras preciosas. La codicia y el deseo de fortalecer sus alianzas políticas motivaron a su padre a tomar la decisión de prometer la mano de Eradia al hijo de Roockwood por la mitad del valor de dichas minas, cosa que desagradaba profundamente a su hija, al ser vendida como una golfa cualquiera, y que hizo que Erasmus ardiera de rabia al querer apartarla de su lado.

Roockwood hizo caso omiso del insulto y forzó una sonrisa fingida.

- Eso no significa que no tenga razón, jovencito. Tal vez la compañía del Emperador te ha hecho creer que tienes alguna autoridad.

Era cierto. Desde el día en que el Señor Oscuro Orphen, el mismísimo Emperador, lo había seleccionado como su legítimo heredero al Trono Negro, su visión de los demás había cambiado. Ahora podía ver con la frente en alto a todos los que lo habían subestimado y ridiculizado como tal cual eran: gusanos envidiosos y llenos de amargura. Ya no tenía que darle importancia a las burlas de Roockwood o a las amenazas de su padre. Algún día ellos, y muchos más, estarían a su servicio mientras él erigiría como nuevo Emperador.

La serpiente ya no tenía por qué escuchar a simples ratas. Era hora de defender lo que era suyo.

—Es suficiente —sentenció su padre— mientras yo siga siendo cabeza de esta familia harás lo que yo te mande. Te guste o no, tú y tu hermana tienen un deber con su Casa, y me asegurare de que entiendan eso las veces que sean necesarias.

<<y yo me asegurare de que te arrodilles ante mi cuando el Emperador este bajo tierra>>, pensó Erasmus

— Mi abuelo fue quien conquistó Eban y le cortó la cabeza al Rey Vincent— le reprocho Erasmus — Él no necesitaba escudarse detrás de

sus hijos para lograr sus planes. Al menos no con sus hijos legítimos...

Al escuchar eso, Lord Aedes se levantó de su asiento y golpeó la mesa para que se callara. Si había alguien que él odiaba más que a su hijo, era su difunto padre, Lord Aderion Rochester.

Eso fue lo que lo condenó. El abuelo de Erasmus fue un célebre Señor Oscuro y cabeza de la Casa Rochester, cuyas acciones en el campo de batalla le ganaron la admiración y respeto de todo el Imperio, excepto de su hijo bastardo, Aedes, quien había sido producto del adulterio con una criada, quien, como su hijo, trabajaba como sirviente en el castillo del Señor Oscuro.

Aderion solía abusar de su madre frente al niño hasta dejarla inconsciente por los golpes, pero nadie ponía objeción a sus abusos puesto que se trataba de una esclava tomada como amante. Ya en su madurez, el joven Aedes mató a su medio hermano para quedarse con su posición y posteriormente desafió a su padre delante de todo el Consejo Imperial a un combate singular por el liderazgo de la Casa Rochester. Con la muerte de su progenitor, obtuvo su título de Señor Oscuro de Rochester y el castillo de The Riddle, pero jamás se olvidó de él ni del odio que le provocaba.

Recordarle a Aedes sobre su pasado había sido un grave error.

- Muchacho, estas caminando sobre hielo quebradizo. Yo que tu cuidaría mi lengua — le advirtió entre dientes.

Pero él sabía que no podía dejarse intimidar como cuando era niño. En lugar de eso, también se paró de su silla, mirando fijo a su padre.

- Lo mismo le digo a usted...Lord Rochester.

Erasmus supo que mencionarle aquello había sido excesivo. Su madre y Roockwood lo miraron como si hubiera provocado la ira de un dragón dormido, y temiendo quemarse en medio de aquella situación, prefirieron quedarse al margen. Su hermana le apretó la mano como gesto de que cediera en la discusión, pero no podía echarse atrás después de haberse impuesto de esa manera.

Aedes caminó lentamente hacia la otra punta del salón, listo para reafirmar su autoridad. Si la intimidación verbal no funcionaba, entonces lo intimidaría de forma mas dura.

Tú no eres mi hijo

Sabiendo que ninguno de los dos se disculparía, Eradia se puso en medio de ambos y apartó a su hermano con el brazo para protegerlo. A pesar de

haberla vendido en matrimonio, Aedes todavía no llegaba a caer tan bajo como para levantarle la mano a su hija. Al ver que ella ya había adoptado su posición en el asunto, solo se limitó a hablarle sin apartar a Erasmus de su vista.

—El joven Emperador dice insensateces, hija mía. Necesita descansar—escupió Aedes apretando los dientes y tratando de controlarse —llévalo a sus aposentos y apártalo de mi vista.

Eradia asintió con la cabeza y tomó del brazo a Erasmus para que lo acompañara a las habitaciones pero este solo le retiró la mano con brusquedad. Aún no había terminado.

—Descansare cuando yo lo diga. No permitiré que...

Pero Eradia se apresuró antes de que la situación se tornara peor.

—Por favor, no lo hagas— le susurró al oído — déjalo así. Hazlo por mí.

Quería continuar diciéndole todo lo que pensaba de él y estaba más que dispuesto a pelear por ello, no solo por él mismo sino también por su hermana, porque no permitiría que la tratara como su sirvienta, ofreciéndosela a un desconocido que se la llevaría lejos.

Al final cedió a la petición de Eradia y se tranquilizó para no empeorar las cosas para ella. La habitación y el resto se convirtieron en humo negro que se desvanecía mientras los dos se alejaban de aquel recuerdo. Aun podía visualizar los ojos de su padre en aquel momento: rojos y llenos de un profundo rencor, eran los ojos de un rival acorralado, pensando en su próximo movimiento y con su mente llena de crueles intenciones.

Pero las palabras seguían en su cabeza a medida que las imágenes se distorsionaban y volvían a fundirse en la oscuridad.

Tú no eres mi hijo.

Al despertar solo podía ver el rostro de Eradia, recostada sobre su pecho desnudo. Su respiración era cálida y reconfortante porque tenía el efecto de hacer que todos los malos recuerdos se esfumaran, aunque solo fuera por un breve momento. Cuando ella abrió los ojos, le dedicó una sonrisa y le acarició su mejilla dulcemente mientras los dos aun yacían entre las sábanas. La luz del amanecer ya comenzaba a filtrarse por las ventanas de Alamut. Era hora de tomar el control de las Arenas Externas.

Capítulo 5

El palacio de Jade se localizaba en la parte más lejana de las Arenas Externas, a unas pocas orillas del Río Setra, desde ahí se controlaba todo el crimen al Sur de Kemet. No había ningún secuestro, contrabando o pillaje sin que el Gran Jefe Muur estuviera informado al respecto. Todos los clanes criminales tenían que rendirle cuentas al Gremio de Areneros para poder realizar sus actividades, de lo contrario sus cabezas serían cercenadas y puestas en picas para servir como decoración al exterior de la fortaleza, así como también dar mensaje de lo que significaba oponerse a la voluntad del Señor del Crimen.

A medida que la caravana de Makar se acercaba más a la guarida de Muur, la pestilencia que emanaban los cuerpos empalados en los alrededores se volvía cada vez más penetrante. Al ver aquel temible jardín carne y lanzas, era más que claro que aún quedaban incautos que pensaban que podían derrocar semejante organización por la fuerza de las armas.

Por desgracia, Erasmus y Makar entraban en esa categoría.

—No encontrara otro lugar tan lleno de escoria y riquezas, Mi Señor—le repetía Makar mientras iban a caballo en compañía de Eradia —todo el poder en las Arenas Externas se concentra aquí. Pero no se deje engañar por el esplendor del oro ni por las delicadas gemas detrás de sus muros. Cada una de ellas se consiguió derramando la sangre de las otras ciudades.

Erasmus no se mostró impresionado, en sus dieciséis años en este mundo había conocido lugares más aterradores de los que muy pocos podían jactarse de haber visto, por lo que la guarida de un Señor del Crimen era para él simplemente un edificio adornado de amenazas y espadas.

Ciertamente, había un atisbo de esplendor en lo que refería a la enorme fachada externa que se imponía cada vez más a medida que se acercaban. El Palacio de Jade debía su nombre a que la inmensa fortaleza estaba recubierta con exquisitos laminados de jade extraídos en el corazón de las minas de Xirii, donde el Señor del Crimen llevaba gran parte de sus negocios de contrabando en las Costas Lejanas del Sur. No se sabe a ciencia cierta quienes lo construyeron originalmente, pero las inmensas columnas de granito escarlata que imitaban el color de la sangre y el polvo de oro pintado de los relieves que representaban antiguos dioses de Kemet le daban cierto aire religioso: hombres con cabezas de halcón y mujeres con cabeza de gato sobre troncos sostenidos por esclavos esculpidos a punta de látigo.

El Señor Oscuro pensó que sin duda los antiguos ocupantes de la fortaleza habían tenido buen gusto, pero se lamentó que ahora estuviera en manos de simples criminales.

Cuando Eradia acercó su caballo al de Erasmus pudo notar que sus manos estaban rojizas por la fuerza de las esposas. De inmediato voltio hacia Makar con actitud iracunda.

- No veo porque mi hermano tiene que ir esposado — le replicó.

- Tiene que parecer real, Mi Señora — la tranquilizó — no olvide que, hasta donde Muur sabe, le estoy entregando su tributo junto con el responsable de asesinar a mis hombres. Al menos esa parte es cierta ¿no?

Erasmus no le contestó, ya de por si el sol de Kemet era más pesado que las bromas de Makar o sus comentarios de lo que haría cuando recuperara a su esposa.

- Hermano ¿quieres que nos detengamos un momento?

El muchacho negó con la cabeza y siguieron su camino.

A pesar de que las esposas de hierro le apretaban, la cadena tenía el largo suficiente como para que pudiera maniobrar el caballo sin problemas, de cualquier forma no las tendría puestas por mucho tiempo. Trataba de apaciguar el dolor al pensar en lo que estaba en juego. Si tenía éxito, tendría a su servicio uno de los mayores gremios criminales bajo un líder manipulable. Si fracasaba, su cabeza serviría para advertir a los próximos estúpidos que intentaran algo semejante.

Unos guardias los detuvieron en la entrada para inspeccionar a su grupo. Afortunadamente, por regla general, nadie podía ver el cargamento antes que Muur, puesto que implicaba una falta de respeto.

El hombre encargado de la inspección era un ser grotesco de baja estatura que tenía la mitad de su rostro desfigurado con marcas de quemaduras que le llegaban hasta el cuello. Parecía molesto con su trabajo porque le dedicó a Makar una mirada de fastidio cuando vio las tres inmensas carretillas.

- ¿motivo de su visita?

- Entrega de tributo y prisioneros.

El hombre grotesco se dedicó a anotar en una pequeña libreta pero era

claro que solo quería hacerles perder el tiempo.

- ¿nombre?
- Ya conoces mi nombre.
- Reglas son reglas, Makar ¿nombre?
- Makar Neradd
- Muy bien. Firma aquí.

A Erasmus le impresionó que algunos criminales supieran leer y escribir, en el Imperio solo los Señores Oscuros y los militares estaban capacitados para ser hombres letrados.

- ¿algo que declarar?
- Ya que lo preguntas, sí. ¿te gustaría ver el cargamento o con la última vez tuviste suficiente? — Makar le señaló la mitad de su rostro quemado.

<< Imbécil >>, pensó Erasmus. Como si la situación no fuera ya lo suficientemente delicada, también quería instigarlos a ser descubiertos sin siquiera haber cruzado la puerta primero. Solo esperaba que aquel enano desfigurado no quisiera tomar el comentario de Makar tan en serio. Si lo hacía...tendrían problemas.

Por fortuna el hombre negó con la cabeza e hizo un gesto hacia los guardias para que les abrieran el paso, por supuesto, no sin antes decirle unos cuantos insultos a Makar, Erasmus sabía lo que significaba la marca de ese hombre: había ofendido a su amo en el pasado. En las Arenas Externas era una costumbre quemar la mitad del rostro de aquellos subordinados que habían cometido alguna ofensa contra sus patrones. La marca de su vergüenza les recordaba que había peores cosas que morir. .Afortunadamente, el recuerdo de la experiencia del fuego sobre la piel había sido suficiente como para que aquel miserable no fuera de hacer muchas preguntas. Sin embargo, a partir de ese punto tuvieron que dejar los caballos en la entrada y continuar el resto del camino a pie mientras las grandes puertas de oro se cerraba detrás de ellos.

No era la primera vez que había tenido que permanecer esposado. En una ocasión, durante una batalla perdida ante el Reino, Erasmus había sido secuestrado por una banda de mercenarios en media una campaña de la Casa Rochester para someter a la población de Misty Harbor. Los rebeldes habían contratado a la banda para tomar al joven Señor Oscuro como rehén y obligar a su padre a abandonar sus tierras. En cierta forma el secuestro fue una pérdida de tiempo, ya que el Señor de Rochester se negó a dialogar o pagar rescate por la vida de su hijo. Durante los meses que fue prisionero, permaneció encadenado de cuello y manos y alimentado ocasionalmente. Solo su hermana acudió a su rescate, con cien de sus mejores hombres. Después de su llegada, no solo los mercenarios fueron masacrados ese día, sino que toda la ciudad fue arrasada por completo, incluyendo a las mujeres y niños. Todos

conocieron la ira de Eradia, y aprendieron el costo de lo que significaba desafiar a la Casa Rochester. Con suerte, no habría necesidad de repetir los mismos resultados de aquella ocasión. Después de todo, no tenían intención de arrasar el palacio ese día, al menos...no con todos.

La cámara central se localizaba bajo una gran cúpula de piedra, donde los más grandes lugartenientes del gremio disfrutaban de los placeres de las concubinas del palacio por un precio razonable. Nadie se fijaba en ellos, estaban demasiado consumidos en el océano de vino y prostitutas como para notar a Makar y a su caravana de soldados ocultos. El lugar era frecuentado por asesinos a sueldo y solicitantes que venían de todas las ciudades a pedir el favor del Gran Jefe Muur, el cual acostumbraba escuchar a los pobres infelices desde su trono de Jade sobre una plataforma en compañía de sus muchas esposas para demostrar su opulencia.

Para Eradia aquello era un espectáculo grotesco, ver a ese hombre mórbidamente obeso bebiendo vino hasta vomitarlo y ver a sus esclavas obligadas a cumplir sus deseos. Casi sentía lastima por las pobres chicas. Muur parecía una horrible mezcla de carne, grasa y oro. Sin duda era un hombre tan poderosamente rico como excéntrico, llevaba una barba rojiza peinada en tres partes y sus dedos regordetes estaban repletos de anillos de los diferentes jefes criminales que había asesinado. Las grandes cadenas de oro que rodeaban lo que en teoría era su cuello le colgaban hasta la cintura....o algo parecido a una cintura.

Makar fue el primero en acercarse al trono, haciendo una modesta reverencia y entornando los ojos hacia arriba. Podía ver como Dorlea le servía vino a su nuevo esposo, la sola imagen era suficientemente hiriente como para que apartara la mirada rápidamente.

—Gran Jefe Muur – dijo con solemnidad —le hemos traído al hombre que asesinó a Gedd y al resto de mis hombres mientras cumplíamos con sus órdenes de saquear las cámaras subterráneas de Ib. Le pido su permiso para ejecutarlo y tomar a su hermana como mi esposa.

La primera respuesta de Muur fue un eructo después de tomar la copa de vino que le sirvió Dorlea, quien también evitaba hacer contacto visual con Makar. Él no tenía talento para actuar de forma solemne, con suerte no tendría que actuar por mucho tiempo.

—Acércalo ante mí —ordenó el obeso líder, mientras se chupaba la grasa de sus dedos. Makar obedeció y le presentó a su prisionero.

A diferencia de su socio, Erasmus era más perspicaz para la solemnidad y el protocolo. Sin embargo, él no se arrodillaba ante nadie.

—Saludos poderoso jefe Muur, Gran Señor del Crimen de las Arenas Exteriores —dijo permaneciendo de pie — la cortesía ha disminuido en estos tiempos, si quería vernos solo tenía que mandarnos llamar a nuestra nueva propiedad en Alamut.

— ¿y porque el halcón debería invitar a la serpiente a su hogar? Sus garras son la única cortesía que necesita. Si eres quien mato a Gedde, El Muro, entonces debería darte las gracias. Ahora sus mujeres son mías, a este paso tendré una para cada día del año, tal vez ya no necesite que tu mujer caliente mis sabanas, Makar.

El rostro de Makar no intentaba ocultar su desprecio, apretaba los dientes y tragaba saliva para no asesinarlo de inmediato. Luego miró a Dorlea y sintió que su ira se calmaba. Lo hacía por ella. Si ella vivía todo habría valido la pena. Serian felices pase lo que pase.

—He lidiado con halcones peores, Gran Jefe. No es recomendable desafiarnos sin medir las consecuencias. En estos momentos mientras hablamos nuestros hombres están entrando por los rincones secretos de su palacio hasta esta misma sala. Y juzgando por lo que veo, no cuenta con la cantidad de hombres suficientes para la protección de alguien de su importancia.

Erasmus hizo un gesto alrededor del gran salón, donde solo había unos pocos mercenarios y mujeres. Luego dirigió su atención a Makar para que diera la señal a sus guerreros, quienes salieron despedidos de la caravana y se apresuraron a desenvainar rápidamente, creando una perimetro alrededor de sus amos.

Todos los mercenarios dejaron sus copas de vino y sus mujeres y se pusieron a la defensiva. Aunque eran menores en número, eran suficientes para darles batalla.

—Estas acabado, Muur —interrumpió Makar —si te hubieras resguardado de guerreros en lugar de la compañía de estas mujeres tal vez hubieras tenido posibilidad contra mí.

El obeso Señor del Crimen rompió el silencio con una estruendosa risa, como si Makar acabara de contarle el mejor chiste que hubiera escuchado en su vida.

—Estas mujeres son la única protección que necesito. Ellas hicieron votos de protegerme del celibato ¿y dónde está horda de traidores que quiere eliminarme? Solo veo a unos cuantos pordioseros armados con acero barato.

Algo estaba mal.

La confianza con la que burlaba de ellos y la calma que mostraba frente al peligro indicaban que había un error de cálculo en los planes de Makar, Muur no estaba asustado, sino complacido.

<<sabía que veníamos por él>>, pensó Makar.

El resto de los renegados, que hasta el momento habían permanecido ocultos en los pasadizos del palacio, salieron de las sombras rápidamente y llegaron a las esquinas adyacentes de la cámara, rodeando el trono de Jade y dejando a Muur, Dorlea y el resto de las mujeres a merced de sus espadas.

Muur levantó las manos sarcásticamente imitando una señal de rendición y luego se limitó a aplaudir y entornar los ojos a Makar,

- Bien jugado — lo felicitó — como líder de esta organización, soy responsable de muchas vidas. Por lo cual, ordeno a todos los hombres que me son leales que se retiren. No tiene sentido de que mueran en este conflicto inútil.

Los mercenarios dejaron sus armas en el piso y se retiraron. Makar no se los impidió, los asesinos a sueldo no tienen alianzas formales con ningún sindicato criminal. Al final solo quedaban Muur y todas las mujeres del palacio, quienes suplicaban que no se les hiciera daño. Pero había algo que lo inquietaba, todo parecía demasiado fácil para ser cierto: los hombres dejando sus armas y huyendo del palacio, el hecho de solo Dorlea y Muur permanecieran tranquilos frente a la situación y sobretodo la cantidad de mujeres que había en la cámara. Las prostitutas siempre atendían la sala del trono y daban placer a los guardias del palacio, pero ese día había suficientes como para hacer una orgia ¿Por qué Muur había descuidado tan estúpidamente su protección?

Aun teniendo un solo ojo, Makar podía ver que algo no encajaba. No quería cometer ninguna estupidez hasta que Muur le dijera lo que estaba pasando.

- Te has pasado toda tu vida gastando dinero en mujeres y vino importado ¿no fuiste capaz de pagar mercenarios que no escaparan como niñas asustadas?

El Jefe criminal tomó otra copa y empezó a reír a carcajadas mientras rodeaba a Dorlea por la cintura con su gordo brazo.

—Esto es muy interesante, hay algo que te mueres por saber ¿verdad?— le dijo con una sonrisa maliciosa. — ¿acaso tus planes eran solo

derrocarme o también planeabas negarme la vida?

- Ambos sabemos que nada me daría más placer que cortar tu horrible cabeza y dársela a los perros — le respondió con la mirada cargada de odio — y no soy el único que los disfrutaría.

- Eso pensé. Gracias por tu franqueza.

- ¿tienes algo que decir antes de que mis hombres se diviertan contigo moliéndote a palos? ¿Por qué mejor no me dices lo que crees que me muero por saber?

Muur puso sus dedos en forma de pirámide y sonrió alegremente como si acabara de hacer una especie de travesura. Ya era hora de mostrar su As bajo la manga.

- Supongo que no hace ningún daño que te lo diga:

>> Hace unos meses, un amigo de Gezda tuvo la amabilidad de advertirme de que había traidores entre mis hombres, hiriendo mi corazón y la confianza que tenía de ellos.

>>Al principio no quería creerle a mi amigo, quien me aseguro que tú encabezabas esa lista de traidores, junto con Boyce, Gerold y el resto de esos malagradecidos a los que nombré Jefes de Clan. Así que hicimos una pequeña apuesta de que si él lograba traer a estos traidores ante mí y hacerlos confesar su traición yo le regalaría uno de mis favores. Realmente es una pena que esto termine así para ti, Makar. Tengo que admitir que no me esperaba a que él cumpliera de forma tan literal.

— ¿de qué estás hablando Muur? Si tú eres quien.....

El fuerte sonido del hueso de la pierna de Makar rompiéndose fue lo suficientemente estruendoso como para escucharse al otro lado del mundo. Erasmus le había propiciado una patada por detrás con tanta fuerza que era casi un milagro que su carne aún se mantuviese unida. El Señor Oscuro lo tomó por detrás y enroscó su garganta usando las cadenas de sus esposas. Con sus últimos momentos de vida solo podía intentar darse vuelta para al menos defenderse pero su cuerpo había perdido todo equilibrio y sus manos solo podían rasguñar la cadena en un intento para poder exhalar alguna bocanada de aire. El resto de los hombres estaba paralizado, no sabían que hacer. Todo había sido una trampa desde el principio.

—Tu...me prometiste... —Makar gemía de dolor mientras sentía como los

eslabones de la cadena se hundían cada vez más en su garganta.

—Y he cumplido con mi parte. Te prometí que la volverías a ver— le dijo Erasmus mientras lo forzaba a mirar en dirección al trono— Ahí la tienes. Mírala por última vez y muere viendo esa indiferencia en sus ojos.

Era cierto. La mujer que había amado no se mostraba inmutada en lo más mínimo al verlo sufrir de esa manera. Ella ya no era la hermosa niña con la que había crecido en las calles. Ahora era una mujer revestida en joyas, oro y otras riquezas. Al principio, la dulce niña había sido tomada como esposa de Muur en contra de su voluntad, pero Makar no había contado con la idea de que, con los años, ella se acostumbraría a la buena vida de lujos que traía consigo el ser una esposa del Señor del Crimen. El oro y el poder valían más para ella que cualquier gota de sangre que pudiera derramar el hombre que la había amado.

Ella solo le dedicó una última mirada fría y volteó su cabeza para despedirse. Al final, Makar se desplomó sobre el suelo, humillado y con el corazón roto.

—entonces ¿comenzamos? — preguntó Muur al resto de los renegados —chicas, ya saben qué hacer. Hagan ese baile que tanto me gusta.

Instantáneamente, las mujeres se abalanzaron sobre los hombres como animales salvajes, lanzando cuchillos ocultos y rebanando las gargantas de sus enemigos. Precisas, mortales y ebrias de sangre. Había resultado sumamente sencillo hacer pasar asesinas profesionales por prostitutas. Las que hasta hace un momento se habían mostrado indefensas y pretendiendo suplicar, ahora estaban sincronizadas en una horrible danza de sangre, cortando gargantas y lanzando agujas envenenadas a cualquiera que tuviera una espada en la mano.

Muur tenía razón. Aquellas chicas eran toda la protección que necesitaba.

Aprovechando la confusión del momento, Boyce intentó investir a Erasmus con su hacha pero no contaba que su hermana le cubría la espalda. El cuerpo del desagradable hombre se tumbó tan rápido en el suelo en cuanto Eradia lo decapitó con su espada de doble filo. El tiempo que había pasado exiliada le había hecho olvidar aquella emoción que sentía frente a un campo de batalla. Al verse inmersa en aquel escenario de gritos y muerte no pudo evitar unirse al resto de las mujeres en aquel festín de violencia.

En cambio, el joven Rochester solo se limitaba a mirar como sus ex

aliados eran masacrados en torno a él.

<< Las cosas que se creen >>, pensó.

Capítulo 6

La ciudad de Ushma-Damon era conocida por ser la máxima autoridad de poder político sobre el control de las Arenas Externas. En tiempos antiguos, la ciudad había resistido muchas guerras contra sus vecinos del este, cuando el Reino Naciente de Sindhu se encontraba en su máximo apogeo de dominio sobre el oriente. Se dice que el legendario Rey Amarillo ordenó construir su morada en el centro de la Gran Pirámide de Ushma, donde pudiera ver como su reinado se extendía a lo largo y ancho del mundo conocido. Si hay algo de verdad en el mito es incierto, pero lo que sí se sabe con certeza es que los antiguos habitantes habían decidido que no fuera fácil llegar hasta la Gran Pirámide, por lo que sus arquitectos diseñaron alrededor de ella una protección de tres murallas con forma de laberinto, de modo que fuera imposible atacar el corazón de la ciudad de forma directa.

En el pasado, los adoradores del Rey Amarillo pensaban que el camino por el laberinto era una prueba de devoción impuesta por su dios para que solo los verdaderos creyentes pudieran llegar a su encuentro. Afortunadamente, son pocos los que aún creen en las deidades del mundo arcano.

Cuando el gobierno de la ciudad decidió instalar su sede en la pirámide, los fanáticos religiosos iniciaron una tenaz campaña de terror que duro cinco años y termino con la casi desaparición de su culto, y los pocos que sobrevivieron fueron obligados a vivir en la clandestinidad cuando el Consejo de Emires decretó que Ushma-damon no reconoce a ningún dios. Aun hoy, los creyentes de la antigua fe creen que su rey vendrá de su descanso de mil años para desatar su ira sobre los infieles que profanaron su pirámide sagrada.

El centro de la pirámide era la zona residencial más acaudalada de la ciudad, donde solo los funcionarios de gobierno podían vivir, mientras que los nacidos en baja escala social subsistían en casas precarias instaladas en todos los rincones del laberinto, de esa forma, si había una invasión, no moriría nadie que importara.

Vazzir Florell miraba en dirección a la plaza del mercado desde su lujoso departamento en el centro. Sin embargo, no se podía decir que sus circunstancias fueran favorables, debido al hecho de que su residencia se había convertido en su celda desde que permanecía bajo arresto domiciliario por orden del Consejo de Emires, del cual era miembro.

En una tierra ausente de toda monarquía, la posición social era de vital importancia para hombres como Florell, quienes dependían de su éxito en

las elecciones para Emir para continuar en el gobierno y “servir” a su pueblo, saqueando las arcas como venía haciéndolo en sus diez años de fiel servicio.

La cuestión es que el Emir Florell había cometido el error fatal de mezclar los negocios con el placer. Durante años se encargó de administrar el dinero de la ciudad en el Banco de Gezda, o eso les hizo creer a los demás miembros del consejo, y en el lapso de todo ese tiempo llevaron a cabo importantes negocios con el Gremio de Areneros. Mientras los grandes clanes criminales se dedicaban a aterrorizar las principales rutas de comercio, Florell hacía la vista gorda y cobraba una comisión por parte de Muur, de esta forma todo el dinero recaudado de estos negocios ilegales iba a parar a su cuenta en el banco de Gezda, lo que le permitió usar el dinero de la ciudad para darse su vida de lujos sin temor de que el dinero se agotara, y por lo tanto, sin levantar sospechas. Pero ahora faltaban diez millones de Ortolans de oro y Muur había dejado de enviar el dinero. De hecho, hace unos meses que no sabía nada del opulento Señor del Crimen.

Una sombra se estaba gestando sobre las Arenas Externas. Y Florell sabía que solo era cuestión de tiempo para que la oscuridad no tardara en venir por él.

La tranquilidad de su lectura se vio interrumpida cuando tocaron a su puerta. Al principio pensó que no había nadie en el pasillo hasta que notó la presencia de un niño andrajoso que lo miraba desde abajo. Sin duda era algún carterista de los barrios bajos. Se preguntaba como un indeseable así pudo evadir la seguridad de la pirámide hasta que sacó un mensaje sellado de entre sus ropas.

— ¿Emir Florell?

El Emir asintió con la cabeza y le entregó una pequeña propina por su servicio. En cuanto reconoció el sello de serpiente, su rostro se empalideció de repente y entornó los ojos sobre el niño sin saber que responder. Aunque el niño solo tenía una cosa que decirle.

—El Señor Oscuro le envía sus saludos.

Tan pronto como se alejó de su vista, cerró la puerta y se recostó sobre el sillón de su sala. Los rayos de sol que se filtraban por su enorme ventana con vista a la ciudad iluminaban toda la habitación y acarician sus parpados cansados mientras intentaba tomar una siesta para procesar todo y calmar su mente.

Por un solo instante cualquier atisbo de emoción que podía sentir Florell quedó petrificado al escuchar esas palabras, como si un viento frío rozara su cuello y el miedo congelara sus articulaciones. No era la primera vez

que había experimentado algo así.

Desde aquella reunión en Gezda hace unos meses, las cosas se habían complicado para él.

Como Emir encargado de resguardar el dinero y los intereses de la ciudad, Florell controlaba las arcas y depositaba el dinero recaudado de los impuestos en el Banco de Gezda, la máxima autoridad financiera de las Arenas Externas. Es cierto que nunca fue un hombre de escrúpulos, pero no era tan estúpido como para pensar que podía usar abiertamente el dinero de la ciudad sin levantar sospechas por parte de los demás miembros del consejo, sus negocios con Muur le permitieron aumentar considerablemente su riqueza y entregarse a toda clase de placeres libertinos. En cierta forma, es irónico que en medio de esos placeres encontrase lo que después sería su perdición. En uno de sus viajes de rutina a Gezda, El Emir considero oportuno hacer una breve pausa y relajarse un buen rato en la Casa de Madame Zi-chii, el mayor burdel de la ciudad ubicado en el corazón de la "Calle de los Placeres" como le dicen los Gezditas.

Al parecer, debió de pasar un momento de éxtasis increíble, porque lo último de que recordaba era estar bebiendo una copa de Dolce Indigo en compañía de Nami, una joven Jinnahdi de catorce años cuya virginidad le había garantizado un precio relativamente alto al Emir. Una vez que Florell había acabado, lo cual fue en muy poco tiempo, la niña lo entretuvo contándole como había abandonado su país para probar suerte en un lugar donde pagaran más por su vagina y que se sentía feliz de haber encontrado a un verdadero hombre que pudiera darle lo que necesitaba y que no importaba lo rápido que fuera sino lo satisfactorio que resultara al final y toda clase de porquería y mentiras que alguien cuenta para que el cliente deje una buena propina.

Pero en algún momento algo debió pasar entre copas, porque lo único que el Emir Florell pudo ver después de una terrible resaca al despertar fue el cuerpo sin vida de la joven completamente empapado de moretones. La habían golpeado hasta la muerte de tal forma que apenas podía distinguirse lo que quedaba de aquella hermosa niña. Y al lado de su cadáver tendido en la cama, estaba sentado un muchacho apenas unos años mayor que ella.

El joven entornó sus ojos en Florell, quien aún estaba tratando de incorporarse del piso de la habitación, y luego giró su vista hacia el cuerpo de la muchacha.

—Penoso ¿no lo cree?— le dijo sin apartar su vista del cuerpo mientras leía la etiqueta de la botella al lado del cadáver—lo malo del Dolce Indigo

es que nunca sabes cuándo dejar de beberlo.

El Emir estaba tan petrificado que tenía que esforzarse para hablar. Habían pasado varios años y pensó que lo había superado, pero nunca había desaparecido su gusto por las jóvenes, ni tampoco la horrible costumbre de limpiar un desastre cuando se despertaba después de un desmayo provocado por la bebida.

—Yo...yo no sabía, no lo sa...sabía—repetía constantemente tratando de reprimir su tartamudeo— lo limpiare...ten...tengo que limpiarlo.

Tomó una de las sábanas y la colocó sobre su cara destrozada para no tener que mirarla. Intentaba mantener la compostura para no tener que quebrarse pero no lo resistió y se echó a llorar sobre su cuerpo sin vida.

—oh Dios niña perdóname. No lo sabía...no...no lo sabía. Oh dios.

Gritaba y lloraba como si fuera un niño que rogaba el perdón de su madre para evitar el castigo. Ninguna persona racional creería posible que uno de los hombres más ricos y poderosos de las Arenas Externas pudiera quedar reducido a sollozos y desesperación solo por una retorcida tendencia sexual hacia las chicas vírgenes mezclada con los efectos del alcohol.

Erasmus Rochester vio a aquella criatura lamentable retorcerse entre sangre y lágrimas y supo que lo tenía en sus manos.

—Cálmese, Emir —le dijo en tono calmado mientras sacaba un pañuelo de su bolsillo y se lo ofrecía —no he venido a juzgar su conducta.

El Emir sacó su cara hundida de las sábanas y levantó la vista para verlo bien. Con todo lo que estaba pasando, apenas había reparado en la presencia del joven sentado en el otro extremo de la cama. Era un muchacho de cabello negro y de contextura delgada. A pesar de su piel pálida, era bastante apuesto. Por la forma en que vestía y se movía, se notaba que era alguien perteneciente a una familia acaudalada. Llevaba puesto un jubón de cuero negro que hacía juego con un peculiar broche plateado que tenía la forma de una serpiente enroscada.

Era la vestimenta y apariencia de un extranjero.

— ¿qu...quien es usted? ¿Qué quiere de mí?—le preguntó secándose las lágrimas con el pañuelo que le había entregado y limpiando las manchas de sangre seca que habían quedado en sus manos.

—Mi nombre es Erasmus de la Casa Rochester y me temo que en estos momentos soy el único amigo que tiene—se levantó de la cama y

comenzó a dar vueltas por la habitación — ¿o acaso tiene fe en que sus rivales políticos en el consejo dejaran pasar una oportunidad como esta?

Al oír eso, Florell se paró súbitamente y se apartó de la cama para enfrentarse a aquel mocoso. Estaba tan vulnerable que aún no estaba entendiendo la gravedad de la situación. El hombre asustado estaba recobrando su valor.

—Entonces ¿vino a chantajearme? ¿A mí?— hizo un gesto con la mano señalando al cuerpo en la cama— ¿Quién lo envía? ¡Dígale a Nuramak que se necesita mucho más que simples matones para sacarme del consejo!

Erasmus permaneció con la misma actitud fría y calmada. Ya de por sí, era una persona paciente. Con sus ojos, analizaba y estudiaba cualquier gesto o información que aquel hombre pudiera soltar. Su enojo repentino y su fragilidad emocional de hace unos momentos, marcaban el grado de influencia que el Señor Oscuro pudiera ejercer sobre él.

—Nadie me envía, Emir. Puede confiar en que mis intenciones son honestas—le respondió en todo calmado y le hizo un ademán para que se sentara en una silla de madera que se encontraba en la otra esquina de la habitación —tome asiento, insisto.

Florell obedeció de mala gana, por simple experiencia personal sabía cómo funcionaba la naturaleza del chantaje y a lo largo de los años había aprendido a distinguir con fluidez a los hombres peligrosos de los simples oportunistas caza fortunas. Supo de inmediato que aquel tono calmado, esa falsa cordialidad y esa suave intimidación, convertían a aquel muchacho en alguien digno de temer.

—Le ofrecería un trago pero creo que fue suficiente por hoy ¿no está de acuerdo?—le dijo sonriéndole en tono burlón.

Sin embargo, a Florell no le hizo tanta gracia.

—Creo que si vas a extorsionar a alguien, no es prudente humillarlo de mas, hijo—le respondió lanzándole una mirada de reproche— ¿Por qué mejor no...

—Se equivoca, Emir—lo interrumpió—no tengo intención alguna de extorsionarlo. Todo lo contrario, vengo para ayudarlo a que tome la decisión correcta.

Ahora si Florell no entendía nada de lo que estaba pasando. Si el motivo no era dinero o forzarlo a renunciar a su cargo, entonces no tenía idea de que mierda pudiera ser lo que aquel joven consideraba la "decisión

correcta”

— ¿la cual es....?

—La oportunidad de librarse de todos sus enemigos de un solo golpe—le respondió— ¿o espera que crea que no lo ha considerado? Y puede estar seguro que los demás miembros de su consejo también lo han hecho, esa es la principal razón por la cual está siendo vigilado en su residencia privada en Ushma-Damon y también es la razón por la cual cinco hombres contratados por ellos lo siguieron hasta este burdel.

—Mentira.

Él sabía que de seguro cada palabra era verdad pero no podía permitirse parecer asustado ante aquel mocoso, por más miedo que inspirara no podía dejarse ver como alguien ingenuo.

—Un hombre tan hábil como usted haría bien en confiar en mis palabras— se sirvió un trago de Vino de Fuego e hizo una mueca de satisfacción —Excelente cosecha. No es tan adormecedor como ese Dolce Indigo que estuvo bebiendo pero alegre el espíritu.

<< Adormecedor >>, Pensó Florell

— ¿Qué es lo que quiere?— preguntó sin rodeos —usted no parece la clase de persona que va por la vida ayudando a las personas.

Normalmente él lo hubiera matado por aquel tono de insolencia. Pero consideró que permitirle una pequeña pizca de arrogancia lo haría entrar en confianza. Por lo que en lugar de clavarle su espada, le dedico una mirada de seriedad.

—A partir de este momento dejara de depositar en su cuenta el dinero que recibe por parte de Muur. Todo está detallado aquí —le acercó una pequeña libreta forrada en cuero negro— el dinero será enviado a una cuenta anónima que ya ha sido abierta.

—Pe...Pero ese dinero es... —por un momento dudó en decirlo en voz alta—no puedo hacerlo. Ese dinero es de las arcas de la ciudad. Si llegan a descubrir que falta dinero sería mi ruina.

Erasmus arqueó una ceja y lo inspeccionó de arriba a abajo. Aun se guardaba información para sí mismo. Tendría que ser más directo.

—Corrección, Emir. Ese dinero es para cubrir las pérdidas de las arcas que usted mismo administra ¿o me equivoco?

—No—admitió resignado encogiéndose de hombros—claramente me ha investigado y si sabe tanto como cree saber entonces entiende que no puedo hacerlo sin que se provoque un gran escándalo en el consejo.

La mirada gélida de Erasmus se tornó maliciosa al escuchar esas palabras. Evidentemente, el Emir le dijo lo que esperaba oír.

—Precisamente — afirmó Erasmus —le dará al consejo un gran escándalo. En los siguientes meses, el Señor del Crimen Muur dejara de pagarle su comisión regular por el uso de las rutas de comercio. Cuando eso pase y el consejo descubra la ausencia de esa suma, usted será arrestado y sometido a investigación. Si es culpable o no carecerá de importancia, puesto que les brindara la oportunidad a sus enemigos de destruirlo.

Florell ya no sabía si reír o llorar. Parecía que sin importar en qué dirección girara, sería imposible evadir la situación sin derramar su propia sangre.

— ¿esa es la gran ayuda que me brinda? Correré mejor suerte caminando desnudo por el desierto que con usted cuidándome la espalda—le dijo irónicamente—un juicio con cargos de malversación de fondos me destruiría. La expulsión del consejo será el menor de mis problemas cuando me den veredicto y me lancen a las celdas....o peor.

Erasmus cruzó los brazos sobre el pecho. Sabía que su oferta tenía que mostrarse tentadora, de otra forma aquel cobarde nunca se mostraría cooperativo.

—Nunca llegara a escuchar el veredicto, Emir. Cuando sea el momento, mis hombres darán un golpe en el consejo del cual no podrán salvarse. Le ayudare a crear una crisis lo suficientemente catastrófica como para que el pueblo lo apoye de manera de que usted quede como único gobernante. En lugar de alzarse en su contra, será su héroe incuestionable. Una vez que la toma de poder este completa, el dinero volverá, completamente limpio de toda deuda.

—Pero...¿eso es legal?

—Es legal si yo digo que lo es —dijo Erasmus —solo siga mis órdenes sin cuestionar.

Era cierto que la idea de aplastar a sus enemigos era demasiado tentadora como para dejarla pasar. Pero lo que realmente lo inquietaba era estar sustituyendo un mal por otro. No sabía absolutamente nada sobre Erasmus Rochester, excepto de que ese apellido le sonaba extranjero. Tampoco tenía ninguna garantía de que pudiera negarse fácilmente y salir vivo de aquel cuarto, porque era claro que estaba frente a alguien que sabía cuándo debía persuadir y cuando optar por utilizar la violencia. En

todo caso, lo mejor era poner una excusa que al menos le diera algo de tiempo.

- El Director del Banco de Gezda jamás...

- El Director es el menor de sus problemas en este momento, Emir — lo interrumpió tomándolo del hombro.

Erasmus hizo un gesto hacia la cama donde aun yacía el cadáver de la chica pero Florell volvió rápidamente la mirada. Aun no podía sobreponerse a lo que había pasado. La única salida parecía resignarse. La experiencia política le había demostrado que aquel que vive sin aliados es el primero en caer del tablero, lo único que le preocupaba es que era posible que esta vez estuviera jugando el rol de peón.

— ¿Qué pasara con ella?— le preguntó con la mirada baja —no puedo irme sin...

—Es una chica sin hogar ni parientes que lloren su muerte, a nadie le importara si aparece muerta en el rio o en un burdel. Simplemente será como si nunca hubiera existido.

A pesar de ser alguien con una ética tan vacía como las botellas de vino que dejaba secas, el Emir tendría romper la única regla moral que de verdad respetaba: nunca pactar con alguien sin conocer quien es realmente.

—Está bien—aceptó resignado—tenemos un trato, siempre y cuando me prometa que no me condenaran.

—Sabía decisión, Emir.

Cuando se levantó de su asiento ya estaba listo para marcharse de aquel horrible lugar. Hasta que Erasmus lo detuvo bruscamente por el hombro. Aún no había terminado.

—Solo falta una cosa más— añadió Erasmus — ¿le importaría arrodillarse?

— ¿disculpe?

— Quiero verlo arrodillado.

Lo decía con tanta normalidad que parecía una broma de mal gusto.

No se complacía con obtener lo que quería ni le bastaba con arrancarle obediencia a la fuerza, no. Necesitaba humillar para sentirse satisfecho.

Esa era la ley entre los seguidores del Fuego Rojo, la ley del fuerte: siempre denigrar al débil.

Florell aún no sabía que decir. Por un momento, un incómodo silencio recorría la habitación, donde el único sonido que podía escuchar era su propia respiración entrecortándose. Una gota de sudor pasó por debajo de su frente, y fue ahí cuando se dio cuenta de que su propio cuerpo apestaba a miedo. Era el miedo a morir ahí mismo si no hacía lo que Rochester le pedía. En medio de esa tensión, sus ojos se encontraron con los de él. Aquellas pupilas carmesí envueltas en un velo negro como la noche lo ponían incómodo ¿Qué clase de brujería habría transformado sus ojos de aquella forma? ¿acaso este chico era un practicante de aquellas artes prohibidas que se le contaban a los niños en viejas historias de terror? La sola idea le erizaba la piel.

No quería humillarse pero sabía que no tenía otra manera de salir vivo de aquel lugar. Erasmus fue el primer en romper el silencio cuando se puso frente a frente ante aquel hombre muerto de miedo.

—No lo volveré a repetir, Emir—le dijo fríamente.

Vazzir Florell, quinto hijo de la dinastía Al-hanesh, uno de los hombres más adinerados de todo Kemet, se inclinó en completa resignación con su rodilla en tierra y su cabeza agachada. Sin importar quién era ni cuánto dinero e influencia tuviera en su bolsillo, no podía hacer nada. Su destino estaba en las manos de alguien más poderoso que él.

Un nuevo peón entraba en el tablero de los Rochester. Solo el tiempo determinaría que tan útil resultaría ser.

—Excelente, Emir —dijo sonriendo fríamente— descubrirá que todo el mundo tiene un precio.... y usted, al igual que su ciudad, me pertenecen.

Inmediatamente después de eso, un carruaje lo escoltó fuera del burdel y lo llevó directamente al Banco de Gezda. Todo el dinero de las arcas fue vaciado y enviado a la cuenta que Lord Rochester había arreglado. Al día siguiente, esa misma cuenta se cerró, junto con cualquier esperanza de rastrear el dinero. En pocos meses el fraude se descubrió y los miembros del consejo no tardaron en someterlo a investigación.

Por un momento, pensó que tal vez todo se habría tratado de una ingeniosa estafa y que, probablemente, aquel adolescente estaría en alguna costa del Mar Joven, bebiendo y disfrutando de su dinero. Pero ahora una carta le anunciaba que recibiría nuevas instrucciones en poco tiempo y que esperaba completa obediencia al ejecutarlas. Miró como el sol comenzaba a ocultarse desde la ventana y se preguntó si viviría lo

suficiente como para volver a verlo otra vez.

Capítulo 7

La batalla había concluido con una gran cantidad de bajas del bando de los traidores, por no decir que habían sido casi exterminados. Las mujeres del Señor del crimen o "Las Putas de Pergamo" como él las llamaba, se dedicaban a buscar sobrevivientes entre los cadáveres y robarles sus pertenencias de valor. Sin duda, ellas habían sido la sorpresa de la velada. Cuando Muur se enteró de la posibilidad de estar rodeado de traidores, se dio a la tarea de formar su propio clan encubierto: una unidad secreta de asesinas de elite que pudieran hacerse pasar por concubinas y prostitutas. El resultado había sido satisfactorio, no solo habían demostrado ser eficientes en combate cuerpo a cuerpo sino que habían reunido una gran red de información que no dudaron en transmitirle al Señor Oscuro para llevar a cabo su plan de rebelar las maquinaciones de Makar y sus socios.

Los Rochester no podían sentirse más complacidos, habían dirigido a los cerdos directo al matadero y ahora solo era cuestión de atar todos los cabos sueltos. Por su seguridad, Muur considero que todos los líderes de los clanes, al menos los que habían sobrevivido a la batalla, debían ser ejecutados, para dar un ejemplo al resto de los subordinados, de modo que solo quedaban cuatro renegados sobrevivientes postrados de rodillas esperando su sentencia.

¿puede alguno de ustedes darme una razón para dejarlos vivir? — les preguntó Muur — los vamos a matar de todas formas pero no les haría daño romper el silencio ¿verdad?

Muur, Erasmus y Eradia. El nuevo triunvirato criminal que se alzaba reinante. Los tres estaban en la plataforma del Trono de Jade esperando sentenciar a los que aún les quedaba por enfrentarse a la ira del Señor del Crimen.

Creo que su habilidad para negociar es tan pobre como su habilidad en combate — se burló Eradia, quien estaba parada a la derecha de Muur con los brazos cruzados a su pecho.

- Eso parece, Lady Rochester—admitió Muur— volveré a preguntarles y les conviene darme una buena respuesta ¿existe alguna razón por la cual tenga que permitirles vivir?

Los sobrevivientes no decían nada. Sabían perfectamente que, con sus líderes muertos, sus posibilidades de sobrevivir eran escasas. Después de atentar contra la vida de su señor, la única alternativa de vida era ser

vendido como esclavo, lo cual era una sentencia de muerte mucho más lenta. Si tenían suerte, Muur les daría una muerte rápida. Uno de ellos se puso de pie y miró a los Rochester y al Gran Jefe y les brindó una razón para permitirle vivir: la ráfaga de acero fue tan rápida que el resto de los sobrevivientes no tuvo tiempo de reaccionar cuando el hombre se volvió hacia ellos con su cuchillo.

Sus cabezas se desprendieron de sus hombros tan rápidamente que apenas pudieron darse cuenta de lo que estaba pasando.

- ¿les gustó mi razón?

Por su acento y complexión era obvio que no era Kemitá. Sin duda era un mercenario bien entrenado en el extranjero. Tal vez un asesino de Galia Occidental o quizás de Hyspania. Su contextura delgada y sus tatuajes lo hacían ver como alguna clase de esqueleto tribal.

Muur se echó a reír. A diferencia de sus nuevos aliados, a él le divertida esa clase de insolencias.

- Me agrada su estilo.

—Supongo que algo es algo —admitió Eradia — ¿tú qué opinas, Hermano?

Erasmus Rochester, que hasta el momento había permanecido en silencio, se llevó la mano al mentón, reflexionando lo que acababa de presenciar. Para alguien como él, que estaba acostumbrado a anticipar las acciones de las personas, resultaba intrigante sentirse sorprendido ante un personaje tan impredecible como ese.

Creo que no es la primera vez que veo esos tatuajes ¿Cómo te llamas, asesino?

El esqueleto guardó su cuchillo debajo de su manga e hizo una reverencia sarcástica para saludar a los tres jueces. Sin duda nadie le había enseñado modales a aquel irreverente de cabello oscuro.

- Soy Payne. A sus órdenes.

El Señor oscuro descendió de la plataforma y se acercó a él para mirarlo más detenidamente. Aquellos ojos café parecían no inmutarse ante su presencia, no había duda de que la disciplina militar del combate lo había entrenado para no asustarse tan fácilmente como otros gusanos con los

que había tratado en el pasado.

— ¿ya nos habíamos conocido, Payne? —lo interrogo mientras lo inspeccionaba de arriba abajo con la mirada — porque a no ser que me equivoque, esa es una armadura imperial modificada ¿Quién te la dio?

Payne solo se limitó a reprimir una sonrisa. Cuando un depredador con forma humana intenta oler tu miedo, lo mejor es permanecer tranquilo

—Alguien que ya no la necesitaba —el hombre huesudo le devolvió la mirada sin el menor gesto de intimidación.

— ¿y exactamente donde te encontraste con alguien que no la necesitaba? solos los muertos no requieren armaduras.

Payne asintió y se cruzó de brazos. Ahora tenía toda su atención.

- En eso estamos de acuerdo, Mi Señor. Pelee del lado de su padre durante la Batalla de Ebanó

- Si mal no recuerdo, perdimos esa batalla.

- Su padre la perdió, Mi Señor. Yo solo estaba ahí por el dinero. Tras perder la ciudad nos ordenaron replegarnos hasta el campamento base. Hubo un motín y mi grupo se marchó con lo poco que tenían. si su padre no hubiese perdido la batalla yo me habría ido con mi paga en vez de la armadura de un muerto.

<< Un desertor para el Imperio y traidor para el Gremio de Areneros >>, pensó Erasmus

Aquello si era interesante. Era cierto que durante su campaña por reconquistar los territorios del sur, Aedes Rochester contrató a varias compañías de mercenarios para aniquilar las pequeñas villas de campesinos que se negaran a brindar su apoyo al Imperio, pero no esperaba contar con que hubiera otros extranjeros exiliados en Kemet. ¿Qué posibilidades había de que el destino volviera a reunirlos? Eso solo

podía tratarse de la voluntad del Fuego Rojo.

Los tatuajes tribales que cubrían sus brazos, al igual que la pintura blanca y negra en su rostro, eran la marca típica de los infames Cuchillos Silenciosos, una feroz compañía de mercenarios principalmente conocidos sobre todo por sus tácticas de infiltración y de trabajar como asesinos profesionales. Eso explicaba, al menos en parte, como había logrado escapar del país durante el fin de la guerra y como había llegado a formar parte del Gremio de Areneros. Sus talentos podían llegar a ser tan útiles como erráticos. Erasmus se sentía como si tuviera que decidir si adoptar a un cachorro rabioso o ponerlo a dormir. El hecho de que haya peleado para su señor padre en una batalla que le costó una gran humillación a la Casa Rochester, además de una gran suma de dinero, no era precisamente algo que lo alegrara. Sin embargo, también podía entender sus razones. Él también había estado en la campaña por Ebano y en cuanto pisó el campo de batalla sabía que todo terminaría siendo una causa perdida.

— ¿Crees que por matar a tus propios compañeros de armas me impresionas?— sentenció Erasmus

—Dudo que existan muchas cosas que lo impresionen— le respondió— en mi defensa solo diré esto: Donde hay dinero hay vida, Mi señor. Su padre no me dio dinero, y yo no le di mi vida. Tan simple como eso. Soy muchas cosas pero nunca he sido alguien que le apueste al bando perdedor. Si hay algo que ganar, puede estar seguro que allí estaré.

En efecto, hubiese sido hipócrita de su parte si se pusiera a defender la memoria de su nada virtuoso padre con un desconocido, pero aun así, era posible que el Fuego Rojo lo estuviera poniendo a prueba, y si ese era el caso, debía reflexionar y estudiarlo más a fondo. Tal vez era posible encontrarle una utilidad que aún no llegaba a ver.

- Interesante percepción — reconoció — lástima que no te ayudó a diferenciar el bando ganador en esta ocasión.

- Aún estoy vivo ¿verdad? — se burló mientras comenzaba a encender una pipa que había sacado de su bolsillo.

—Ya lo veremos, Payne — le advirtió Erasmus quitándole su pipa y arrojándola lejos. Luego volteó la mirada hacia Muur para que se encargara del asunto— apártenlo de mi vista hasta que decida qué hacer con él.

- Llévenselo a una celda, chicas. — ordenó el Señor del Crimen

A Payne parecía no importarle ser registrado y desarmado por aquellas sensuales mujeres. Levantó sus manos y le dijo algo al oído a una de ellas en cuanto comenzaron a quitarle su cinturón lleno de armas. Debió de ser algo muy obsceno y de mal gusto porque casi al instante la mujer le propició un fuerte golpe en la nariz. Aunque a él le resultaba muy divertirlo.

—Una última pregunta, Payne ¿Por qué no dijiste tu verdadera identidad cuando los reunimos en Alamut? — le preguntó Erasmus tomándolo bruscamente del brazo cuando estaban por llevarlo a su celda.

El mercenario se volvió hacia él y se limitó a sonreír ante su pregunta.

- Porque nunca me lo pregunto, Mi Señor.

Las asesinas le confiscaron todas sus armas y se lo llevaron esposado lejos de su vista.

- ¿alguien tiene hambre? – pregunto Muur

La sala de banquetes del Señor del Crimen no escatimaba en lujos, la imponente mesa de jade exhibía toda clase de delicias hasta donde alcanzaba la vista. Deliciosas empanadas de morcilla, succulentos pastelillos de dátiles y nuez con forma de flores y todos los tipos de carne asada que pudieran existir en Kemet, eran solo una parte de lo mejor que Muur podía ofrecer a sus invitados. Las mujeres jugaban entre ellas mientras los sirvientes preparaban el banquete. No había sillas excepto por los cojines de hermosa seda morada que usaban los invitados para sus reuniones. Muur, a diferencia de los demás, ocupaba el lugar de honor en la mesa sentándose en una ostentosa silla circular de oro impregnada de esmeraldas. A su derecha estaba la esposa de Makar, recientemente promovida a viuda, Dorlea. Al verla, Erasmus reconoció que Makar tenía buen gusto, la chica era una joven que debía estar en sus veintes. Su hermoso cabello escarlata le caía hasta la cintura y sus ojos verdes hacían juego con las esmeraldas de la silla de su amo. Los Rochester se sentaron a su derecha.

Erasmus consiguió divisar una ligera irritación en el rostro de su hermana, a él no le sorprendía, antes de ingresar al salón tuvieron que entregar sus armas a los guardias. En cierta forma la entendía, después de meses viviendo un estilo de vida nómada y asesinando para sobrevivir las espadas tienden a convertirse en una simple extensión de nuestros

brazos. Seguramente se sentía desnuda sin ella.

Muur se sirvió vino en una gran copa de oro mientras recitaba unas palabras en Kemita Antiguo que no llegó a entender pero era obvio que era una especie de plegaria para antes de cenar.

—El vino de la paz —explicó Muur tomando un sorbo y ofreciéndole la copa a Erasmus —celebremos por los buenos amigos y los negocios prósperos.

Apenas un pequeño sorbo le bastó para ofrecerle la copa a su hermana. Para ser llamado “vino de la paz” tenía un sabor tan amargo que era mejor dedicarse a hacer la guerra antes de tener que beber otro trago.

—Que la buena fortuna guie a nuestros amigos a la victoria — exclamó Erasmus.

—Y a nuestros enemigos a la tumba – continuó Eradia

A diferencia de su hermano, el rostro de Eradia fue muchísimo más expresivo para querer rechazar el vino o al menos le fue imposible ocultar la horrible sensación que le dejaba aquel jugo de uva agrio en su paladar. Definitivamente, se llenaría la boca con cerveza y comida para quitarse el feo sabor.

Muur, por su lado, no pareció restarle importancia. Tenía muchas cosas en que pensar. Había sido un día de victoria, asombro y algunas decepciones, pero ni siquiera el dolor de ser traicionado por sus propios hombres podía alejar al obeso líder criminal de su tradición de hablar con la boca abierta, eructar y devorar todo lo que le pusieran enfrente.

—Tengo que reconocer que estaba escéptico, Lord Rochester. Cuando me dijo que Makar intentaba derrocar me no me era difícil adivinar por qué —hizo un ademán mirando a Dorlea — pero que contara con el apoyo de varios clanes....

— La vida en su trono lo ha hecho ingenuo, Poderoso Muur —lo interrumpió cortésmente — al ver al resto de sus hombres desde la cima se olvidó de ver aquellos que conspiraban desde abajo, por fortuna este penoso intento de rebelión ha sido frustrado. Habría sido una verdadera

molestia para nuestros planes si algo le sucedía.

Muur frunció el ceño ante aquellas palabras.

—Sus planes, Mi señor — lo corrigió Muur —como le dije antes, no tengo intención de incursionar en la política. Mis negocios con el Emir Florell me permiten tener vía libre por todas las ciudades de la región sin que los gobernadores interfieran. ¿Por qué habría de sacrificar a mis hombres para poner a un político en el poder cuando puedo alquilarlo cuando lo necesite?

Erasmus ya venía preparado para regatear ante cualquier precio que Muur demandara, después de todo, a pesar de ser un cerdo sin modales y un jefe criminal, seguía siendo un hombre de negocios con el que podía llegar a un acuerdo...o forzarlo a estar de acuerdo.

— Esta rebelión ha dejado en claro que los hombres no son de fiar. Si usted no los sacrifica terminaran por sacrificarlo a usted. Mejor darle un uso a sus vidas mientras sean útiles. Y en cuanto a su político....está a unos días de su ejecución.

El rostro de Muur no tardo en tensarse hasta palidecerse frente aquella noticia. De repente toda la seguridad y confianza en sí mismo de la que se había jactado antes había desaparecido de su cara, que no tardo en dibujar una expresión de impacto.

- ¿Qué quiere decir? — preguntó limpiándose su boca grasienta con la servilleta

- El Emir está acusado de cargos de corrupción. Actualmente se está llevando un juicio para determinar su culpabilidad. Aunque, para sus enemigos políticos, sería mucho más valioso sacarlo del juego permanentemente. A menos que....negocie un acuerdo.

- ¿Qué tipo de acuerdo? – el impacto se empezó a convertir en escalofrió

El miedo siempre desprende un olor que cualquier serpiente sabe reconocer de inmediato. Muy en el fondo, Muur sabe que un arreglo entre Florell y el consejo solo podría significar una cosa.

- ¿Cuánto cree que ese cobarde pueda resistir bajo interrogatorio? Los miembros del consejo querrán saber que paso con su dinero y su nombre será lo primero que escuchen — dijo Erasmus encogiéndose de hombros.

Erasmus le había servido un plato frio a Muur, ahora era turno de Eradia de servirle el postre.

- No sea ingenuo, Gran Jefe Muur — reprendió ella — mientras el consejo este integrado de hombres como Florell, sus negocios siempre estarán amenazados. En estos momentos ya debe estar considerando hacerlo culpable de este fraude bancario.

El rostro de Muur empezaba a tornarse lentamente de pálido a rojo. Si aquello era un mal chiste, no le estaba haciendo gracia.

- ¿a mí? ¡jamás he puesto un pie en el Banco de Gezda! No tienen nada con lo que acusarme — el escalofrío inicial se empieza a tornar en rabia.

La sombra de su manipulación se hace cada vez más clara. La serpiente nunca tarda en mostrar sus colmillos para intimidar.

- ¿y cree que eso les importa? Que sea verdad o no es irrelevante. Tarde o temprano necesitaran ofrecerle al pueblo un chivo expiatorio que explique la desaparición de todo ese dinero — explico Erasmus— es más fácil culpar a un jefe criminal que aun Emir.

El joven Rochester tenía un talento natural para minar la personalidad de los demás cuando estos se mostraban indefensos o desesperados. El miedo y el enfado de Muur serían herramientas valiosas para sus propósitos mientras él no fuera consciente de que solo era un peon en un juego más grande de lo que pudiera imaginar.

- Creo que ya entiendo hacia dónde quiere llegar — admitió Muur con tono desanimado— ¿qué opciones propone, Mi Señor?

Ambos necesitamos un gobierno fuerte que sirva a nuestros intereses. Nosotros podemos hacerlo posible, pero necesitamos de sus hombres para hacer caer al consejo. Ya hemos abierto una pequeña herida en la región, ahora nos aseguraremos presionar en el corazón.

- ¿Cómo? Las Putas de Pergamo sirven para infiltración y emboscadas pero no sirven para atacar a gran escala — rompió una nuez entre sus dedos regordetes — Gracias a Makar ahora dispongo de menos hombres para operar en la región, ni hablemos para tomar una ciudad.

<< Sabe exactamente a lo que me refiero pero quiere oírme pedírselo en voz alta >>, pensó Erasmus, sorprendido por su tenacidad.

- Aun cuenta con vasallos que operan en las costas del sur, si ellos no se unieron a Makar, es porque aun saben cuál es el bando ganador.

Muur asintió con el cabeza, asombrado al ver que su nuevo socio no era ningún tonto pese a su juventud. Definitivamente, valdría la pena involucrarse con alguien así si es que podía sacarle al Banco de Gezda de

encima.

— El Clan de los Machacacranes aun permanece custodiando Alamut — continuó Erasmus— en teoría, debían servir de apoyo en caso de que la misión fracasara. Envíe el resto de sus hombres a la fortaleza informando la victoria de Makar. Una vez que les abran las puertas, sus hombres los tomaran como prisioneros.

Era una verdad a medias. Si hubiera dependido de Makar, habría marchado con todo su ejército solo para jugar a su estúpido juego de rescatar a su doncella en apuros. En ese sentido, Erasmus se sentía agradecido de que hubiera escuchado razones. Definitivamente, dejar una guarnición de apoyo en Alamut iba a ser beneficioso para “asegurar” la victoria. Sin embargo, se olvidó de mencionarle a quien beneficiaría.

- Los Areneros no tomamos prisioneros, mi señor —le espetó Muur — y mucho menos cuando se trata de traidores que atentan contra la vida de la mano que les da de comer.

- Esos prisioneros son parte vital de mi plan, no deben ser ejecutados hasta que yo lo ordene — advirtió Erasmus — no se preocupe, Gran Jefe, la muerte les llegara pero solo de la manera que nosotros lo queramos.

La velada concluyó del modo en que había sido planeada: Muur le daría a los Rochester un ejército completo de criminales para derrocar al consejo de Emires y tomar el control de la ciudad. A cambio, el tendría derechos exclusivos en todas las actividades de contrabando que se llevaran a cabo en las Arenas Externas. Erasmus le garantizo que bajo el nuevo gobierno se haría la vista gorda ante cualquier acción del gremio siempre y cuando los Rochester fueran los primeros y únicos beneficiarios. De este modo, el Señor Oscuro contaría con una gran red de subordinados tanto en el mundo político como en el criminal.

Capítulo 8

La última vez que Eradia Rochester había sido huésped de alguien más habían intentado asesinarla, por lo que la idea de compartir el mismo techo con Muur y su horda de golfas asesinas no le producía el menor chiste. Entre más alianzas forjas durante el día, mas enemigos engendras durante la noche.

Por supuesto, sería poco probable que alguien intentara ponerle una mano encima sin perderla en el proceso, aunque la propia experiencia le había demostrado más de una vez que siempre existen idiotas que hacen lo imposible por apresurarse hacia su propia muerte. A Muur no le costaba nada enviar asesinos a su habitación para envenenarla junto con su hermano, pero si hubiera querido hacerlo lo hubiera hecho con ese horrible Vino de la Paz, del cual aun le quedaba el gusto en la garganta, y si hubiera querido arriesgarse a eliminarlos por medio de la espada, habría necesitado como mínimo un ejército entero, por lo cual no entendía que hacia Dorlea con un hombre semidesnudo en la habitación.

<< ¿Qué hacen estos gusanos en nuestra cama? >>, Pensó.

No tenían ni dos minutos ahí adentro y lo primero que vieron fue a la viuda de Makar sentada en la cama junto a un joven musculoso que solo llevaba unas telas que le cubrían la cintura.

-Mi amo quiere que les dé la bienvenida oficial al Palacio de Jade. Será un honor cumplir todas sus fantasías, Lord Rochester — Dijo Dorlea desabrochándose delicadamente el vestido de seda bermellón que llevaba puesto.

Ella comenzó a deslizar sus dedos sobre sus pechos descubiertos y luego le tendió la mano a Erasmus en señal de que lo acompañara a unirse con ella en la cama, aunque él pareció no tener ningún interés al respecto. En cambio, Eradia parecía estar roja de ira al ver a aquella perra insidiosa queriendo tocar a su hermano.

- Muchacha...debes ser muy valiente o muy estúpida para decir eso y

pensar que saldrás viva de aquí — la amenazó.

El rostro de Dorlea se llevo una sorpresa. Normalmente los invitados de Muur hacían fila para estar con ella, pero no pensó que sus nuevos socios no mostraran intereses en los placeres carnales.

- No se ponga así, Mi Señora. Ambos pueden tenerme si así lo prefiere. Mi amo no sabía que usted podía tener esos gustos — se disculpo Dorlea haciendo un gesto hacia su compañero—.es por eso que vine con Ameth para que le haga compañía mientras yo acompaño a su hermano. Si quiere puede calentar con él antes de estar conmigo.

Bastó con que Dorlea le dijera algunas palabras en Kemita al muchacho corpulento para que se levantara para mostrarle su virilidad a Eradia, quien no dudó en hacerle entender a Ameth, de la manera más cortez, que no estaba interesada en él o en sus músculos.

- Tócame y te juro que no volveras a tocar nada mas en tu miserable vida — le dijo al muchacho apretando los dientes — vete antes de que decida cortártelo y te quedes sin trabajo.

Incluso alguien que no era fluido en la lengua común sabía lo que significaba una amenaza, por lo que el muchacho volvió a taparse la cintura y abandono la habitación tan rápido como pudo.

- Me temo que ya no tenemos energías — se disculpo Erasmus — asesinar a tu esposo y a sus hombres nos ha dejado más que exhaustos por el día de hoy.

Una mueca de incomodidad sacudió la actitud relajada en el rostro de Dorlea al oírlo referirse a Makar como su esposo, como si le hubieran abierto una herida que esperaba cerrar.

- Incluso mientras se estaba ahogando se aferraba a la vida lo suficiente para seguir mirándote con la esperanza de que tu le devolvieras la mirada antes de morir — continuó Erasmus— aunque creo que ya te esperabas algo así ¿verdad? Dime, ¿qué fue lo que veías mientras se le rompía el corazón al mismo tiempo que yo le rompía el cuello?

En todos sus años de servicio, Dorlea había conocido hombres sádicos y retorcidos que parecían indiferentes al dolor, o que encontraban un extraño placer en infligirlo. Pero aquel muchacho era diferente a todo lo que había visto antes. No le preguntaba sobre Makar pensando que la estaba haciendo sufrir, sino que había visto algo dentro de ella que se

esforzaba por ocultar a la vista de todos.

Era casi como si pudiera leer su mente.

-Veía...veía a un hombre muy viril con el que me gustaría estar. Fue algo tan placentero de ver. — le respondió deslizando su lengua por su labio inferior.

<< ¿Placentero? Perra enferma >>, pensó Eradia haciendo una mueca de asco

— soy tan indefensa y frágil — continuo Dorlea — que cuando veo a alguien tan fuerte como usted, no puedo evitar...

- Suficiente — la interrumpió haciéndole un gesto de rechazo con la mano.

Sin importar cuánto se esforzara por disimular, no podía ocultar secretos ante alguien como él. Aquellos ojos rojos llenos de malicia podían percibir en un instante lo que ni Makar ni Muur pudieron en años.

- ¿acaso soy el único que ve detrás de este disfraz que usas? — entornó los ojos hacia ella — aquí no está Muur ni Makar ni ninguno de los idiotas con los que sueles tratar ¿o me dirás que ya te has acostumbrado a esta actuación?

Ahora que ya la había descubierto, no tenía caso seguir fingiendo. La expresión de su rostro mostraba una gran satisfacción y alivio al poder abandonar su papel. Aunque fuese solo por un momento, podía dejar de jugar a la niña ingenua y sin cerebro que se escondía detrás de hombres con musculo o dinero.

- A veces ni yo me lo creo ¿sabe? — le dijo la joven mientras se volvía a abotonar el vestido y se cerraba de piernas.

- Entonces ¿para qué molestarse?

- Usted no conoce este país tanto como yo, Mi Señor. La única ocasión en que una mujer está a salvo es cuando le calienta las sabanas a un líder criminal. Ser la concubina de Muur provoca que el resto de los indeseables

mantenga sus pequeñas vergas dentro de los pantalones. Es un buen arreglo.

- Sin embargo amenazaste a la prostituta que se suponía que estaría esperándonos aquí para que cambiara lugares contigo. No lo hubieras hecho si de verdad consideraras tu situación como un buen arreglo ¿o sí?

El solo hecho de que él pudiera saber tanto sobre ella la hacía sentir aterrada

- ¿Qué podría ser tan importante que quisieras hablar con nosotros a solas y lejos de la vista de tu amo? — continuó — un arreglo ¿quizás? Acaso usted....¿usted es alguna clase de brujo?

Erasmus no se molestó en negar su desprecio al escuchar esa palabra, como si no fuera la primera vez que se lo preguntaran.

- Que tu poca inteligencia no pueda explicar lo que no ves no significa que seamos brujos — se apresuro a decir Eradia.

- Somos más poderosos que los seres que tu llamas brujos. Harías bien en saber que estas en presencia de dos Señores Oscuros. — corrigió Erasmus.

- Yo...no sé lo que eso significa — admitió confundida .

Un calor sofocante comenzó a llenar la habitación, procedente de Erasmus. Su mano emanaba pequeñas chispas de electricidad que se retorcían y bailaban a su alrededor como si tuvieran vida propia. Al poco tiempo, comenzaron a bailar alrededor de la habitación hasta llegar al cuerpo de Dorlea, quien parecía estar tensa de miedo.

- Significa que podría asesinarte justo ahora con tan solo cerrar la palma de mi mano — le dijo en tono relajado — el relámpago recorrería todo tu cuerpo hasta quemarte de adentro hacia afuera y no significaría nada para mí.

Las pequeñas luces blanquecinas rodeaban el cuerpo de Dorlea como una serpiente preparándose para sofocar a su presa. Conforme iba cerrando más su puño, mas presión ejercía la serpiente sobre ella. La hermosa seda que cubría su cuerpo comenzó a desintegrarse lentamente a medida que entraba en contacto con las chispas hasta el punto en que a tela era carcomida al mismo tiempo en que el calor en su piel aumentaba. Cuando

los rayos terminaran con su ropa, comenzarían a chamuscar su piel. Sin embargo, Erasmus tenía mucho cuidado de no rozarla sin provocarle ningún daño permanente. Quería que sintiera lo que es estar aterrado.

<< Por favor, no. No quiero morir >>, repetía una y otra vez en su mente con la esperanza de que él pudiera oírla.

El puño de Erasmus ya estaba por cerrarse, y con eso, el calor de las chispas ya comenzaba a abrirle pequeñas heridas. Pronto comenzaría a oler su propia carne electrificandose.

- Pero tienes razón — admitió Erasmus — no conozco este país tanto como tú.

Abrió su mano y las chispas comenzaron apagarse rápidamente hasta ser reducidas a un leve destello que permanecía revoloteando en el aire hasta extinguirse. Trataba de entender lo que había pasado cuando advirtió el tacto de su mano desnuda en contacto con la piel descubierta, ya que gran parte de su ropa había sido completamente desintegrada, lo último que le quedaba era apenas un trozo de tela con que cubriese el busto.

Para Eradia, aquella escena le resultaba divertida. Aunque ella hubiera preferido que las chispas le hubieran freído los intestinos hasta que le saliera humo de todos los orificios de su cuerpo.

- Ya no es tan placentero ahora ¿verdad? — se burló ella mientras desenvainaba su espada — mejor termino con esto ahora.

Sin embargo, su hermano le hizo un gesto para que se detuviera. Aquello si la sorprendió ¿Qué podía querer alguien como Erasmus de alguien tan ordinario? Muy en el fondo ella rogaba que su decisión no estuviera influida por algo carnal. Si llegaba a ser eso, Dorlea no tardaría en vomitar relámpagos y sangre hasta explotar.

- No me digas que quieres conservarla. — dijo indignada.

- Eso dependerá de lo que pueda proporcionarnos.

- Hermano, esta zorra no tiene nada que ofre...

- isé cómo pueden infiltrarse en Ushma-Damon! — se apresuro a decir Dorlea antes de que Erasmus cambiara de opinión.

Ahora Eradia también empezaba a prestarle atención.

- ¿lo ves? Solo hay que saber motivarla — le replicó Erasmus — continua.

Dorlea asintió con la cabeza aliviada como si hubiera evitado una sentencia de muerte. Mientras rápidamente comenzaba a hacerse un improvisado vestido con las sábanas que tenía a mano, les explico que, desde que los contrabandistas y traficantes de sustancias se habían apoderado de los barrios pobres, la Guardia de la Ciudad mantenía una vigilancia constante sobre todos los puntos de acceso, haciendo imposible entrar a la ciudad sin levantar sospechas. Ni hablar de infiltrar un ejército de criminales.

- Su única oportunidad es adentrarse por los túneles que se conectan con las criptas subterráneas. — concluyó Dorlea.

- ¿y cómo podemos llegar a ellos? — preguntó Erasmus cruzando los brazos sobre su pecho.

La joven arqueó sus ojos directo a él, sabía que podría ser un error, pero tal vez no tendría otra oportunidad como aquella.

- ¿Qué me dará a cambio?

- ivivir es lo único que deberías esperar a cambio! — le espetó Eradia

- Tendrás que disculpar a mi hermana. Negociar con palabras no es su fuerte — continuó — me intriga aun mas saber cómo es que posees tanta información de ese tipo.

- Políticos, traficantes, Señores del Crimen. Cuando has estado con muchos hombres importantes aprendes que la información es más útil que una espada.

<< Si quieres te muestro cuan útil es mi espada>>, pensó Eradia. Ella miraba como su hermano observaba a Dorlea detenidamente mientras se explicaba, prestándole toda su atención a sus palabras y movimientos. Conocía esa mirada. Estaba tramando algo. Sin embargo, prefirió mantenerse al margen en lugar de arriesgarse a que Erasmus volviera a desautorizarla.

- Interesante punto de vista. Supongo que información tan valiosa no sale

de tus labios sin antes decir su precio ¿verdad?

Dorlea asintió con la cabeza. Esta vez tenía una actitud mucho más seria en su rostro.

- Te escucho.

- Conocía a Makar desde hace mucho tiempo, sabía lo que él sentía por mí, aunque a mí no me importaba en realidad. Mi hermana es la única razón por la que estoy metida en esto.

>> Todo lo que hice fue para poder salvarla a ella de una deuda de juego que tenía con Makar. Él me dijo que la mataría si no llegaba a reunir el dinero a tiempo, así que le propuse tomarme como esposa si le perdonaba la deuda. Lo que yo no sabía era que ese dinero no era para él, sino para su amo. Muur decidió castigarlo por eso. Makar perdió su ojo y nosotras perdimos nuestra libertad cuando nos tomó como sus concubinas.

- Sigo sin escuchar tu precio.

Se levantó de la cama y se puso a sus pies de rodillas con la cabeza baja, aquella era la típica reverencia oriental para suplicar un favor, el único favor que realmente necesitaba. Sabía que no habría vuelta atrás, tenía que decirlo o pasaría el resto de su vida esclavizada como un trozo de carne hasta que, eventualmente, terminara muerta como muchas de sus predecesoras.

- Compre nuestra libertad, Mi Señor. Libérenos de Muur y le serviré fielmente— le pidió sin apartar la cabeza del suelo — Por favor, se lo ruego, es rico y poderoso, no hay nada que usted no pueda hacer.

- Que sea rico y poderoso no significa que compre lo primero que me ofrezcan.

- Entonces considere esto: ¿realmente puede confiar en alguien como Muur? — le dijo levantando la mirada sin despegarse del suelo.

-No más de lo que confié en ti.

- Yo no puedo leer la mente, pero sé que alguien como usted no se alía con nadie a no ser que conozca todos sus secretos. Yo puedo proveerle toda la información que me pida de Muur y del gremio de areneros. todas

las mujeres que trabajan aquí me deben favores, saben que conmigo pueden ganar más de lo que ganarían en este mugroso lugar.

Erasmus estaba a punto de lanzarle otra palabra de rechazo cuando lo sintió. Ya lo había sentido antes cuando inspeccionó a Payne. Podía sentir el Fuego Rojo fluyendo a su alrededor, como si le estuviera indicando que dirección tomar en aquel camino que las circunstancias habían puesto delante de él. Tal vez era cierto, las coincidencias no existían, y tal vez, solo tal vez, debía escuchar lo que el Fuego Rojo tenía para decirle. Si existía una razón por la cual esos dos se habían cruzado en su camino, lo averiguaría ahora.

- Te daré una oportunidad de probar cuan útil dices ser — decidió por fin — no solo proveerás la información sino que supervisarás en persona nuestra infiltración por los túneles de la ciudad...junto con alguien que asignaremos para vigilarlo.

Los ojos de Dorlea se iluminaron al escucharlo, si por fin había una forma de abandonar a Muur y salvar a su hermana, la tomaría sin dudar, incluso si eso significaba pactar con un Señor Oscuro.

- Gracias, Mi Señor. No lo lamentara.

- Procura no lamentarlo tú.

En la penumbra de su oscura celda, Idolovich Payne esperaba en silencio, considerando si debía fingir un infarto para después matar a los guardias apostados en el otro lado y escapar o si debía quedarse con los Rochester. No era la primera vez que había prestado servicios bajo el estandarte de la serpiente plateada y ciertamente tenía todas las razones del mundo para dudar de su palabra.

La primera vez que reconoció al hijo de Lord Aedes, estaba sentado junto a Makar en la mesa del gran salón de Alamut viendo los planos del interior del palacio de Muur. Se sintió afortunado de que Erasmus no lo reconociese, desde que había abandonado el país no quería saber nada con los Rochester ni con El Imperio. Tras la derrota y el desastroso motín en el campamento en las afueras de Ebano, los pocos miembros restantes de la compañía de los Cuchillos Silenciosos tomaron los tesoros que consiguieron robar de la ciudad y emprendieron la retirada antes de quedar atrapados en aquella carnicería. Las armaduras que les habían robado a los soldados muertos les permitieron cruzar sin problemas por las fronteras imperiales sin levantar sospechas.

Cuando decidieron tomar caminos separados, emprendió rumbo hacia el este, donde sabía que había mucho dinero para cualquier hombre que no temiera ensuciarse las manos. Jamás pensó que el azar lo llevaría de nuevo hacia los Rochester.

El sonido de pisadas en el exterior rompió el silencio de su celda y supo lo que significaba, en cuanto abrieran esa cerradura sabría si había apostado al lado ganador o no. El joven Señor Oscuro entro seguido de su hermana y una chica pelirroja que ya había visto antes.

<< Dorlea>>, dijo para sí mismo.

Que los propios Rochester hubieran venido en persona a verlo en su celda solo podía significar una ejecución...o una oportunidad.

—Levántate, Payne —ordenó el joven Rochester —tienes trabajo que hacer.

Una leve sonrisa se dibujó en el rostro demacrado del mercenario. Una vez más volvería a estar al servicio de la serpiente. Pero esta vez había algo diferente. No lo dijo en voz alta, pero supo en ese momento que, sin importar el desenlace, su vida ahora le pertenecía a él.

Capítulo 9

El día del juicio, Vazzir Florell fue escoltado por los que habían sido hasta hace poco sus subordinados. Debido a que la gravedad del caso involucraba la malversación de fondos bajo la completa administración de Florell, todos los miembros de su gabinete estaban obligados a declarar en favor o en contra, más en contra que a favor, del acusado. Entre los miembros más prominentes de su séquito se encontraban Mohan Bab, su secretario y mano derecha, Ladavi Zardar, su asistente y amante, Jinarios Mothus, su contador, y Xeniiis Cawari, el guardián de las arcas de la ciudad. Si bien todos ellos recibieron un buen pago para moldear la verdad a favor de su jefe, también recibirían, por parte del consejo, un pago mucho más generoso por condenarlo al finalizar el día.

La inocencia o culpabilidad de Florell se llevaría a cabo en la Gran Sala del Consejo de Emires, donde tres de los cinco miembros actuarían como acusadores, uno jugaría el papel de Gran Acusador y finalmente, el quinto, jugaría el papel de acusado. Naturalmente, Florell hubiese preferido cambiar roles con cualquiera de sus compañeros. Es más, hubiese deseado que un relámpago llegara de la nada y fulminara a los cuatro Emires ahí mismo antes de tener que pasar por la humillación de un juicio. La Gran Sala estaba dotada de un diseño circular con grandes columnas de mármol rojizo a su alrededor, lo que le daba un aspecto tanto majestuoso como solemne. En el centro de la habitación se ubicaba un asiento rodeado por una elegante reja de bronce, también de diseño circular, donde tradicionalmente los acusados atestiguaban el juicio, informalmente le decían "el asiento de la vergüenza" debido a la sensación de culpabilidad que mostraba el lugar cuando uno era acusado de traición.

Mirando al frente, se ubicaba una gran mesa de piedra con diseño rectangular, donde se disponían los asientos de los jueces. También había un pequeño podio de madera tallada, donde los testigos que eran convocados darían su testimonio, o más bien donde darían una buena actuación de lo que sería un testimonio, ya que lo último que se esperaba que saliera a relucir en aquella audiencia era la verdad.

Por trescientos años, los ciudadanos de Ushma-Damon han elegido a los más notables entre las familias de alta cuna para gobernar como Emires y administrar la región de las Arenas Externas. Cada miembro del consejo es elegido para ocupar una función específica, en el caso de Florell, su puesto es, o más bien solía ser, Emir de la moneda, quien se encarga de controlar las finanzas de la ciudad y recaudar los impuestos de las otras

ciudades-estado en la región, una posición muy oportuna para alguien que reúna los requisitos de codicia y carencia de escrúpulos.

Para Lotto Nuramak, la situación no podía ser más satisfactoria. Durante años había intentado destruir a Florell como una venganza personal cuando este le ganó el puesto de Emir de la Moneda hace cinco años. Esta vez la buena fortuna le había dado la oportunidad de concretar su venganza como Gran Acusador, y su dinero le compraría la "neutralidad" del resto de sus colegas.

Acompañando a Nuramak, estaban Demesis Pretos, una mujer de mediana edad de ojos purpúreos y rasgos felinos. Su cabello plateado y entrecortado le daba cierto aire de solemnidad. Siguiendo a Pretos, estaba Tan-Darr, un hombre delgado de ojos hundidos y expresión severa, y finalmente Cranos Kanazzi, quien a diferencia del resto, compartía cierta afinidad con Florell, aunque eso no le impedía condenarlo si podía salvar su propia cabeza, el Emir era tan obeso que se decía que tenía el segundo estómago más grande de las Arenas Externas, siendo superado solamente por el Señor del Crimen Muur. Todos ellos habían reunido ese día con un solo objetivo en mente: hallar culpable a Florell.

—estamos reunidos hoy para determinar la culpabilidad o inocencia de Vazzir Florell, ex Emir de la Moneda, sobre los cargos de malversación de fondos públicos, abuso de autoridad y asociación ilícita — declaró Nuramak — entiendo que el acusado tiene una declaración que hacer antes de empezar el juicio. Tiene el permiso del consejo para proceder.

En realidad Florell no tenía ninguna razón para pensar que su declaración tendría algún efecto positivo en el resto de sus colegas. Su verdadera intención era ganar tiempo. Tenía que alargar el juicio todo lo que pudiese hasta que Lord Rochester cumpliera su parte. Desde aquella reunión en Gezda había hecho todo lo que el Señor Oscuro le había ordenado. Dejó de reponer el dinero de las arcas de la ciudad y envió el resto a la cuenta secreta que le habían indicado. Cuando el consejo se percató de que faltaban tres millones de Ortolans de oro, ordenaron arrestar al Emir y rastrear el dinero. Pero la cuenta había sido cerrada un día antes del arresto y el dinero había desaparecido por completo.

Después de casi media hora de parlotear sobre su inocencia y su intolerancia hacia la corrupción, Nuramak ordenó a Florell, para alivio de todos, acortar su discurso para comenzar con el juicio.

Xeniis Cawari declaró que en los últimos meses se habían observado irregularidades en el vaciado de las arcas. Cuando le expresó su preocupación al Emir Florell, este le había dicho que desconocía la

situación.

- ¿podría repetir lo que le dijo el acusado? —solicito Nuramak

- Él dijo: no le informes al consejo hasta que no aclaremos esto— repitió el guardián de las arcas —no volvimos a hablar del tema sino hasta cuando las irregularidades se volvieron más frecuentes.

- ¿y cómo procedió el acusado?

- Me dijo que nunca hubo irregularidades y me ordenó destruir los informes que había redactado al consejo — añadió

A diferencia del resto de los testigos, Cawari no era un subordinado directo de Florell, por lo cual no esperaba mucho de él. En ese momento no pudo evitar pensar en las palabras de Lord Rochester. *Usted y su ciudad me pertenecen.*

Después de aquel encuentro en el burdel de Madame Zii-chii, las cosas se habían complicado para él. Inmediatamente después de que el dinero de la ciudad desapareciera, el consejo inició una serie de investigaciones para rastrearlo pero todo lo que encontraron fue una cuenta vacía. En su última carta, el Señor Oscuro le informaba al Emir que su amistad había resultado productiva y que no tardaría en recibir noticias de él.

El resto de sus subordinados, quienes habían integrado su gabinete durante años, no fue más misericordioso que Cawari y se dedicaron a apuñalar sin piedad a su jefe por la espalda con cada testimonio. No había duda de que años de trabajo y confianza eran nada comparados con el dinero de Nuramak en sus bolsillos.

Florell tenía sus esperanzas depositadas en Ladavi, por dos años habían compartido toda una vida. La joven chica de dieciocho años iluminaba el ambiente depresivo de aquella sala de juicio, con su hermosa melena de risos negros y su esbelta figura contenía en un modesto vestido de seda verde pálido. A diferencia de otras mujeres, ella hacía cosas que su esposa nunca hacía, eso fue lo que le atrajo de ella en primer lugar. Y a diferencia de su esposa, su corazón era dulce e inocente.

- Me dijo que me haría una mujer rica si le ayudaba a falsificar los informes de las arcas – declaró frente al consejo.

<< Zorra traicionera de mierda>>, pensó el Emir.

Aquello no se lo esperaba. Fue como si un gigantesco castillo de naipes se derrumbara frente a sus ojos y lo único que quedara fueran sus

esperanzas regadas por el piso. Tenía ganas de correr hacia ella y retorcerle el cuello con todas sus fuerzas hasta que dejara de respirar. No estaba enfadado por tener que escuchar otra acusación en su contra. Estaba enfadado porque él sabía perfectamente que aquello era un mentira. Si bien era cierto, que Florell usaba el dinero para agasajar a la muchacha, comprándole joyas, vestidos y contratando sirvientes que la atendieran en todo, él jamás la hizo partícipe de sus acciones, y jamás le dijo abiertamente de donde provenía el dinero. No había forma de que Ladavi pudiera saberlo, porque aunque fuera su secretaria y su amante, siempre tuvo la precaución de no involucrar los negocios con placer, por lo cual mantuvo una distancia entre ella y sus secretos, ni siquiera su esposa conocía lo que estaba haciendo con el dinero de la ciudad. Florell notó una pequeña mueca de satisfacción en el rostro de Nuramak y en el resto del consejo, como si por fin hubieran obtenido lo que necesitaban para condenarlo. Aquella mentira disfrazada de confesión no era más que un arreglo orquestado por alguno de ellos, o tal vez todos.

- ¿Qué relación mantenía con el acusado? — preguntó Emir Pretos

La muchacha lo vio a los ojos, como si lo lamentara. Pero tenía que pensar en ella misma ahora.

- Era su asistente — respondió con la mirada baja —...y su amante

Florell se levantó furiosamente de su asiento y miró directamente a Nuramak, apretando los puños.

- ¡esto es una calumnia!

- Siéntese, acusado — dijo Emir Pretos con tono firme — deje que la testigo termine con su testimonio...

- Su testimonio es una farsa — espetó Florell — igual que todo este juicio.

- Contrólese, Florell — solicitó Nuramak — usted también tendrá su turno para ilustrarnos sobre la verdad en este caso... suponiendo que no nos obligue a llamar a los guardias para que lo escolten a su celda hasta que se calme.

- ¿por "calmarme" te refieres a que tus matones me den una paliza en algún lugar oscuro donde nadie nos vea? — recriminó apretando cada vez más la reja de bronce con sus manos temblando de ira.

Los demás miembros del consejo preferían, por lo general, mantenerse al margen de la eterna disputa entre Florell y Nuramak, pero esta ocasión no podía abogar por la neutralidad. Una gran suma de dinero había desaparecido y solo sería cuestión de tiempo cuando todo el mundo se diera cuenta y pidiera sus cabezas.

- Escuche, Florell, queremos ayudarlo, pero será más difícil para todos si continua con esa actitud — admitió Emir Tan-Darr — le dimos todas las oportunidades posibles para que nos ahorrara tener que armar este juicio

- Solo dínos lo que sabes, Vazzir — le pidió Emir Kanazzi con genuina amabilidad — estamos preparados para garantizarte indulgencia si nos dices a donde fue el dinero.

- ¡ya les dije todo lo que se! — replicó Florell — ¿acaso no lo entienden? Solo soy un pobre peón inocente en todo esto.

Tan-Darr ya empezaba a perder la paciencia.

- Y si es un peón... ¿a quién está protegiendo? Denos un nombre.

El rostro de Florell se tornó pálido al oír esa pregunta. El miedo que le tenía a Lord Rochester, sin duda, era más grande que el miedo que le tenía a la prisión.

- A nadie — respondió en tono seco — no conozco a nadie.

Pretos se acercó a Nuramak para compartirle sus inquietudes.

- Está mintiendo — le susurro al oído— sabe exactamente quién está detrás de esto.

- No me digas — le respondió con sarcasmo — ¿Qué quieres que haga? Si lo condenó a muerte, perdemos la oportunidad de dar con el dinero.

- ¿tus espías no encontraron nada?

Nuramak negó con la cabeza.

- Absolutamente nada — confesó resignado — sus cuentas secretas están congeladas. Esperaba que su correspondencia pudiera decirnos algo pero nadie se ha contactado con él desde que lo arrestamos.

Todos ellos intercambiaron miradas de desconcierto. Tenían todos los hechos como para sentenciarlo, pero tenían la esperanza de que se

quebrara lo suficiente como para revelar a donde habían ido los tres millones de Ortolans. Incluso Nuramak sabía que recuperar el dinero era más importante que la satisfacción personal de arrojar a Florell a una celda. Sin embargo, si no tenía éxito tendría que imponer la pena máxima, y si lo hacía las consecuencias podrían ser más perjudiciales que beneficiosas.

Finalmente, sabía que tenía que tomar una decisión.

- Vazzir Florell...hemos sido pacientes y hemos dado toda nuestra cooperación para ayudarlo a esclarecer los hechos que han mancillado la reputación de este consejo — declaró Nuramak poniéndose de pie. Listo para dar un ultimátum.

<< Lord Rochester prometió que impediría esta condena. Estoy acabado >>, pensaba Florell en silencio mientras se moría de miedo. Cada palabra de Nuramak era un clavo más en su ataúd.

- En vista de los hechos ocurridos y lo que hemos escuchado hoy, no nos deja más alternativa que...

Una oleada de gritos histéricos llegó a inundar la sala, era como si miles de mujeres estuvieran en trabajo de parto al mismo tiempo o si miles de niños se despertaran después de una horrible pesadilla. Era el sonido del caos y el miedo reunidos en una única sinfonía que procedía desde las afueras de la pirámide.

Los cuatro Emires junto con el resto de los testigos, se acercaron a la ventana que daba al centro de las calles del laberinto y no pudieron creer lo que estaba ocurriendo cuando vislumbraron la gran concentración de humo negro que alcanzaba a cubrir el cielo: fuego. La ciudad estaba siendo asediada por una oleada de incendios que provenían de casi todos los distritos de la ciudad. Aquello no era posible de que fuera un accidente. Había sido planeado.

Las puertas de la sala se abrieron de par en par cuando Glaucos Tor, el comandante encargado de la Guardia de la Ciudad, se abrió paso a toda velocidad. Se quitó el casco de su armadura y dejó ver su rostro lleno de preocupación y pánico, cubierto por una espesa barba pelirroja y una expresión de tener el peor día de su vida.

- Mis Señores, estamos bajo ataque. — comunicó al resto mientras se secaba el sudor de su frente con un pañuelo.

Nuramak fue el primero en reaccionar.

- ¿de quién se trata, comandante? ¿barbaros? ¿Jinnahdis?

Tor negó con la cabeza.

- Ojala fueran ellos, Mi Señor — dijo soltando un bufido — nos informan que un sindicato criminal consiguió infiltrarse en la ciudad. Están quemando todo a su paso.

Ninguno de los presentes podía creer en las palabras del comandante, que alguien pudiera infiltrarse por el laberinto, solo podía significar un ataque coordinado con ayuda desde adentro. Alguien había invitado a la muerte a pasar inadvertida por la ciudad.

Los emires intercambiaron miradas de sospecha, tratando de procesar lo que estaba pasando. Solo Demesis Pretos llegó a mantenerse lo suficientemente serena pese al pánico para hacer un gesto hacia los guardias apostados en la puerta y tomar el control de la situación.

- Escolten a los testigos fuera de la sala — ordenó — este es un asunto que debe discutir el consejo en privado.

Tan pronto Ladavi y el resto abandonó la sala, Florell no pudo ocultar su profundo alivio. Había esquivado la muerte y ahora podía respirar tranquilo, sintiendo como la presión que venía sintiendo en su pecho desaparecía de apoco. Se levantó de su asiento, listo para retirarse, por primera vez, estaba feliz de volver a la celda que era su departamento.

- Tu no, Florell — lo detuvo Nuramak — por más que me pese, aun eres miembro del consejo. Te quedaras a enfrentar esto con nosotros y te juro que no te quitare el ojo de encima.

Capítulo 10

Durante siglos, muchos ejércitos habían atacado Ushma-Damon, y pocos habían tenido éxito en hacerle algún daño significativo. La mayoría se lanzaban a la carga como el mar contra las rocas, pensando que sus muros caerían con la primera oleada, otros se valieron de tácticas más sofisticadas como el ataque a distancia valiéndose del poder de fuego de su artillería e incluso hay registro de que una vez una tribu de guerreros nómades llegó a intentar cavar un túnel en dirección a la Gran Pirámide, pero por una mediocre confusión terminaron en el cuartel de la Guardia de la Ciudad.

Pero sin importar cuán diferentes fueran las estrategias usadas, el resultado siempre era el mismo. Pero a diferencia de quienes los precedieron, Los Rochester no tenían como objetivo conquistar, saquear o destruir la ciudad. Su estrategia consistía en forjar orden por medio del caos, haciendo que la anarquía y el miedo conquistara el corazón de los habitantes. La naturaleza de sus actos se basaría en aterrorizar a tal punto que el mismo pueblo se inclinaría ante el primero que les prometiera una solución.

El ataque inició tomando ventaja de la confusión de la gente. Los hombres dirigidos por Payne se encargaron de capturar y golpear de forma brutal a los renegados que habían quedado en Alamut a las órdenes de Makar. Al igual que su líder, habían sido lo bastante crédulos como para pensar que podían confiar en ellos, así que cuando Payne les pidió abrir las puertas de Alamut, lo que menos se imaginaban es que serían usados como materia prima en el plan de los Rochester. Afortunadamente, el número de muertos no fue tanto como esperaban y el resto no tuvo ninguna oportunidad de escapar. Las órdenes de Erasmus habían sido muy claras.

- Hagan lo que sea necesario para silenciarlos pero déjenlos vivir hasta que lleguen a la ciudad.

La información de Dorlea había resultado ser sumamente efectiva, ya que fue relativamente fácil cruzar el Río Meszaros para después transportar a los prisioneros por los túneles subterráneos que se extendían a lo largo de toda la ciudad. Payne y sus hombres aprovecharon la protección que les brindaba el manto de la noche para acoplar hogueras en los principales puntos estratégicos de los distritos más poblados. El mercenario se tomó muy en serio las órdenes de su nuevo amo en lo referente a "silenciar", así que ordenó que sus lenguas fueran removidas usando tenazas calientes. Después de todo, lo último que querían es que aquellos estúpidos se pusieran a gritar cuando el verdadero dolor comenzara: hasta el último de ellos fue crucificado con sus manos mirando al cielo, sujetos a las vigas de madera por medio de clavos hundidos en su piel y

cadena alrededor de sus cuerpos.

Lo primero que vieron los habitantes de la ciudad al despertar fueron treinta y dos hombres gritando por su vida mientras morían incinerados. Como resultado lógico, el pánico se difundió rápidamente por las calles del laberinto hasta llegar al centro de la Gran Pirámide. Los más empobrecidos aprovecharon la oportunidad para cometer saqueos en los puestos de mercaderes, que tuvo como consecuencia una brutal represión por parte de la Guardia de la Ciudad en su intento por frenar los motines. Al mismo tiempo, en respuesta por excesiva que había sido la represión, se cometieron todo tipo de linchamientos que derivaron en cinco guardias muertos por apedreamiento a manos de los civiles.

Mientras el caos y la anarquía tomaban el control del pueblo, los valientes líderes del consejo tomaban todas las medidas posibles para enfrentar el problema.

- ¡debemos refugiarnos en la Sala de Guerra!—exclamo el Emir Kanazii mientras se limpiaba el sudor de su frente— no tenemos las tropas ni los medios necesarios para detenerlos. Hay que pedir ayuda a Gezda.

El resto del consejo se quedó mirando al obeso Emir con expresiones de arrebato y todos le dirigieron unánimemente miradas inquisitivas ante tal acto de cobardía.

- Contrólese, Emir — ordenó Lotto Nuramak — Gezda está a dos días de viaje. aun si lográramos pedir ayuda, la ciudad estará hecha cenizas antes de que puedan llegar a tiempo.

Pese a todo lo que estaba pasando, Nuramak no podía desviar su mirada puesta en Florell y pensar en cuan conveniente era este clima de caos para alguien que estaría dispuesto a cualquier cosa por evitar la prisión.

- Me temo que estamos incomunicados, Emir — admitió el comandante Glaucos Tor — han cortado todas nuestras comunicaciones con el exterior y tengo a todos mis hombres intentando controlar los incendios en el laberinto. Si no los detenemos pronto, el fuego llegara hasta el centro y a la pirámide

Nuramak parecía inquieto. Entre los disturbios y el ataque del misterioso sindicato criminal, se había olvidado que también tenía que lidiar contra el fuego. Los criminales y amotinados pueden ser detenidos si se monta una buena defensa contra ellos, pero contra un incendio no hay defensa posible, solo atacar y atacar hasta que se dé por extinguido. Si la destrucción llegaba hasta donde estaban ellos, no habría forma de escapar.

- Están tratando de aislarnos —concluyo Nuramak llevándose la mano al mentón.

Tor asintió con la cabeza. Sabía que sus hombres no podrían hacer frente a esta crisis sin ayuda.

- Necesitamos a la Guardia de la Pirámide — solicito el comandante —solo con ellos tendremos suerte si...

- ¿acaso esta demente? — lo interrumpió Kanazii atragantándose con una porción de tarta de higos — en un momento así es cuando más se necesita que la guardia proteja al consejo ¿o acaso pretende dejar la pirámide desprotegida?

<< Prefiere quedarse escondido bajo una roca mientras la ciudad se consume en llamas>>, pensaba asqueado Tor, quien aun no alcanzaba a dar crédito a lo que estaba escuchando. No podía creer cuan egoístas pueden ser los hombres cuando su miedo se combina con su idiotez.

- Sino apagamos los incendios, Emir, no habrá ninguna pirámide que proteger— sentencio el comandante.

Un silencio incomodo invadió la habitación. Nadie era lo bastante tonto como para arriesgarse a enfrentar al pueblo ni lo bastante inteligente como para comprender que con cada minuto que pasara, el caos se propagaría hasta alcanzarlos detrás de sus muros. Todos ahí tenían mucho que perder si la situación llegaba a su punto más crítico. Si los criminales llegaban a la pirámide, controlarían la ciudad y los matarían, si los amotinados no eran detenidos, acabarían por destruir la ciudad, saquearían la pirámide y los matarían, y si el fuego los alcanzaba, también morirían. De una u otra forma, no había forma de evadir el problema sin tener que considerar la decapitación o la incineración. En medio de ese ambiente de caos, miedo y silencio, solo un verdadero idiota se atrevería a proponer algo.

- Si me permiten — propuso el Emir Florell — es el propósito de este consejo velar por la seguridad del pueblo. Si nos aferramos a estos mezquinos intereses, perderemos credibilidad en nuestra capacidad para gobernar.

Nuramak no podía creer la hipocresía de lo que estaba escuchando.

- ¿tú nos sermonearas sobre intereses mezquinos y sobre lo que es mejor para el pueblo? — le reprochó indignado — si dependiera de mi te arrojaría desnudo por las calles para que el pueblo te apedree a muerte.

Ni siquiera tendrías por que intervenir en una junta del consejo del que ya no eres parte.

Como siempre, era inevitable que Nuramak no reprimiera su entusiasmo por escupir todo su desprecio a su rival. Este día debía tratarse de su victoria personal sobre Florell, y en cambio ahora se encontraba bajo un asedio enfrentando la aniquilación de la ciudad y compartiendo el mismo refugio con el hombre al que estaba tan ansioso por arrojar a las manos del verdugo.

- Sé que no me tienes en el mejor de los conceptos, Lotto — dijo finalmente Florell — y que hemos tenido nuestras diferencias en el pasado. Pero ahora la reputación de este consejo está en juego. En momentos de crisis debemos saber de qué lado estar. Si por un milagro la ciudad sobrevive a estos disturbios, los siguientes a los que querrán linchar será a nosotros.

Posó su vista en Tor. Sabía que era un buen hombre, y los buenos hombres siempre optan por el sentido común. No tendría el valor de rechazar su ayuda si sabía que podía hacer lo correcto.

— ¿Cuántos hombres necesita, Comandante? — preguntó Florell fingiendo una mueca de preocupación.

— Todos los que consigan darme, Emir. Creo que una docena de guardias bastara para controlar los incendios.

Florell sonrió con satisfacción y luego hizo un gesto hacia Nuramak

- ¿dejaras que una docena de guardias te cueste la próxima elección? — le preguntó con voz de indignación.

A pesar de ser corrupto y despreciable, Florell sabía cómo ejercer presión sobre la voluntad de las personas. Por más de que lo odiara a muerte, Nuramak no puede hacer oídos sordos a la fría lógica de las palabras de su enemigo. Sabe que el costo político puede ser catastrófico sino toma acción inmediata para detener la creciente anarquía. Sin embargo, había algo que aún lo dejaba intranquilo respecto a Florell. Sabía que él solamente trata de ganar tiempo. Obviamente, su intención era retrasar su juicio todo lo que pudiera. Pero no podía evitar pensar que existía otro motivo. Uno motivo oculto y...*siniestro*.

Todo indicaba que la única opción era seguirle el juego.

- Que todos los guardias de la pirámide se pongan a disposición de la Guardia de la Ciudad y monten una defensa común. Detener el avance del fuego es la principal prioridad—se volvió hacia Tor — informe al capitán Jadris de mi decisión y dígame que venga con dos de sus mejores hombres

para que escolte al consejo hasta la sala de guerra.

- De inmediato, Emir. — inclino la cabeza en señal de reverencia y abandono la habitación.

Jadris y sus hombres no tardaron en llegar. La expresión de indignación en el rostro del capitán de la Guardia de la Pirámide parecía indicar que no le causaba nada de gracia que Tor hubiera tomado el control de su guardia sin siquiera haber sido consultado. Mientras el resto del grupo se alejaba para ser escoltados a su seguridad, Nuramak se acercó a Florell.

- No sé lo que tramabas pero si llego a descubrir que tu estas detrás de todo esto...

- Corremos el riesgo de morir incinerados ¿Qué gano con todo esto, Lotto? es más ¿Quién gana con todo esto?

- Eso mismo me pregunto: ¿Quién?

Siempre que la ciudad se ha encontrado bajo ataque, el Consejo de Emires ha utilizado la antigua Sala de guerra como centro de comando para coordinar a sus tropas y restablecer el orden. Sin embargo, a lo largo de los siglos, su utilidad se ha centrado más en servir como un refugio glorificado que otra cosa. Lo que la hace tan buen refugio contra los enemigos es que el pasillo hasta la cámara es tan estrecho que ninguna turba furiosa podría desplazarse en grandes números, haciendo de sus puertas casi inexpugnables. Pero su seguridad también era al mismo tiempo su debilidad: una sola entrada es lo único que los separaba de cualquier invasor. En caso de que la entrada cediera, la única forma de escapar sería lanzarse por la ventana que daba al centro de la ciudad. Dicha alternativa no era casualidad, los primeros gobernantes de la pirámide la habían diseñado de esa manera para, en caso de ser capturados, evitar la humillación de la derrota y quitarse la vida desde una altura de mil metros, garantizándoles un final tanto honorable como aterrador.

- Sería mejor abandonar la ciudad— insistió el Emir Kanazii

- A nadie le interesa tu opinión, Cranos — le dijo Nuramak por encima de su hombro— además yo no me dejare intimidar por criminales.

Demesis Pretos, quien estaba más cerca de él, lo tomó del brazo con

brusquedad.

- No podemos mantenernos aislados, Lotto — le espetó Pretos.

- No, no podemos — admitió — pero podemos mantenernos seguros. ¿cierto, capitán Jadris?

- Está en lo correcto, Señor. Las puertas de la sala de guerra son a prueba de arietes. En caso de que se abriera una brecha y lograran traspasar la defensa de la guardia necesitaremos resistir en un lugar aislado— explico el capitán en tono seguro —corremos con la ventaja de que el corredor es muy estrecho, los obligara a formar un cuello de botella y no tendrán manera de derribar las puertas.

El grupo encontró una leve sensación de consuelo en aquellas palabras. Era cierto, la Sala de guerra era una habitación diseñada para ser impenetrable que podía resistir contra cualquier turba furiosa desde el exterior, pero...¿acaso eso era suficiente para estar a salvo? Aun si cualquier amenaza podía ser combatida desde afuera, nada les garantizaba una victoria segura, tal vez simplemente les permitiría retrasar su derrota, tal vez la única victoria que podían tener era la de ganar tiempo hasta que la crisis se resolviera, o tal vez solo era el hecho de buscar tranquilidad para apaciguar el miedo que ninguno de ellos se atrevía a admitir en voz alta, disfrazándolo y creyendo que la fuerza de los muros los salvaran.

Aun así, Lotto Nuramak seguía sin sentir la menor tranquilidad en el hecho de tener que refugiarse junto a Florell. Cualquier granjero competente se asegura de no llevar a un zorro al gallinero, y en estos momentos, Nuramak se sentía como el más incompetente de la granja.

Una vez que finaliza el estrecho corredor, la única manera de acceder a la sala es pasar por la Puerta de los Cinco, un impresionante ejemplo de la artesanía Kemita de antaño labrada en bronce. En el centro de la puerta se representa un relieve del Rey Amarillo, con su rostro escondido por una máscara de oro y sus manos representando las dos virtudes sagradas de la antigua fe: cielo e infierno. Una mano señala a las alturas, el destino de los justos y los bien amados, la otra señala abajo, a las profundidades del fuego imperecedero, donde los pecadores arden por siempre. La sala fue construida para hombres que estuvieran preparados para desatar el infierno de la guerra sobre sus enemigos, por lo cual no era casualidad que las cinco cerraduras de la entrada estuvieran ubicadas debajo del dedo del Rey Amarillo, representadas en llamas.

Cada Emir era dueño de una llave y solo era posible acceder cuando las cinco estaban reunidas. A pesar de estar momentáneamente fuera del

consejo, Nuramak, para su alivio, aún no le había confiscado su llave a Florell.

- Dime que aun la tienes.

- Por fortuna tuviste la bondad de dejar que la conserve hasta el veredicto — le dijo Florell sacando una antigua llave de bronce de la manga oculta de su túnica para colocarla junto al resto de sus hermanas.

En el Este existen muchas historias sobre objetos y construcciones del mundo antiguo que se construyeron para ser activados con lo que algunos supersticiosos llaman magia, otros lo atribuyen a una ciencia demasiado compleja como para ser explicada. Los antiguos Kemitas poseían una parte de este conocimiento y se aseguraron de que la Gran Piramide estuviera fortificada con ello. Una vez que todas las llaves fueran colocadas, los cinco Emires debían recitar la sagrada plegaria para que la puerta se abriera:

-Los cinco nos hemos reunido — recitó Nuramak

- En sagrada reverencia y humildad — recitó Florell

- Con valor y determinación — recitó Kanazii

- Para pedir la luz de la paz sobre nuestra tierra— recitó Pretos

- Para pedir el fuego del castigo sobre nuestros enemigos — recitó Tan-Darr

-Te rogamos entrada, ábrenos y te serviremos — recitaron los cinco al mismo tiempo

Las cinco llaves giraron dentro sus cerraduras, acompañadas del sonido estruendoso de la puerta abriéndose lentamente. En poco tiempo estarían a salvo y podrían recuperar el control de su ciudad. Todo esto sería olvidado. Serian vistos como héroes y seguramente les rogarían permanecer diez años más en el consejo. Nuramak se permitió analizar la situación con optimismo.

<<Podemos lograrlo>>, pensó, <<podemos sobrevivir a esto y recuperar el control>>

Desafortunadamente, no contaba con que la habitación ya estaba reservada para Eradia Rochester y sus hombres, quienes estaban armados con arcos y lanzas, listos para disparar a cualquiera que hiciera algo estúpido. Mientras que su hermano estaba sentado en una de las sillas del consejo tomando calmadamente su te, Eradia estaba con las rodillas cruzadas sobre la mesa como una niña, sonriendo al ver a sus invitados.

- Bienvenidos, caballeros —los saludó amigablemente mientras desenvainaba su espada — ¿listos para morir?

Capítulo 11

Un grito de terror se apoderó de la habitación cuando las cabezas de los guardias se desprendieron en el aire al momento en que Eradia Rochester atravesó sus cuellos sin ninguna dificultad. Lotto Nuramak y Demesis Pretos estaban justo detrás de ellos cuando la joven Señor Oscuro saltó desde la mesa del consejo girando sobre sí misma como un animal salvaje abalanzándose sobre su presa. Todo fue tan rápido que Nuramak apenas se dio cuenta que tenía la mitad de su rostro cubierto de sangre. A pesar de haber sido decapitados, sus cuerpos tumbados en el piso aún seguían emitiendo unos pocos movimientos como si ignoraran lo que había sucedido.

Los hombres de los Rochester los tomaron como prisioneros y los obligaron a ponerse de rodillas con sus manos atadas a sus espaldas.

Eradia se paseaba a través de los rehenes con una sonrisa en sus labios mientras les rosaba el filo de su espada cerca sus mejillas. Esa siempre era la mejor parte. Ver como los enemigos rendidos y humillados se dejan paralizar por el miedo. Apenas bastaba con acercar la punta de su arma contra sus cuellos para observar como su piel se contraía al sentir el frío del acero. Parecía disfrutar de intimidarlos, especialmente delante de sus hombres, solo para que vean lo que les pasa a los que no se arrodillan.

- No sé porque los imaginaba más valientes — se burló — supongo que los rumores eran ciertos: los líderes de la ciudad más poderosa de las Arenas Externas no son más que unos ancianos cobardes que se esconden en la seguridad de su pirámide.

- Cuesta creer que sobrevivieran tanto tiempo —intervino Erasmus, quien no se había movido de su lugar—saludos Emir Florell, me alegra ver que no tuvo que tolerar la indignidad de la prisión...o la muerte

Florell estaba postrado con el resto de sus colegas, con sus manos encadenadas a su espalda. Su rostro parecía el de un niño que no entendía nada lo que estaba pasando

- Ser su rehén nunca fue parte del trato

- No, no lo fue — admitió — pueden liberarlo

Nuramak no podía contener toda la rabia que sentía en aquel momento.

- Traidor — le dijo Nuramak asqueado al ver su sonrisa de satisfacción al

ser liberado de sus esposas.

- Te lo dije, Lotto, en momentos de crisis debemos saber de qué lado estar – se mofó Florell mientras se incorporaba y tomaba su lugar junto a sus nuevos aliados.

Cuando todos los prisioneros fueron sometidos, los hombres del Gremio de Areneros tomaron a cada uno de ellos por la parte trasera de sus cabezas y los hicieron inclinarse mirando el piso a medida que Eradia se acercó a ellos para ofrecerles las condiciones de paz.

- Todos ustedes tienen la mala suerte de ser lo único que se interpone entre nosotros y el poder de controlar las Arenas Externas— sentenció ella —no queremos compartirlo, no queremos cederlo y mucho menos queremos perderlo. A mi modo de ver, ustedes no tienen mucho futuro a nuestro lado ni tampoco utilidad. Y nosotros no conservamos cosas sin utilidad, así que...Morsh ¿quieres darles una demostración?

El arenero que sujetaba la cabeza del Emir Inos Tan-Darr, Morsh, era un hombre bajo pero de complexión gruesa, con manos tan grandes que rodeaban todo cuello del anciano, quien no paraba de retorcerse mientras el aire de su garganta se iba entrecortando cada vez más.

—Espera Morsh, creo que el pobre hombre tiene algo importante que decirnos.

El aire nunca se había sentido tan bello como en aquel momento. El grueso hombre obedeció al instante y liberó la garganta de Tan-Darr, quien no paraba de toser con dolor, haciendo un esfuerzo por articular alguna palabra mientras aquella chica extranjera se agachaba para verlo más de cerca.

- ¿decías...?

- Po...Por favor —le suplicó—si nos deja ir le daremos todo el dinero que nos pida. Tenemos muchos recursos para...ahg!

El sonido del impacto fue tan fuerte que varios pensaron que se le habría dislocado la mandíbula. Pero incluso ella sabía contener su fuerza, aunque eso no evitó que un fuerte dolor comenzara rápidamente a sentirse por toda su boca manchada de sangre. El puñetazo de Eradia le había costado cinco de sus dientes.

-No solo no tienes utilidad sino que tampoco tienes modales— le levantó la barbilla para verlo de frente — dime anciano, ¿acaso te parece estar en la pobreza? — le tomó unos cuantos mechones de su cabeza entre sus dedos y le estampó el rostro contra el frío piso de piedra.

Basto solo un ademán a Morsh para que todos vieran lo que les esperaba. El arenero retomó lo que había empezado y comenzó a apretar su cuello con ambas manos hasta tiró tan fuerte que le torció la cabeza.

El resto de los rehenes se mantuvo en silencio pero todos ellos contuvieron sus ganas de gritar de pánico. Sabían que ellos eran los siguientes.

Eradia se incorporó y les extendió sus brazos en señal de que mantuvieran la calma.

- Permanezcan tranquilos, todos tendrán su turno— ordenó Eradia — entre más rápido terminemos aquí, más rápido podremos irnos — señaló a Florell —Emir, necesito su ayuda

- ¿mía?

Florell se sintió ingenuo al pensar que Erasmus era la persona más temible que haya visto en su vida. Solo ahora se daba cuenta de que existía alguien peor.

- Le daré la oportunidad de jugar el papel de Gran Acusador. Ayúdeme a decidir a quién descartar primero. Después de todo, no puedo permitir que mi nueva corte este integrada por inútiles ¿verdad? Señálelos...ahora

Sin importar que tan baja hubiera sido su traición, Florell no pudo evitar sentirse asqueado por aquel escenario de muerte y coacción. Sacar partido de una crisis era una cosa, pero elegir quien debía morir enfrente de todos era algo demasiado horripilante, incluso para alguien como él que les había deseado más de una vez la muerte.

<<no quiero morir, pero no hay otra manera>>, pensó.

Cuando Eradia Rochester le tocó el hombro, no pudo evitar sentir un escalofrío recorriendo todo su cuerpo. La muerte estaba ahí parada a su lado, en forma de una adolescente.

- Estoy esperando, Emir

- Si!...lo siento, mi señora — no tardó en darse cuenta de que al menos tendría la satisfacción de deshacerse de una vieja molestia que venía

molestándolo desde siempre.

- ¿Por qué no me sorprende? — respondió Lotto Nuramak al ser señalado

- Estoy de acuerdo, no pensé que fuera tan predecible.

- Lo siento, Lotto, pero ambos sabíamos que tarde o temprano llegaríamos a esto— admitió Florell —esta ciudad es demasiado pequeña para los dos.

Dos de los Areneros sujetaron a Nuramak por detrás y lo pusieron delante de ella. Parecía no inmutarse ante su inevitable destino. En el mismo momento en que vio que Florell estaba aliado con aquellos criminales, supo que las cosas no terminarían bien para él. Lo único que podía hacer, la última cosa que podía hacer era mantener su dignidad y no darle la satisfacción de suplicar. La larga partida de ajedrez que habían jugado durante años finalmente había llegado a su fin, y había perdido.

- ¿últimas palabras?— le pregunto Eradia mientras ponía su espada en posición.

Nuramak no le prestó atención. Tenía su mirada y toda su atención puesta en Florell, quien también se dignó a verlo por última vez.

- Ahora descansare— respondió resignado sin apartar la mirada de su viejo enemigo — pero tú, Vazzir Florell, pasaras el resto de tu vida mirando sobre tu hombro como un perro asustado y esperando el día en que tus amos te descarten como la escoria que siempre fuiste.

El frío agujijón de acero de la espada de doble hoja lo perforó a la altura de su estómago como una aguja hecha de hielo. Rápidamente, empezó a subir hasta llegar a su pecho, a su garganta y finalmente a su cabeza. Una delgada línea de sangre comenzó a dibujarse a la mitad del rostro de Nuramak hasta que finalmente las dos mitades de su cuerpo comenzaron a separarse, dejando escapar su sangre a borbotones como si se tratase de una fuente hecha de carne. Florell siempre había querido esto, pero ahora que finalmente lo veía con sus dos ojos abiertos, llenos de espanto, ya no estaba tan seguro.

La muchacha, en cambio, no parecía ni un poco impresionada ante aquel horror.

- Para ser justos, hay un poco de verdad en esas palabras, Emir

- ¿a qué se refiere?

La expresión alegremente sádica desapareció rápidamente del rostro de Eradia y adoptó un semblante de enfado ante aquella pregunta ingenua. ¿Acaso se podía ser tan estúpido? Tres guardias decapitados, un Emir con el cuello quebrado y otro cortado a la mitad y aun así ¿no entendía lo que estaba pasando?

Me refiero a que cierre la boca y observe a sus colegas uno por uno. Quiero que observe lo que les voy a hacer. Y quiero que imagine que usted pudo haber sido uno de ellos de no ser por mi her...

Algo la impulso a callar súbitamente, pero no solo el rostro de Eradia empezó a cambiar de aspecto, también el de Florell y el de varios areneros que estaban cerca. Todos parecían sentirse asqueados como si algo se estuviese pudriendo.

Un fuerte olor comenzó a emanar en la sala. Era un hedor agrio y desagradable acompañado del sonido del líquido goteando y chocando contra el piso rígido. Emir Kanazzi se había literalmente orinado de miedo.

Eradia hizo un esfuerzo para soportar el mal olor y se aproximó a Kanazzi. Su obesa cara estaba hinchada de lágrimas y mucosa.

- ¿estas asustado? Que te vaya a matar no significa que pueda usar la habitación como baño.

- Po...por favor no

- ¿no? ¿no que?

- Yo no...por favor — suplicó Kanazii limpiándose el rostro con las mangas de su túnica— no me mate. Por favor. Hare lo que sea.

Una sonrisa de malignidad se dibujó en ella. Por un momento sintió pena por una criatura tan lamentable como aquella masa de carne empapada de sudor y lágrimas.

- Descuide, yo no lo matare — le prometió tocándole el hombro con suma confianza.

Kanazii podía sentir como si toda la tensión y el miedo que venía sintiendo en el último rato, como una gran presión en el pecho, desaparecieran

rápidamente y el alivio llenara sus pulmones por completo.

- Pero no puedo decir lo mismo de la fuerza de gravedad – añadió Eradia tomándolo rápidamente de su cuello regordete.

Para una mujer normal, hubiese sido imposible alzar con una sola mano a alguien tan obeso como Kanazii, de no ser por el Fuego Rojo, probablemente se le hubiera roto la cadera con tan solo intentar levantarlo. El peso, la fuerza o la velocidad de los demás no significaban nada para ella. Con un rápido movimiento de su mano, lanzó al Emir en dirección a la gran ventana que se encontraba en el fondo. La obesa bola de grasa cruzó el largo recinto de la sala en menos de diez segundos para luego caer hacia el vacío, donde le esperaba una caída de más de mil metros antes de morir. Eradia cumplió su promesa, decidió dejar su destino en manos de la gravedad.

- Siento pena por la pobre alma que muera aplastada por esa ballena cuando llegue al suelo.

Mientras que todos los areneros se echaban a reír, Erasmus se preguntaba si Florell comprendía cuán frágil podía volverse su situación si les daba motivos para descartarlo. En circunstancias normales, hubiera intentado penetrar en su mente pero sabía que no tenía sentido hacerlo en aquel momento, donde el terror apenas lo dejaba pensar con claridad.

<< Sienta miedo, Emir>>, pensaba mientras se servía otro terrón de azúcar para su te << entre más aterrado este aquí hoy, más eficiente será en el día de mañana>>

- Esto ya está empezando a aburrirme ¿Dónde está Payne? No puedo encontrar su presencia — preguntó Eradia mientras revisaba su reloj de bolsillo.

- Sus hombres ya están atravesando la plaza del laberinto. No tardaran en llegar a la pirámide — dijo Erasmus — démosle un poco más de tiempo.

La atención de Eradia ahora estaba dirigida a Demesis Pretos, la última de los Emires y la única que aún conservaba algo de su dignidad al mantener su compostura y una actitud serena. Su anciano rostro no parecía reflejar temor o alguna señal de nerviosismo frente a su destino.

- Supongo que debes ser la más fuerte del consejo — dedujo Eradia

La única respuesta de Pretos fue un escupitajo a los pies de Eradia y una mirada cargada de frío rencor.

- Pero no la más inteligente — continuó. — ¿acaso no tienes miedo?

- ¿debería?

- Acabo de matar a tus guardias y a tus colegas. Honestamente no creo que ser valiente te ayude en este momento.

- Tal vez. Pero a los otros tampoco les ayudo rogarle ¿no es así?

Eradia asintió con la cabeza en señal de reconocimiento.

- ¿sería correcto entonces decir que no te asusta morir?

- Puede que algún día descubras que hay cosas peores que la muerte — le dijo entornando los ojos hacia ella — y cuando eso pase no quisiera ser tú.

- Puede ser— admitió— pero tú no estarás aquí para entonces.

Hizo un gesto hacia los guardias para que levantaran a Pretos y la pusieran frente a ella. Quería verla directo a los ojos

- Sin embargo, no será hoy — le dijo mientras deslizaba sus dedos por los mechones canosos de Pretos — llévenla a una celda. Nos tomaremos algo de tiempo para poner a prueba su teoría de si hay cosas peores que la muerte.

Mientras Pretos era escoltada por los hombres de los Rochester hacia su nueva residencia en las mazmorras, el resto del personal de la pirámide, quienes habían sido sacados a la fuerza de sus oficinas, solo podían ver el grotesco desfile de cómo era paseada como un perro encadenado con pesados grilletes de hierro que le hacían torcer el cuello y perder el equilibrio mientras caminaba. Eradia había sugerido que todos estuvieran presentes para verla desfilar hacia su celda a fin de dar a entender el mensaje: si esto le pasa a una Emir ¿Qué posibilidades tenemos el resto?

Al final solo quedaron Florell y los Rochester en la soledad de la sala de guerra, la cual ahora se asemejaba a un cementerio. Erasmus podía sentir la presencia de Payne entrando a la pirámide y asesinando a cualquiera que pusiera resistencia. Ya era hora de poner todas las piezas en su lugar.

- Mi señor, aun no entiendo lo que está pasando— admitió Florell con timidez— usted prometió...

- Le prometí que se libraría de su veredicto y de sus enemigos — lo interrumpió—Ahora es momento de tomar el control de Ushma-Damon si es que queremos salvarla

Aquello pareció desconcertarlo aún más.

-¿salvarla? ¿de quién?

-De sí mismos, Emir — le respondió quitándose su capucha para verlo mejor — usted mejor que nadie debería saber que este país está sumido en el caos y la corrupción. Es necesario un gobierno fuerte que no dude en hacer lo necesario para traer orden y es precisamente eso lo que haremos. por el momento, permítame felicitarlo

-¿felicitarme?

-Así es, ahora tiene el honor de estar bajo la protección de la Casa Rochester y tanto mi hermana como yo esperamos que cumpla con todo lo que se le ordene a partir de ahora.

Florell estaba demasiado asustado como para medir sus palabras. Solo se limitó a asentir con la cabeza.

- Excelente, ahora lo primero es salir al gran balcón de la pirámide y tranquilizar al pueblo. Discutiremos su discurso mientras caminamos por el pasillo.

Un escalofrío eléctrico recorrió su cuerpo cuando Eradia pasó su espada por la larga manga de su túnica para limpiar la sangre de la hoja. La hermosa túnica de seda blanca ahora lucía la mancha de su traición.

<< La sangre de Lotto. Se ha limpiado la sangre de Lotto en mi >>, pensó

- Sea sabio en sus decisiones, Emir —dijo Eradia sin dejar de limpiar la hoja — con nosotros el fracaso tiene consecuencias. Confió en que lo que ha presenciado hoy haya demostrado ese punto. De lo contrario, puede que un día usted se convierta en la mancha en la ropa de alguien más.

Desde los días del Rey Amarillo, el salón principal de la pirámide había perdurado como un lugar sagrado para aquellos que aun profesaban la antigua fe. Durante cientos de años, el gran trono dorado había permanecido en silencio hasta que Eradia Rochester se sentó sobre la inmensa silla de oro para anunciar su control sobre la ciudad. Por primera vez en la historia de Kemet, un Señor Oscuro se erigía reinante sobre las Arenas Externas.

Todos los funcionarios de alto rango habían sido tomados prisioneros y arrastrados a la fuerza hacia el inmenso salón para ser informados sobre los cambios en la nueva administración. Muchos no entendían lo que estaba pasando, excepto que un grupo terrorista se había apoderado de la pirámide. Otros un poco más perspicaces susurraban entre ellos de que Florell había orquestado un golpe de estado contra el consejo y ahora se declaraba señor de Ushma-Damon, aunque eso no explicaba porque aquellos dos extranjeros habían asumido el mando. Sin importar que versión creyeran, lo cierto es que ahora sus vidas y las de todo Kemet estaban en grave peligro.

La versión oficial declaraba que un grupo fundamentalista había incinerado vivos a treinta civiles inocentes por toda la ciudad como parte de una estrategia terrorista para intentar tomar el control de la Gran Pirámide. Erasmus había estudiado la historia de la ciudad y supo que revivir un viejo fantasma del pasado ayudaría a reafirmar su dominio sobre el pueblo a largo plazo. Aun si era mentira, para el resto de la ciudad, los Profetas Dorados habían regresado para reclamar su pirámide.

Florell contempló a su pueblo desde lo alto del Gran balcón de la pirámide y no tardó en sentir pena por ellos ¿Cuántos habían muerto por aquella elaborada farsa y cuantos más sufrirían en vida las consecuencias? Ni siquiera se atrevía a pensarlo. Después de todo lo que había pasado, las vidas que habían sido arrebatadas solo para llegar hasta este punto, incluso las de sus enemigos políticos que habían sido ejecutados frente a él. Todos muertos

<< Nunca debí haber hecho este pacto >> pensó. Era cierto, si jamás hubiera entrado en aquel burdel en Gezda tal vez nada de esto hubiera pasado. Al fin y al cabo ¿sabía qué clase de persona era Erasmus Rochester? Tal vez si, tal vez siempre lo supo y prefirió mirar hacia otro lado. Pero sin importar lo que pudo o no haber hecho, ya nada importaba. Las arenas Externas habían caído y una sombra se alzaba sobre todos ellos, lista para arrebatárles todo lo que amaban.

- La violencia y la locura han terminado, mis queridos compatriotas. La situación está bajo control y ya no hay razones para temer — mintió Florell — un grupo religioso de extremistas intentaron tomar el control de la ciudad por la fuerza pero fueron repelidos por nuestros soldados en un heroico acto de sacrificio. Podemos sentirnos agradecidos de que por fin estamos a salvo.

No tardaron en escucharse los gritos de indignación por parte del pueblo. Era de esperarse, habían padecido horas de tormento sin que ninguno de sus líderes hiciera nada al respecto.

- ¿a salvo? ¡Que te den por el culo! ¡lo perdimos todo! — gritó un hombre.

- ¿dónde estaban cuando esos perros nos masacraban? — gritaba otro.

- ¡esos animales mataron a mi hijo! ¡mi pobre niño! — gritaba una mujer con un niño muerto en los brazos.

Él sabía que tenía que recuperar su confianza. Tenía que saber dirigir su frustración y su cólera contra algo que ellos pudieran culpar y descargar su odio. ¿y qué mejor manera de hacerlo que echarle la culpa a los muertos?

- Todos ustedes están furiosos, y tienen derecho de estarlo. Pero también tienen derecho a saber la verdad, y es con gran pesar que tengo que confesarles que mientras sus seres queridos eran asesinados, el consejo de Emires, guiados por Lotto Nuramak, planeó entregarles el control de la Gran Pirámide a estos fanáticos violentos a cambio de que les permitieran vivir y abandonar la ciudad con el dinero de las arcas. ¡MIENTRAS USTEDES CONTABAN A SUS MUERTOS, ELLOS CONTABAN MONEDAS DE ORO!

Los soldados formaban una cadena humana para contener a la multitud. Miles de voces se alzaban, maldiciendo y ahogándose con su propia rabia. El pueblo entero se había convertido en una gran orquesta de insultos, furia e impotencia que amenazaba con volver a incendiar la ciudad por completo. Muchas mujeres alzaban sus brazos al cielo exhibiendo los cadáveres de sus hijos mientras que los hombres tiraban piedras sin ningún blanco en específico, tan solo querían darle algún sentido a su violencia, querían que alguien les dijera que existía una solución a su dolor.

<< Ya les di un monstruo, ahora les daré un héroe >>

- ¡por favor conserven la calma! Se por lo que han pasado. Hasta hace unas horas yo mismo fui víctima de la violencia de esos traidores a quienes consideraba mis colegas. Me maniataron y golpearon cuando me negué a cometer semejante traición contra el pueblo. Pero les aseguro que mis heridas no fueron en vano, fue gracias a la ayuda de los guardias, que permanecieron leales a su ciudad, que pude liberarme y juntos expulsamos a Nuramak y sus aliados fanáticos. ¡tienen mi palabra de que nadie volverá a aterrorizarnos!

<<Al menos por ahora>>

Los Rochester habían sabido jugar sus cartas a la perfección. Un pueblo enfurecido y lleno de miedo bajo el mando de un líder idealizado que les prometiera tomar acción les daría la oportunidad de poner sus garras sobre toda la región sin ser detectados por los Nobles.

Al ver como lo aclamaban como a un salvador, Florell sonrió y alzó los brazos. Sencillamente, por un solo momento quería dejarse aturdir por los cánticos de apoyo que entonaba su pueblo. No, sus súbditos.

- Este día les doy mi juramento más solemne de que no descansare hasta que estos terroristas sean cazados y castigados por sus crímenes. Estos monstruos aún viven entre nosotros, ocultos y planeando nuestra perdición. Nosotros los desenmascaramos y les haremos saber lo que realmente es el terror. Les pido que tengan calma hasta que ese momento llegue, pero sepan esto: estamos ante el inicio de un nuevo comienzo.

Ciertamente no eran palabras vacías. Un nuevo orden acababa de emerger. Al mismo tiempo que el pueblo vitoreaba a su nuevo líder, el destino de su ciudad y de todo el sur de Kemet se volvía cada vez más incierto. Fuera de la pirámide, Florell se había presentado ante miles de voces como un salvador, pero dentro de sus muros se había convertido en la perfecta marioneta de un plan tan siniestro que pocos se habían llegado a imaginar.

La sala del trono había sido vaciada para cuando volvió de dar su discurso. Al parecer todo había vuelto a la normalidad. Pero solo era una ilusión, aunque diera la impresión de que todos habían retomado sus ocupaciones, el miedo reinaba en el aire, y más aun con Eradia sentada en aquel trono acompañada de su hermano y un pequeño séquito de areneros, quienes ahora portaban armaduras de los guardias que habían asesinado.

Eradia se mostró complacida al oír desde lejos los vitoreos que seguían al Emir.

- Nos ha resultado muy conveniente, Emir. Su actuación fue casi sublime — lo felicitó la joven — espero que su capacidad para generar resultados

sea tan buena como su capacidad para prometerlos.

- Mi señora me honra con sus palabras — dijo inclinando la cabeza.

Sin embargo, con los Rochester nunca inclinas la cabeza.

- De rodillas — ordenó haciéndole un gesto para que se inclinara en el piso. A los pies del Trono Dorado.

Eradia se levantó de su nuevo trono y se incorporó junto a su hermano. Si no fuera por lo jóvenes que eran, cualquier hubiera dicho que parecían un matrimonio de reyes como los de antaño. Ambos contemplaron a su marioneta desde lo alto de su nueva posición y sonrieron. Un líder político complaciente, un salvador prometedor y una mascota que no perderían la oportunidad de adiestrar a su voluntad.

- Emir Florell... desde este día, usted será la cara visible de nuestro nuevo gobierno — le anuncio Erasmus — manejará los asuntos cotidianos de estado y responderá solo ante nosotros.

- Gracias...Mi señor — le dijo agachando la cabeza. — ¿Cuál es su voluntad?

- Reúne a tu gabinete de inmediato y gobierna sabiamente a nuestros súbditos— ordenó Eradia — hay mucho por hacer.

Se incorporó de inmediato e hizo una reverencia para retirarse.

El Emir abandonó la sala del trono siendo escoltado por seis guardias hacia sus nuevos aposentos. Aunque esto solo era una adornada escenificación, porque sin importar que para los ojos ajenos fuese un hombre importante protegido por seis guarda espaldas, Florell sabía que ahora era un prisionero del mismo mal que había desatado sobre Ushma-Damon. Le había abierto las puertas a una serpiente y ahora este era el precio.

Unos minutos después de la partida del Emir, un pequeño contingente de guardias entró en la sala del trono, trayendo consigo a dos de sus nuevos servidores: Dorlea y Payne.

- Déjame hablar a mí con Payne— le dijo Eradia por medio de su

telepatía— no soporto a esa perra.

Erasmus asintió en silencio y le respondió de igual manera usando su mente.

- Algo me dice este es el inicio de una hermosa amistad.

La conquista de Ushma-Damon había sido un éxito, pero incluso los Rochester sabían que este era solo el comienzo. Necesitarían de la colaboración de personas que fueran útiles para servir a su visión, personas despiadadas y sin escrúpulos que no dudaran en traicionarse entre sí con tal de tener éxito. Personas como Dorlea y Payne.

- Un paso al frente, Dorlea — le ordenó Erasmus.

La joven obedeció y se inclinó ante el Señor Oscuro, quien se sintió complacido con aquel comportamiento instintivo, pues aun recordaba lo testarudo que había sido Florell la primera vez que Erasmus le ordenó arrodillarse.

No fue fácil convencer a que Muur accediera a entregar de buena gana a su más hermosa concubina, pero con un poco de oro e intimidación se logran cosas imposibles.

-Tu habilidad para reunir información ha resultado muy valiosa — la felicitó— y cuento con que continúe siendo igualmente valiosa en el futuro, por lo que a partir de este momento asumirás el título de Jefa de Inteligencia.

- Mi Señor me honra y hare cualquier cosa por cumplir sus designios.

- Desde hoy, te encargaras de controlar toda la información que circule en la región, así como también de mantener nuestros ojos y oídos en las áreas lejanas que consideremos prioritarias. Serás la sombra de nuestro gobierno.

- No le fallare.

- Si consideras valiosa tu vida, confió en que no lo harás.

- Dígame cuál es su voluntad, Mi Señor

- Envía un mensaje a la junta directiva del Banco de Gezda diciendo que la situación está bajo control y que pronto serán informados con nuevas instrucciones.

- Como usted lo ordene.

Eradia le hizo un gesto a Payne para que se acercara. El mercenario llevaba una gruesa capa de pintura de guerra sobre su rostro delgado que lo convertía en un verdadero esqueleto cubierto del acero negro de su nueva armadura. Después de haber creído que la guerra había terminado, volvía a vestir el emblema de los Rochester sobre su pecho.

Sus días en el Imperio le habían enseñado algo: si te arrodillas...vives.

- El destino te ha puesto nuevamente al servicio de nuestra casa—dijo Eradia mirándolo desde arriba.

Payne negó con la cabeza.

-No creo en el destino, Mi Señora — admitió Payne — solo en aprovechar la oportunidad

- ¿aprovechaste la oportunidad cuando traicionaste a tus compañeros para ser quemados vivos? — le preguntó

- Mejor ellos que yo...mi señora

Al oír eso, Eradia sonrió. Tenía a la perfecta clase de soldado que necesitaba para cumplir su voluntad con puño de hierro.

- Nada es más confiable que un hombre que mide su lealtad en dinero y es justamente por eso que se te dará la fortaleza de Alamut, desde donde dirigirás a nuestras tropas en las batallas por venir.

- Mi señora me sorprende, según el Emir se avecinaban tiempos de paz — dijo con obvio sarcasmo.

- La paz es un sueño que se construye con la guerra — declaró.

Ahora era Payne quien sonreía.

- Entonces mi espada es suya. Ahora y siempre — le dijo entornando los ojos hacia ella. Sin dejar de permanecer arrodillado.

- Levántate.

Payne se incorporó y dio un paso atrás para unirse a Dorlea. Con sus dos nuevos servidores, un títere político y un sindicato criminal a su disposición, los Rochester admiraron como sus maquinaciones comenzaban a adoptar forma.

- Fue la voluntad del Fuego Rojo haberlos puesto en nuestro camino. De eso no tengo duda — declaró Erasmus entornando los ojos a Dorlea y luego a Payne.

- Sírvannos bien y sabrán que somos generosos — prometió Eradia — fracasen y desearan no haberlo hecho. Ahora retírense.

Ambos hicieron una reverencia y abandonaron la sala del trono siendo escoltados por los guardias. Ninguno de los dos cruzó palabras en todo el trayecto mientras eran llevados a sus nuevas oficinas pero ambos se quedaron reflexionando sobre las palabras de Lady Rochester.

<< Fracasen y desearan no haberlo hecho >>

Capítulo 12

Cualquiera pensaría que Erasmus Rochester tenía hielo en vez de sangre, como casi todos los reptiles de su clase, y que nunca sonreía o expresaba rasgo humano de felicidad. Sin embargo, a pesar de la imagen que mostraba a los demás, en su interior estaba radiante de alegría, por lo menos en ese pequeño instante en el que todos sus planes parecían rendir frutos. Su cuerpo había olvidado lo placentero que era asearse en una bañera de cobre y descansar sus hombros, aunque solo fuese por un minuto, después de trabajar tan duro en conquistar aquella tierra incivilizada.

Era como si el agua lo limpiara de todo lo que había tenido que soportar en el último año para sobrevivir y lo llevara a un sueño deliciosamente celestial del que no quería despertar. A medida que el agua caliente se deslizaba por todo su cuerpo, podía sentir una sensación cada vez más liberadora. Era un sentimiento que pensaba que nunca volvería a experimentar.

Era su primera noche durmiendo en la pirámide.

A medida que recorría los pasillos de su nueva fortaleza, podía sentir las mentes de todo el personal revoloteando a su alrededor. Eran pensamientos variados y sin nada en especial, algunos más predecibles que otros. Los más comunes eran de miedo y confusión al no saber cómo seguirían viviendo sus vidas a partir de ahora, otros eran sentimientos muy intensos de odio dirigidos hacia él y Eradia, principalmente por ese pequeño detalle de haber tomado su ciudad por la fuerza y obligarlos a obedecer bajo amenaza de muerte. Pero sin importar lo que pensarán, todos, absolutamente todos, le pertenecían. Y eso era motivo suficiente como para regodearse en su autosatisfacción.

El gran salón del trono se veía desierto durante la noche, sin sirvientes o aduladores de la corte a quienes humillar o intimidar. Costaba creer que esa misma mañana, aquella sala le pertenecía al concejo de Emires. Su hermana estaba sentada en su nuevo y flamante trono, inspeccionándolo y estudiando el resto de la habitación para ver qué cambios empezar a hacer a partir de mañana. La conquista de Ushma-Damon no dejaba de ser una conquista de la Casa Rochester, por lo que en menos de poco tiempo todo el lugar estaría decorado de verde y plateado.

Una vez que Erasmus llegó a los pies de los escalones del trono, los dos se hicieron una reverencia mutua y se miraron con total solemnidad.

-Lady Rochester

-Lord Rochester

Aquella puesta en escena les duro poco cuando no pudieron contenerse por más tiempo y comenzaron a reírse a carcajadas hasta que sus ojos se pusieron llorosos. No habían tenido un momento de felicidad así en mucho tiempo.

-Cuando me dijiste lo estúpido que era el Emir Florell la primera vez pensé que estabas exagerando — dijo Eradia recuperando la compostura.

Erasmus soltó un suspiro de desagrado al oír de Florell.

- Más de una vez me contuve por no matarlo cada vez que me preguntaba alguna estupidez.

La sonrisa de su hermana era una de las pocas cosas en el mundo que lo tranquilizaban, muchos los consideraban monstruos, pero solo ellos sabían el fuerte vínculo que los unía. Mientras se tuvieran uno al otro, no importaba lo que los demás pensarán de ellos.

- Supongo que rodearnos de idiotas es nuestra maldición. — reconoció ella.

- Eso espero, no podría dormir tranquilo si estuviera rodeado de mentes astutas.

Dime ¿dormirás tranquilo esta noche? — le preguntó en tonó burlón.

Ahora era Erasmus quien sonreía.

- No lo sé, Te lo diré en la mañana.

El rostro de Eradia le devolvió la sonrisa por un instante, antes de hacerle la verdadera pregunta.

- ¿Por qué Ib? — le preguntó en tono serio.

Aquello lo sintió como un trago amargo que desvaneció toda la diversión del momento. Ya venía preguntándose desde hace rato cuanto tardaría ella en descubrir lo que no esperaba revelar.

- Los dos sabemos que no fuiste hasta allá solo para hacer contacto con Makar, había un motivo mucho más importante ¿verdad? — le espetó ella

— sabes que puedes decírmelo.

Erasmus asintió con la cabeza. Realmente no quería involucrar a su hermana en ese asunto.

- Solo puedo decirte que es parte de mis investigaciones

- Las investigaciones de las que jamás me has permitido participar o saber nada al respecto.

Un silencio incomodo se creó entre ellos, haciendo parecer que la inmensa sala estaba vacía. Finalmente, Eradia rompió con la tensión.

- Siempre he respetado tus decisiones, lo sabes — empezó — Cuando me pediste tiempo, te lo concedí. Jamás he puesto en duda tus acciones o motivos.

- ¿ Pero...? — dijo él como si ya supiera la respuesta.

- Pero ahora estamos a cargo de algo grande. No podemos guardar secretos entre nosotros.

- No es un secreto, simplemente...

Erasmus intentaba encontrar la forma justa de decírselo. Tanto en el Imperio como en el Reino, como en casi todas partes, la búsqueda de la inmortalidad era un tabu muy grave. Existían cientos de historias y leyendas sobre civilizaciones que, al igual que Ib, desaparecieron de la faz de la tierra al intentar lograr tener la inmortalidad, lo mismo se decía sobre muchos personajes infames de la historia que la buscaron por otros medios y terminaron enloqueciendo, como fue el caso de la dinastía extinta de los Reyes Mariposa.

- Simplemente no sé lo que puede salir de todo esto. Tal vez todo lo que haga resulte en vano. No lo sé. Pero no pienso arrastrarte conmigo si fracaso.

- No voy a interferir en lo que sea que estas investigando ni tampoco te pediré explicaciones. Pero si tengo una petición.

- ¿Cuál?

Ella se incorporo y comenzó a descender de los ostentosos escalones del trono hasta quedar enfrentada a su hermano. Mientras hacia una pausa para verlo bien, no podía dejar de pensar cuanto había cambiado en los últimos años. Ya no era ese niño tímido con el que solía jugar en los corredores del castillo, el que siempre se encontraba oculto sobre una pila inmensa de libros, el que le había robado su primer beso.

- Que si se torna peligroso, si sabes que el costo es demasiado grande, desistirás de hacerlo.

Había algo en su tono de voz que dejaba en él una sensación amarga, algo que definitivamente la delataba a sus ojos, ya lo había visto en cientos de rostros diferentes una y otra vez. La misma voz ahogada, los mismos ojos vidriosos, la misma fragilidad en sus palabras y el mismo temblor en sus manos: miedo

Eradia tenía miedo.

- No pienso perderte — le dijo ella bajando la mirada avergonzada.

Ella no quería que su hermano la viera de esa manera. Frágil y sobreprotectora. Mantenía su vista fija hacia abajo para que él no viera como sus mejillas se tornaban cada vez mas rosadas al sentir pudor. De pronto sus dedos la acariciaron bajo su mentón y levantó su cabeza para que sus miradas se encontraran. Eran ojos rojos que alguna vez fueron verdes en un tiempo cuando todo parecía mucho más feliz.

- No me perderás — repuso él.

Los labios de Erasmus se imprimieron en los de Eradia, dejándole una sensación electrizante que sacudió todo su cuerpo. La misma sensación que sintió cuando ambos se besó por primera vez. Ninguno de los dos quería detenerse. Sin importar cuánto lucharan, están atrapados en sentimientos que nadie podría comprender. Solo ellos. Un vinculo que han compartido desde que ambos llegaron a este mundo y supieron con quien querían pasar el resto de sus vidas.

- Estamos juntos en esto — le dice ella tomando una bocanada de aire — Somos nosotros contra el resto. Como siempre ha sido.

- No hay nadie más, excepto nosotros.

- Hoy ha sido una gran victoria, es cierto. Pero no durara a menos que nos mantengamos centrados en esto. Somos los últimos Rochester. Nuestros

enemigos vendrán por nosotros.

Erasmus soltó un soplido de fastidio y tensó sus hombros.

- Siempre vienen por nosotros. Y siempre los hemos vencido. — repuso.

- No hablo solo de los Nobles. También aquí corremos peligro. Por cada adulator que nos sonrío, hay tres que desearan vernos muertos.

Había un atisbo de verdad en esas palabras. Todo lo que los Rochester habían estado perpetrando desde su llegada a Kemet, como infiltrarse en los círculos criminales y políticos de las Arenas Externas, así como también su capacidad para desarticularlos, todo se había orquestado exitosamente debido a su capacidad para trabajar en la clandestinidad. Su éxito había sido posible solo por su talento para asesinar e intimidar desde las sombras. Ahora, con este golpe de estado, habían plantado su bandera a la vista de todo el mundo conocido. Algo que el Reino, sin duda, no dejaría pasar, ni tampoco el resto de los enemigos que quisieran verlos muertos. Para Erasmus, no había diferencia. Ser un fugitivo lo había acostumbrado a los cambios y a estar siempre huyendo. Pero esta vez, no iría a ningún lado.

- En ese caso, será como estar en casa. Si quieren venir por nosotros, que se atrevan. Saben dónde encontrarnos.

Aprovechando que nadie los veía, Erasmus le acarició delicadamente la cabeza y ella la dejó reposar por unos minutos sobre su pecho. Después de un día duro, lo único que deseaba en ese momento era descansar, al lado de la persona que más amaba.

- Prepare una sorpresa para ti — le dijo él haciendo un gesto con la palma de su mano.

Una sirvienta vestida en una elegante túnica de seda negra irrumpió en la sala del trono, trayendo consigo una bandeja con dos copas de vidrio y una botella de vino, cuya etiqueta dibujó una sonrisa nostálgica en el rostro de Eradia.

- Vino Hispano — reconoció ella examinando más de cerca el año de la cosecha.

Erasmus asintió con la cabeza.

- Tenemos que celebrar ¿no lo crees? — dijo Erasmus mientras le servía una copa— ¿recuerdas la primera vez que lo probamos? Lo habíamos

robado de la bodega privada de madre cuando ella estaba de viaje.

Eradia se permitió inspeccionarlo más de cerca antes de beberlo. Quería tomarse su tiempo para disfrutar aquella delicia que le hacía recordar sus años en las Tierras del Sur.

- Recuerdo haberme despertado con una tremenda resaca al día siguiente y sostener tu cabello mientras vomitabas en el retrete — dijo ella conteniendo una sonrisa.

- Y yo prometí que si sobrevivía a eso no volvería a beber nunca más por el resto de mi vida.

Eradia le hizo un gesto con la mirada para que se deshiciera de la sirvienta. No quería compartir aquel momento de felicidad con nadie que no fuera él.

- Retírate — ordenó despectivamente — y dile a los guardias apostados en la entrada que no requeriremos de su protección esta noche. Que nadie nos moleste.

La mujer asintió sin decir una palabra y se retiró inclinando la cabeza.

- Por nosotros — exclamó él levantando su copa.

- Por nosotros — repitió ella.

Mientras que el rostro de Eradia no pudo ocultar la satisfacción de sentir aquel vino extranjero entre sus labios, el rostro de Erasmus advirtió una fuerte mueca de desagrado al sentir el sabor amargo del vino deslizándose por su garganta, aunque reprimió el deseo de toser.

- Es más fuerte de lo que recordaba — dijo aclarándose la garganta.

- Sigue siendo mejor que el vino de la paz de Muur

Ambos se echaron a reír y se abrazaron lo más fuerte que pudieron. Estaban ante el inicio de un nuevo comienzo, con sirvientes a sus órdenes, y un ejército con el cual expandirían su voluntad a lo largo de aquel país que hace un año los había recibido como refugiados extranjeros, ahora los recibiría como conquistadores.

- Nunca más me vuelvas a ocultar secretos — le susurro ella al oído.

